MUNDO HISPÁNICO

N.º 283 - OCTUBRE 1971 - 25 Ptas.

EL LINGÜISTA QUE SE ENCONTRO HISPANISTA, por José María Pemán • AMERICA, ESPAÑA Y EL RENACIMIENTO, por José María Alfaro • EL TEMA CLAVE DE LA HISPANIDAD • AMORES DE HERNAN CORTES • LA CIUDAD CON FERNAN GONZALEZ • BURGOS Y EL PRIMER ORO DE AMERICA • PONCE DE LEON • MADRID, ULTIMA DE LAS AMERICAS • COLABORACIONES, de Ernesto La Orden, Dalmiro de la Válgoma, Vicente Marrero, Carlos Martínez-Barbeito, Enrique Pastor Mateos, Miguel Pérez Ferrero, etc.



12 DE OCTUBRE EN BURGOS



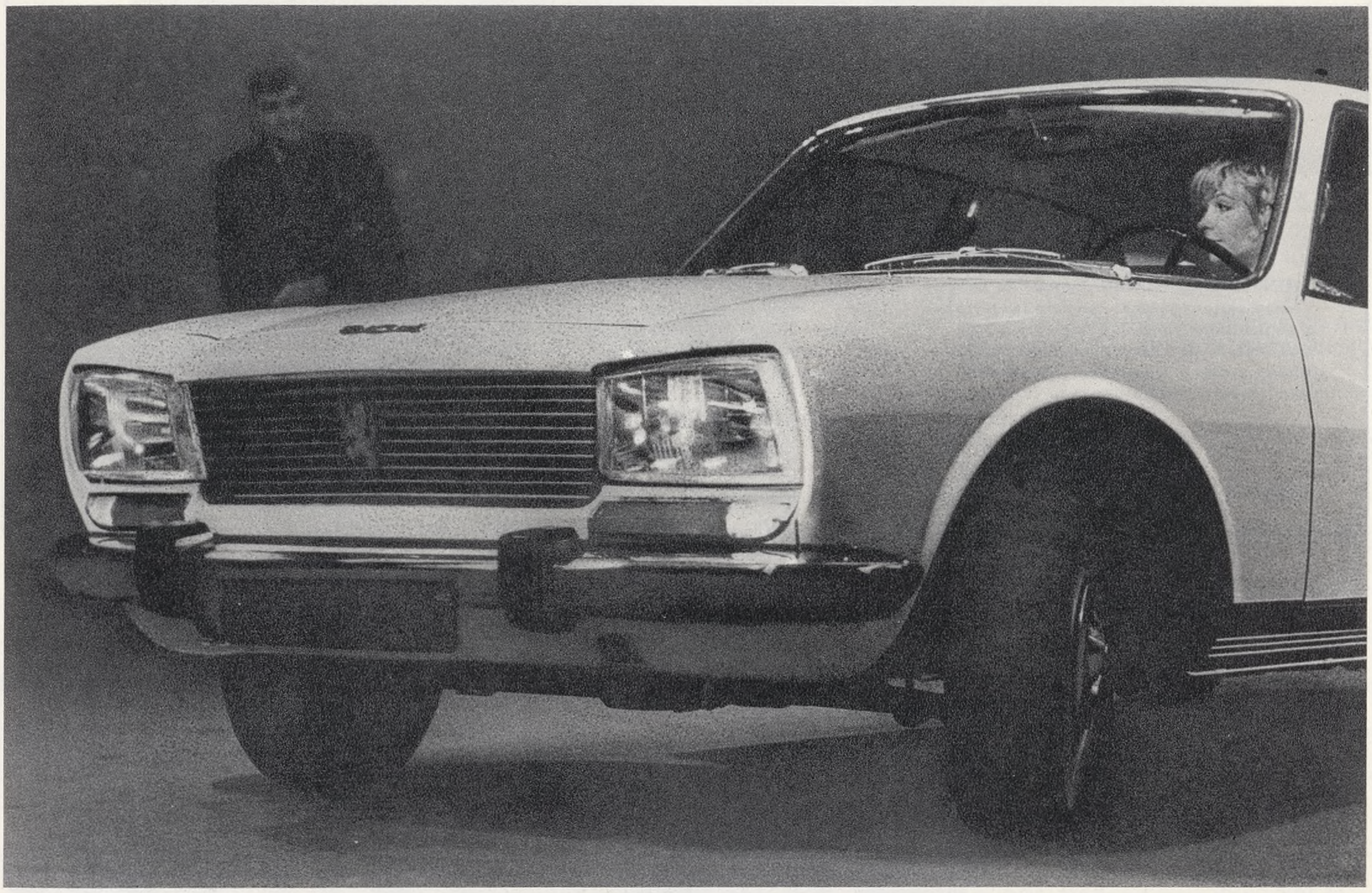
MILENARIO DEL CONDE

FERNAN GONZALEZ

1970 * 71

BURGOS * ESPAÑA

Vd. cuida de su familia



el PEUGEOT 504, también.

AMPLIO, CONFORTABLE Y SEGURO, CON SUS CUATRO RUEDAS INDEPENDIENTES Y SUS CUATRO FRENOS DE DISCO, EL 504 LE LLEVARA RAPIDO Y LEJOS CON TODA SEGURIDAD.

MATRICULA TURISTICA

CON RECOMPRA ASEGURADA

GRAN VARIEDAD
DE MODELOS,
DESDE $ 1.685.



DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA
S. A. E., AUTOMOVILES PEUGEOT. Av. de los Toreros, 6 y 8 - Madrid-2

BANESTO

UN BANCO DE HOY PARA UN PAIS EN MARCHA



LA ORGANIZACION BANCARIA MAS EXTENSA DE ESPAÑA

- **MAS DE 650 OFICINAS POR TODA ESPAÑA**

REPRESENTACIONES:

EN EUROPA

ALEMANIA: 15 Grosse Gallustrasse. Frankfurt Am Main.
BELGICA: Avenue des Arts, 24. 3ème étage. Bruselas. Teléfono: 347659.
FRANCIA: 123 Av. Champs Elysées, 6ème. étage. París VIIIème. Teléfono: 259-91-16.
INGLATERRA: 64/78, Kingsway. Africa House - Room 204/206. Londres.
SUIZA: Rue du Rhône, 33. (Edificio Zurich) Ginebra.

EN AMERICA

PUERTO RICO: Tetuán, 206. 4.°, Of. 401 - San Juan. Teléfono: 7234050.
MEXICO: Venustiano Carranza, 39. Edif. San Pedro. Dep. 401 - México D. F. - Teléfono: 126045.
VENEZUELA: Marrón a Pelota - Edif. Gral. Urdaneta, piso 5.° - Caracas - Teléfono: 815752.
COLOMBIA: Carrera, 8, 15-40. Of. 806. Bogotá - Teléfono: 416338.
PERU: Jirón Antonio Miró Quesada, 247. Of. 603, 5.° Lima. Teléfono: 80214.
BRASIL: Rúa Boavista, 254. Edif. Clemente Faria, 3.er Andar - Conjunto 314. Sao Paulo - Teléfono: 375213.
PANAMA: Av. Cuba y Calle, 34. Panamá.
REPUBLICA DOMINICANA: Calle el Conde, esquina a Duarte, 9, 3.° - Santo Domingo - Teléfono: 24649.
ESTADOS UNIDOS: 375 Park Avenue. Room 2506. Nueva York - Teléfono: 4212720
CHILE: Huérfanos, 1.022, 9.° Depart. 90. Santiago - Teléfono: 65927.
ARGENTINA: Corrientes, 456, piso 1.° Ofic. 16. Edificio Safico - Buenos Aires - Teléfonos: 49-4581-7368
CANADA: 800, Victoria Square, Suite 3802. Montreal, 115 P. Q. - Teléfono: 861-4769.

EN ASIA

ERMITA - MANILA (Islas Filipinas): Manila Hilton. 2nd. Floor. Unit 257-258. Av. United Nations.

LOS SERVICIOS DE BANESTO LLEGAN A TODOS LOS LUGARES DEL MUNDO

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

Domicilio Social: Castellana, 7 - MADRID

(AUT. B. E. N.° 6693)

GRAN PREMIO GADITANO PARA ESCRITORES E HISTORIADORES SOBRE EL TEMA «CADIZ BAJO EL REINADO DE FERNANDO VII»

El Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Cádiz, a través de su Cátedra de Cultura «Adolfo de Castro», ha creado un importante premio para un trabajo histórico, al que pueden aspirar cuantos lo deseen. He aquí las bases de ese premio:

1.ª—El Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, a través de la Cátedra Municipal de Cultura Adolfo de Castro, convoca «PRIMER PREMIO CIUDAD DE CADIZ», destinado a premiar el mejor trabajo original de tipo histórico, que responda al tema «HISTORIA DE CADIZ DURANTE EL REINADO DE FERNANDO VII» (Trabajo de Investigación Histórica).

2.ª—El premio, que será indivisible, estará dotado con la cantidad de DOSCIENTAS CINCUENTA MIL pesetas.

3.ª—Los originales se presentarán por triplicado en la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento (Sección Primera.—Cátedra Municipal de Cultura), escritos a máquina, en papel de tamaño folio, por una sola cara y a dos espacios.

4.ª—Los trabajos se presentarán sin firmar y sin ningún detalle que pueda identificar al autor o autores, excepto el lema y título, y en otro sobre aparte, sellado y lacrado, con idéntico lema al exterior, se incluirá el nombre, apellidos, dirección y teléfono del autor, o autores, y asimismo, una breve biografía.

5.ª—El plazo para la presentación de los trabajos termina a las catorce horas del día 31 de julio de 1972. Al portador se le entregará resguardo que acredite haber presentado el trabajo, y la fecha y hora de la presentación.

6.ª—Los originales que se envíen por correo deberán remitirse certificados, con la fecha del matasellos, que será la que indique la de la presentación.

7.ª—El Consejo Rector de la Cátedra Municipal de Cultura designará, en su momento, el Jurado que habrá de enjuiciar los trabajos presentados y proponer a dicho Consejo, dentro del plazo que el mismo le señale, el trabajo que deba ser premiado. Sólo se propondrá un trabajo y la propuesta tendrán carácter vinculante. El trabajo podrá ser obra de una sola persona o de varias. La resolución final del Consejo Rector no admitirá apelación.

8.ª—Si el Jurado considerase que ninguno de los trabajos presentados fuese acreedor al premio, propondrá al Consejo Rector que el mismo se declare desierto. En tal caso, la dotación económica del premio servirá para incrementar el del correspondiente al próximo año.

9.ª—Si cualquier otro trabajo, aparte del premiado, tuviera méritos suficientes, el jurado podrá otorgar una mención honorífica, a menos que el autor del trabajo declarara expresamente en el exterior del pliego lacrado que no está conforme con ello. Esta mención honorífica no llevará consigo la pérdida de la propiedad de la obra ni de los derechos de autor.

10.ª—El trabajo premiado quedará propiedad de la Cátedra Municipal Adolfo de Castro, la cual procederá, de acuerdo con el Excmo. Ayuntamiento, a su correspondiente publicación, si así lo estimara, sin omitir el nombre del autor, y posteriormente a la distribución y venta de la publicación.

11.ª—La entrega del premio se efectuará en sesión solemne de la Cátedra Municipal Adolfo de Castro, en el Salón de Actos del Ayuntamiento, el día 7 de Octubre de 1972, Festividad de Nuestra Señora del Rosario, Patrona de Cádiz, y a dicha entrega deberá asistir su autor personalmente.

12.ª—Los trabajos no premiados podrán ser recogidos por sus autores en la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento, acreditando su personalidad, y una vez que se haya hecho pública la concesión del premio, o por correo mediante petición escrita. Entonces se procederá a abrir las plicas de los no premiados, con el fin de identificar la petición de la devolución del trabajo presentado.

13.ª—El Consejo Rector de la Cátedra resolverá, sin posibilidad de recurso, las incidencias que puedan presentarse en relación con esta convocatoria y su desarrollo, y podrá hacer las aclaraciones que considere necesarias, sin alterar el contenido de las presentes Bases.

14.ª—Los concursantes, por el hecho de tomar parte en este concurso, aceptan todas y cada una de las condiciones que se especifican en el mismo y se someten expresamente a ellas.

Cádiz, 7 de julio de 1971. El Alcalde,

JERONIMO ALMAGRO Y MONTES DE OCA



12 DE OCTUBRE EN BURGOS

sumario

MUNDO HISPÁNICO

DIRECTOR: JOSE GARCIA NIETO - OCTUBRE 1971 - AÑO XXIV - N.º 283

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245
Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas
(E. I. S. A.)
Oñate, 15 - Madrid-20

IMPRESO POR
HERACLIO FOURNIER, S. A. - VITORIA

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1969. NUMBER 258, «MUNDO HISPANICO» ROIG SPANISH BOOKS, 208 WEST 14th Street. NEW YORK, N. Y. 10011

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA Y PORTUGAL.—Un año: sin certificar, 250 ptas.; certificado, 280 ptas. Dos años: sin certificar, 400 ptas.; certificado, 460 ptas. Tres años: sin certificar, 600 ptas.; certificado, 690 ptas.

IBEROAMERICA Y FILIPINAS.—Un año: sin certificar, 7 dólares; certificado, 7,50 dólares. Dos años: sin certificar, 12 dólares; certificado, 13 dólares. Tres años: sin certificar, 17 dólares; certificado, 18,50 dólares.

EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES.—Un año: sin certificar, 8 dólares; certificado, 9 dólares. Dos años: sin certificar, 14 dólares; certificado, 16 dólares. Tres años: sin certificar, 20 dólares; certificado, 23 dólares.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034-1958



por José María Pemán

EL LINGÜISTA QUE SE ENCONTRO HISPANISTA

LA Universidad de Sevilla celebra todos los años unos «Cursos de Verano» en Cádiz. En España como en todas partes hay cada vez más cantidad de Cursos de Verano para extranjeros. Los más antiguos son los de Santander, con copiosa matrícula que se cuenta por millares y reúne alumnos de todos los países del mundo. Los cursos de La Rábida, son, en cambio, preferentemente para alumnos americanos hispanófonos, o sea hispanoparlantes. Los de Cádiz están centrados fundamentalmente en matrículas de todos los países europeos.

Este año ha venido a pronunciar la lección inaugural uno de los máximos lingüistas europeos, representante insigne de la neolingüística escandinava, que es el profesor Bertil Malmberg. Para nosotros todos, los estudiosos de ese mundo hispano hablante, nos presenta este profesor una figura especial y gratísima, por su dedicación a los problemas de la lengua común hispanoamericana. A ella ha dedicado uno de sus luminosos libros monográficos con el subtítulo de «Unidad y diferenciación del castellano».

El profesor Malmberg ha apoyado siempre sus estudios sobre la noción clarísima de no ser la lingüística una isla autónoma en el mundo científico, una ciencia que se cierra y consume en sí misma, sino un saber que se instala en medio de la vida, y a ella acompasa su ritmo intelectual. Se trata para el profesor sueco de una disciplina que limita por el sur con la sociología y la antropología y por el norte con la radio y la televisión. La lingüística no es para el profesor Malmberg un saber maduro, mientras no ingresen en la atención estudiosa conjuntamente, la pregunta y la respuesta; la parte del hablante y la parte del interlocutor. Malmberg hace suya, en cierto modo, la perspectiva que ya Esaias Tegner, establece en 1880: «Sólo la serie de ondas sonoras que contienen un pensamiento puede denominarse "palabra" y sólo cuando tal palabra es comprendida, difieren dichas ondas, en su acción, del viento que pasa..»

Este afán de totalidad es el que ha llevado a Malmberg a interesarse fundamentalmente por el castellano en América: en lo que sigue, en cierto modo, la sugestión y los pasos del genial Humboldt. El lingüista sueco cree que para tener delante de los ojos y cerca de las manos, en la mesa de la cirugía o disección, un cuerpo vivo como es una lengua, lo más científicamente rentable, es colocarle donde se puedan examinar las interferencias de lenguas varias, en cierto modo interdependientes: es decir contemplar una lengua en su dinamismo evolutivo. Así como un hematólogo escogerá siempre para sus exámenes y análisis aquellas zonas del cuerpo humano que, como la mano o la frente, son las mejor irrigadas por contener una verdadera malla de vasos y venillas sanguíneas: así el lingüista escoge como material para su investigación el área del lenguaje castellano, y su continuidad en América: donde, aparte de llegar como una importante carga dialectal, de la misma península, objeto del estudio casi semisecular del más veterano de nuestros académicos, don Vicente García de Diego; se instala en América, para convivir con ese hervidero de lenguajes indigenas, más numerosos y resistentes que en ninguna otra parte del planeta, y que uno de los más jóvenes de nuestros académicos, Antonio Tovar, catalogó en varios centenares. Así el profesor Malmberg, por su afán de exactitud y objetividad para el máximo lingüista que él es, se encontró, casi sin proponérselo, convertido, por añadidura, en un máximo hispanista sólido y experimental.

Para Malmberg el descubrimiento del Nuevo Mundo «puso a los europeos en contacto con un ser hasta entonces desconocido: el indio. Este hecho colocaba a los colonizadores ante una serie de problemas nuevos o no planteados anteriormente. El hispanista francés Henry Bonneville ha analizado algunos reflejos de tal confrontación tanto en la literatura coetánea como en la posterior. Por lo que respecta a la España de la época, se escindió en dos actitudes, cuyos polos opuestos están representados, uno, por fray Bartolomé de Las Casas, vehemente mantenedor de los derechos de los indios, que defendió incluso ante Carlos V haciendo una cruda descripción de sus sufrimientos; y otro, por Juan Ginés de Sepúlveda, quien sostenía que los indios eran bárbaros por naturaleza y creados para ser esclavos, por lo que los españoles tenían derecho a someterlos a su obediencia en tanto que les llevaban la cultura». Estas tesis de amargo sabor político, presionan siempre de modo equívoco, cualquier tarea cultural o científica. Todo se embarulla cuando el fanatismo se filtra, como la ingravidez del Cosmos, en la cabina de los astronautas. Los gramáticos como Nebrija querían un indio académico. El Inca Garcilaso quiere un indio latinizado y renacentista. El misionero quiere un indio dialectal y vernáculo que entienda la doctrina cristiana en el catecismo popular. Los lingüistas quieren un indio experimental, y ese hervidero de interferencias, traspasos y préstamos, fecundos para la abstracción, léxica y filológica, del problema primario antropológico y sociológico de la comunicación humana. Todo esto es fecundo científicamente: pero se corre siempre el peligro de abandonar la sencillez y la evidencia. De cancelar las ingenuas condiciones primarias que hicieron qué en torno a Caracas y Maracaibo existieran unas ciudades construidas sobre lagunas y canales: y que por eso así como a una plaza pequeña se le llama «plazuela», a unas Venecias de bolsillo se les llamó, en conjunto, «Venezuela». Algunos catedráticos dicen que no. Pero algunos alumnos decimos que sí.

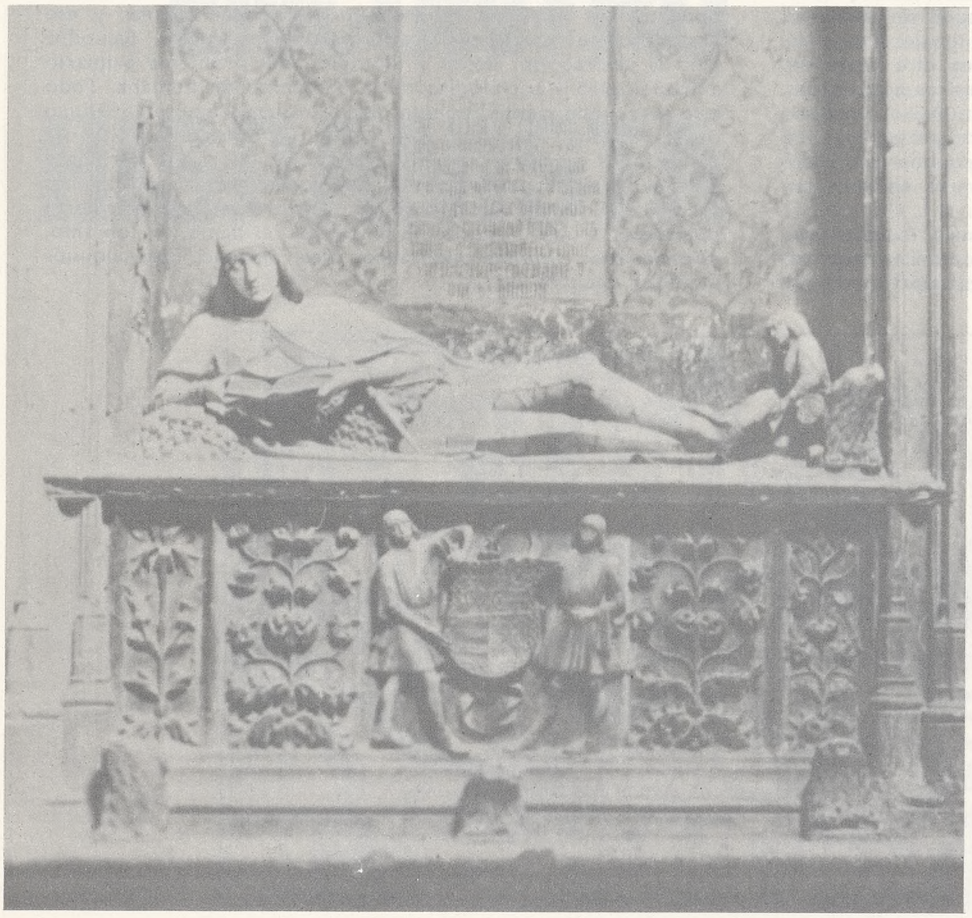


por
José
María
Alfaro

AMERICA, ESPAÑA Y EL RENACIMIENTO

***E**SPAÑA no tuvo Renacimiento. Del mismo modo que no vivió una cambiante y guerrera época feudal —salvo en ciertas zonas fronterizas de Cataluña—, el Renacimiento no floreció en las tierras españolas, trayendo nostalgias de antiguos mármoles y de viejas humanidades.» Estas y parecidas afirmaciones se han convertido en lugares comunes, para uso no sólo de escolares apresurados sino también de intelectuales perezosos. Cierto es que sobre el mosaico español no se produjeron fenómenos de la hondura y la brillantez de los que acaecieron en Italia. ¿Pero es que acaso la rutilante primavera renacentista italiana tuvo parangón bajo otros cielos de Europa? Tan es así, que para muchos historiadores y comentaristas —y no de los más lerdos ni interesados— el Renacimiento fue un maravilloso estallido italiano, de características y proyecciones propias, cuyas salpicaduras —por su misma fuerza expansiva— alcanzaron en gradaciones diversas, a otros países y medios europeos. La cosa no es tan sencilla ni cabe liquidarla con una perentoria argumentación. Baste ahora, aquí, con dejar constancia de las proyecciones renacentistas sobre el bisel español de los siglos XV y XVI, tan fecundos —por otra parte— de simiente ibérica para la «grande y general Historia».*

Es verdad que la última década del «cuatrocientos» sorprendió a España empeñada en el epílogo de la denominada Reconquista. Pero ya, para entonces, la descomunal empresa era como una nueva espada blandida sobre una carne y un cuerpo ambiguos. La conquista de Granada, aunque fuese el legado de un rosario de siglos, nada tenía que ver con una aventura medioeval, pese a la divisa de «Cruzada» que con tanto orgullo ostentaron los Reyes Católicos. La Edad Media quedaba a las espaldas de los ejércitos castellanos. Su espíritu, su organización e —incluso— sus esperanzas estaban disparadas hacia objetivos nuevos. Hasta el «doncel de Sigüenza», el último muerto de la guerra de Granada, parece querer simbolizar en su sepulcro renacentista la concreción de unos ideales recién advenidos, descubiertos entre los ecos de los galopes de romancero y las seculares armaduras.



Sin que se sepa claramente por qué, estuvo de moda —esgrimiendo mil oscuras razones— sostener que la Edad Media se prolongó en España más allá de los límites señalados, con bastante convencionalismo, como comienzo de los «tiempos modernos». Seguramente se

quería con ello sugerir que llegábamos tarde a todo, incluso a la cita inexorable de la Historia, cosa que no aconteció realmente, de ninguna manera, con aquella coyuntura, en que fueron los brazos españoles los primeros en verificar y abarcar la redondez de la tierra.

Alguien podrá argüir que para qué entretenerse en replicar a tan bizantinas proposiciones; que lo mismo da, para la gloria del Descubrimiento, que fuesen vientos medioevales o renacentistas los que soplaron en las velas de los navíos que arribaron por vez primera a las deslumbrantes y prometedoras playas americanas. Pero el problema está ahí precisamente, sin que se pueda soslayar el cúmulo de consecuencias que había de traer el que fuese con un espíritu o con otro con el que se acometiera el quehacer de la conquista y —valga la hoy tan cuestionada palabra— de la colonización.

No hay duda de que entre las grandezas de que estuvo repleta la empresa americana, saltaron también las salpicaduras de los errores y del costo humano. Fácil es atribuir a la condición del hombre las equivocaciones en cualquier tarea. O justificar éstas —como en el caso de la acción de España en América— cargándoselas a los imperativos del tiempo, a los usos y temperamentos de la época. Pero dicho así, enunciado de este modo, casi equivale a lavarse pilatescamente las manos con respecto a una sumaria profundización crítica de los hechos. ¿Por qué, cuáles eran los usos y los abusos de aquellas décadas clavadas entre el recuerdo medioeval y las auroras de los mármoles resucitados, entre el confiado vivir teológico y la rebelión incendiaria de la Reforma? ¿En qué marcos se encuadraban los movimientos y a qué líneas de fuerza obedecían las directrices de los seres que saltaban, ágilmente, las divisorias de la Edad Moderna?

El gran planteamiento de la mentalidad renacentista fue el de situar, rejuvenecido, al hombre como medida de las cosas. Aquella resurrección de los ideales clásicos, tras los siglos en los que Dios había representado —para el dintorno occidental— la única dimensión del universo, estaba destinada a traer infinidad de cuestiones, aparte naturalmente de las actitudes ante la fe.

Cuando España embarca en sus naves a Colón para que ponga proa a América, no hay un español culto que no haya tomado postura frente a la realidad espiritual del Renacimiento. Podrá ésta —como en otras muchas mentes europeas— ser contraria al nuevo humanismo y a todo lo que él representaba. Había, incluso, los que, apretándose a un recio tradicionalismo, traten de cerrarle el paso en nombre de los ideales religiosos y políticos de la Edad Media. O también los que sientan que los largos siglos de lucha e intercambio con el mundo árabe han configurado para el español distintos canales de proyección cultural. Pero favorable o adversa, es difícil imaginar una conciencia española de los años del Descubrimiento, que no fuese sensibilizada por los impulsos y las motivaciones del Renacimiento.

La idea, pues, del «hombre-medida-de-las-cosas», aunque combatida por razones religiosas, ocupa su lugar, consciente o inconscientemente en las cabezas de los descubridores: de los planificadores y los ejecutores de la empresa americana.

América era un misterio. Mejor dicho: el misterio. Para comenzar no existía. Tropezar con la renacida Atlántida, cuando se buscaba el revés de las tierras legendarias de Cipango o Catay, constituyó la materialización del milagro. Un orbe mágico y fragante se levantaba sobre las playas de las primeras Antillas, mientras los lacerados pies de los navegantes avanzaban en nombre de Dios, de los reyes y de la remota Castilla de hierro y de piedad, sobre las abrasadas arenas. Fue la gran jugada de la historia, la baza maestra del hombre del Renacimiento. Algo así como una carambola inverosímil, con la cual a la vez que se ganaban pueblos enteros para Cristo, se le daba la razón a la ciencia nueva y se consagraba la redondez del planeta.

Después, fue el estupor. América, que aún no había sido bautizada, parecía ofrecerlo todo: desde la riqueza a la mística, desde la gloria hasta el poder. América era como el gran premio para el pueblo predestinado, para los hombres capaces de abrazarse a la aventura sin un temblor ni un titubeo. Pero a aquellos hombres se les había querido conformar lejos de la idea de que alguna vez tendrían que sentirse cíclopes o gigantes, comportarse como tales y empujar las rocas y los océanos. Sí. El hombre tenía que caber dentro de la armadura de Ulises, ajustar su cabeza al casco de Pericles, meter sus hazañas en los versos del viejo Homero. La estatura del hombre clásico era la aspiración, el límite, para el hombre del Renacimiento. Y con aquellas proporciones —así lo prescribía el nuevo humanismo— se hacía preciso medir las cosas, las empresas, los objetos... Claro es que al cielo le quedaba estrecho el monte Olimpo; pero los hombres tenían que amoldarse —mejor dicho: que soñar— con los cánones de Lisipo y de Policleto.

El choque con la fantástica verdad de América representó la gran apertura, el advenimiento de la nueva dimensión, la llamada a una realidad proyectada por la auténtica distensión de la naturaleza. Porque el español, al que se estaba ahormando la conciencia del mundo dentro de los moldes clásicos, descubrió nada más comenzar el galope por las tierras nuevas, que en América todo parecía disforme, insalvable. Las montañas eran demasiado altas; los ríos excesivamente anchos; las selvas, agobiadoramente impenetrables; las llanuras, angustiosamente ilimitadas... El mar de Ulises no era el mar de Colón. América —ahí sonaba el grito— no estaba hecha a la escala del hombre. Sobre todo de aquel hombre al que se había querido rehacer con restos de mármoles mediterráneos, cantos olímpicos, délficos augurios y áticas dialécticas.

El español, ya desde el principio del descubrimiento y la conquista, se dio cuenta —seguramente— de que para correr los nuevos ámbitos no era suficiente poseer los ligeros pies de Aquiles. Necesitaba, por lo menos, calzarse las botas de siete leguas; abrir los ojos a otros horizontes, frente a los cuales la vista se tornaba adivinación; readaptar su psicología, sus supuestos acerca del mundo conocido. Ahí comienza la gran revolución. América le está forzando a ella, al comunicarle el sentimiento de que se ha quedado chico, de que la talla que le ofrecía como ideal la prescipción renacentista no alcanza ni los picos ni los cielos americanos. Para dominarlos se hace preciso una vasta operación interior. Hay que convencerse de ello sin más dilaciones. América —casi virginal, envuelta en una aurora única para la Historia— está apuñalando al Renacimiento, que agoniza ante los frescos amaneceres.

Y ahora, las consecuencias. ¿Se puede imaginar cuántos yerros innecesarios se hubiese economizado España, en las jornadas iniciales del descubrimiento, si dentro de las naves castellanas no se hubiera colado de polizón el espíritu renacentista? ¿No habría sido preferible, quizá, que ante España —como parecen sugerir sus detractores— se hubiesen estrellado los impulsos del Renacimiento? Pese a todo ello, la gloria y el poder creador fueron el resumen de la empresa americana. Aunque hay días que nacen, bajo un cielo primaveral, sin una sola nube.

EL TEMA CLAVE DE LA HISPANIDAD

por **Vicente Marrero**

La Hispanidad, y no hay por qué extrañarse de ello ante la circundante indigencia espiritual que nos asedia por tantos lados, es uno de los temas que ha resultado demasiado sustancioso para los ánimos entecos de nuestros días. Es largo, pero no por ello desapasionante, el camino que le espera y lo que a propósito de él aún nos queda por ver y andar. Ya bastante se ha criticado la retórica aireada pródigamente sobre sus efemérides. Pero están en un error quienes crean que puede dársele del todo la vuelta al tema brindando planteamientos más o menos pragmáticos, tratados comerciales o perspectivas envidiables de desarrollo económico o social. Sin duda, tanto en Hispanoamérica como en España, resulta ineludible una revisión de lo que podemos llamar su sentido socio-económico; y nadie, en un plano tan intelectual como supranacional, ha acertado a plantear esta cuestión como Maeztu, el anterior a su Defensa de la Hispanidad, el que en la línea de Galdós, de Costa y de un lúcido conocimiento del mundo anglosajón impregnó su obra de una inconfundible impronta, tal como puede verse en sus libros el Sentido reverencial del dinero, Norteamérica desde dentro, El ideal sindicalista, El nuevo tradicionalismo y la revolución social... ¿Algún otro se ha preocupado como él de la concepción material de la Hispanidad, con anterioridad inclusive a su concepción espiritual?

No ofrece, pues, dudas la revisión, cada vez menos incuestionable de la actitud del hombre hispano ante el trabajo manual y ante otros aspectos fundamentales de nuestras preocupaciones más tangibles. Ahí están clamando al cielo el atraso material y la prodigiosa dotación de bienes naturales sin explotar de muchos países del mundo hispánico. Con todo, me encuentro muy lejos de quienes exorbitan de tal modo esta preocupación que desvían lo que en sustancia es lo más importante hacia las mismas zonas del silencio cuando no de la desconsideración. Y entre estos desviacionistas de profundidad, a estas alturas, no sólo hay seudomarxistas. Ni mucho menos.

El tema clave de la Hispanidad permanece inalterable si bien en nuestros días se halla ante una de las más comprometidas y decisivas encrucijadas de su historia. Por los derroteros que sigue el mundo, por la aplastante hegemonía de la way of life norteamericana, por el aura pródigamente orquestada de quienes tratan de forzar la subversión en el llamado tercer mundo y —lo que es mucho más grave de cara a Hispanoamérica— por la nerviosa y, en no escasa medida, papanata actitud de un sector importante del clero.

Considero que, entre quienes se han interesado últimamente por el tema, aunque desde una perspectiva diametralmente opuesta, hasta podría decirse que bipolar a la que hemos considerado como clásica al hablar de la Hispanidad, ha de reservarse un lugar destacado a la obra de Américo Castro. El ha ampliado a Hispanoamérica el «turmix» de la problemática con que se ha propuesto moler el hígado de la vida espiritual española. Conocida es su tesis de que no se concibe el mundo hispánico sin su especial creencia religiosa; pero también no menos conocida es la escasa fortuna con que ha intentado interpretarla, dentro de un marco semítico, de lo más tendencioso que hoy se puede ofrecer en las letras. Pero pese a su crítica, que no deja de ser despiadada, así como a su daltónica visión del cristianismo y a su concepción profundamente errada de lo que una de las figuras contemporáneas más preclara de Hispanoamérica, el mejicano José Vasconcelos, llamó «el más noble tipo de cruzada humana, universal y generosa que jamás haya existido», ha de concederse que Américo Castro centra el verdadero estado de la cuestión. En ello —dato que no ha pasado inadvertido a la crítica— Castro muestra sus puntos de contacto —en el planteamiento, no en la solución de la cuestión— con lo que sostiene la dirección llamada tradicionalista.

Para Américo Castro no ofrece dudas que cuando España perdió sus dominios americanos en 1824, los españoles de Hispanoamérica pudieron recibir casi íntegra la herencia de tres siglos de colonización civilizadora, a pesar de los tenaces ataques de Inglaterra, Francia y Holanda. Bien es cierto que este reconocimiento lleva implícito su crítica a lo que llama teocracia hispánica, a la imposibilidad de organizar un Estado legal afirmado en intereses objetivos y no en magias personales, y a otras expresiones por el estilo sobre lo que él, entre vitalista y existencialista, considera funcionamiento, disposición y límites de la «morada vital» de los pueblos de habla hispana. En ningún país católico, reconoce, desplaza la religión mayor volumen social que en España y en las naciones hispanoportuguesas, y la verdad es que la creencia religiosa nunca ha sido sustituida en ellas por nada que le sea equiparable en extensión y fuerza. Aún en aquellos países donde esta afirmación parece desproporcionada, se convence uno de que es cierta cuando la religión se ve atacada públicamente. Afirma que en cuanto la autoridad no era recibida como poder sostenido por Dios, el hombre hispano se tornaba indócil e insumiso, rebelándose interiormente contra toda ley hasta caer en el anarquismo. Cierto que su reconocimiento de estas particularidades entraña, en el fondo, el ánimo de brindar de una vez para siempre —pese a su pesimismo que a duras penas hace flotar sobre tantos fracasos anteriores de quienes han sostenido una actitud similar—, la fórmula moderna que sustituya a la religión o cualquier influencia de ella en el concepto de autoridad. Pero no es menos cierto que le da toda su importancia a hecho, para él y para nosotros incuestionable, de lo que es ni más ni menos que un enorme volumen de humanidad coincidente con la dimensión histórica realizada por la fe y los corazones hispanos.

Rara es la obra, singularmente entre las publicadas después de su tan aireada «crisis del 38», en que Américo Castro no vuelva sobre el tema para él obsesivo de la desunión hispanoamericana, a sus ojos ejemplo de hispanitis más bien que de hispanidad. Pues traslada a Hispanoamérica, con la mayor naturalidad del mundo, toda su visión de la problemática española: lo que él considera un problema de castas más que de razas; su opinión de que la casta cristiano-castellana fue la que llevó el peso de la aventura americana, o de que la empresa de las Indias fue antes de religión y de personas, que de quehaceres planeados, del mismo modo que advierte cómo se esfumó el Imperio indiano siendo mínima la reacción producida entre nosotros por tamaño desastre... Estas y otras apreciaciones, algunas muy discutibles, vistas siempre con ojos avezados a planteamientos vitalistas, reconocen, sin embargo, la unidad de un fenómeno humano de dimensiones continentales, objeto de una discusión tan apasionada como secular, que ha de determinarse mediante juicios de valor en los que se combinen nuestra vivencia de tal fenómeno con quienes existieron en él y con él. No hay modo de fijar científicamente, confiesa, la forma en que cada uno puede revivir como plenitud un fermento de vida, un sentido. ¿No quedamos en que fundamentalmente se trata de un fenómeno humano y de creencia?

A veces A. Castro deja la sensación de que se resigna doloridamente a que tanta grandeza —que él, humana y artísticamente no niega y hasta muchas veces admira— tenga tan escaso reconocimiento y vigencia entre los portavoces

del mundo de hoy. Así escribe: «España se creó, porque así lo quiso, un imperio de belleza, desde California a la actual Bolivia... Si otros países europeos poseyeran sólo la décima parte de todo eso... Pero la expresión de la sensibilidad exquisita en forma monumentales o personales no hiere ya en los corazones... Nos hemos quedado sin órganos estimativos para lo que España fue, e hizo». Palabras que parecen revelar una sensación resignada, pero quien esté más o menos familiarizado con el espíritu de su obra, sabe que no se hallan muy distantes de una repulsa. Ese espíritu ¿no está a la altura de los tiempos, o son éstos los que no están ahora a la altura de lo que él creó históricamente? ¿Y qué nos quiere decir A. Castro cuando hace afirmaciones de este tipo?: «ante una civilización que ha trocado en fines los medios materiales de una cultura yerma de sentido, y expuesta a convertirse en un cascarón anónimo... es más actual que nunca la historia de España, a pesar de que muchos no perciban sino su fracaso y su arrogancia»; «ante un mundo como el que vivimos, la misma historia de España resulta ejemplar, como alimentada por una viva raíz de eternidad»...

La ambivalencia de ánimo en el mejor de los casos de Américo Castro; y decimos en el mejor de los casos porque la meta hacia donde apunta ofrece en el fondo muy pocas dudas, no guarda, sin embargo, proporción, por lo inusitado de su tendencia, con lo que se advierte actualmente en otros sectores progresistas, incluidos los católicos. Preocupados por el profetismo marxista de que después de la revolución rusa y de la revolución china, la próxima gran revolución sería la hispanoamericana; conscientes, en frase de Gastón Baquero, de que el continente lleva más de cien años haciendo revoluciones corticales, no radicales, han dado en levantar, sobre tres o cuatro sofismas manidos, la bandera de derribar radicalmente y de la manera más indiscriminada, las estructuras. Procedimiento que en todo momento, pero más en especial en éste por el que atraviesa Hispanoamérica, no es precisamente el más adecuado para su desarrollo, social, económico, político, cultural y religioso.

Una falsa perspectiva, sustentada desde fuera, y no digamos si es a través de un prisma seudomarxista —la Rusia actual, al fin y al cabo, es la gran chapuza, intelectual y económicamente— ha desenfocado en lo más sustancial todo el panorama de aquel continente. Visión foránea sustentada a base de sociometría y de visiones demasiado homogéneas que le vienen por lo general, ofreciendo los intelectuales especializados en el tercer mundo, pero que están muy lejos de acercarse al problema tal como lo ha hecho, por citar un nombre al que hemos aludido, don Américo Castro. No puede pasarse impunemente por alto la juventud de aquellas naciones; la diferencia existente entre una colonización como la norteamericana basada en la empresa comercial y la hispánica centrada en una innegable base municipal. Siendo la revolución norteamericana de 1776 una reacción «tory», conservadora, aún puede afirmarse que lo que ha sucedido desde su independencia en Hispanoamérica ha sido mucho más conservador, por cuanto que la estructura colonial española era más conservadora que la inglesa. Por otra parte, el hecho de que el intelectual hispanoamericano haya sido hasta ahora, por lo general, como se ha resaltado ya, elitista, «arielista» —recuérdese la polémica Maeztu-Rodó—, aristocratizante, enemigo de la sociedad industrial, al fin y al cabo, no es tan grave como la actual promoción encaminada a conseguir su movilización ideológica con el objetivo de que se enfrente a un pasado que da la clave de tantas cosas. Unos intelectuales que, generalmente, tienden a no seleccionar la recepción doctrinal, pretendiendo asimilar patrones de conducta originados desde otros supuestos sociológicos y espirituales, sirviéndose, a la postre, más de emociones que de ideas, e ideas que están muy lejos de adecuarse a sus realidades más concretas, como si sólo los métodos revolucionarios radicales les diera la receta para entender su malestar.

Con todo, el panorama se presenta de tal modo que quien pretenda oponerse a ese cambio radical de estructuras, se le convierte fatalmente bien en vampiro del obrero o en agente del capitalismo imperialista. Y es tal el ambiente que se ha logrado orquestar en torno a Hispanoamérica que todo Occidente parece conmoverse ante el «no hay más tiempo que perder». Ante un panorama así, ¿la Hispanidad aparece como una esperanza utópica? La fidelidad a su raíz en progresivo desenvolvimiento homogéneo de cara a un mundo mejor, sin claudicaciones ni falsos espejismos, ¿tiene todavía algo que decir? ¿A cuántos, a estas alturas, se les ocurre citar a propósito de la Hispanidad, pensamiento como el del Rey a don Lope al confirmar la sentencia de Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea:

que errar lo menos no importa
si acertó lo principal.

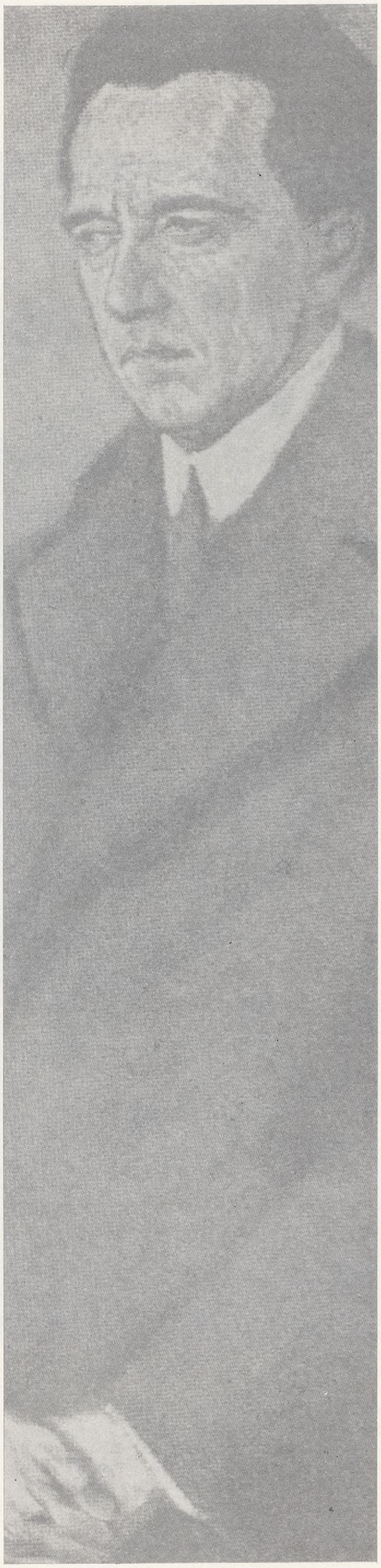
Sobre España también se confabularon las fuerzas internacionales más poderosas, los flamantes Frentes Populares del momento, los primeros progresistas católicos que entonces empezaban a aflorar —Maritain, Mauriac, Mounier—, duquesas y sotanas rojas..., pero terminaron mellando sus filos en nuestra roca de fe. Bien es verdad, que a estas alturas, España de cara a Hispanoamérica, a más de aquel ejemplo de 1936 en su repulsa al comunismo y de su posterior recuperación económica, inexplicable sin aquel impulso inicial, podía esforzarse en ofrecer un ejemplo más cotizado y exportable de sus realizaciones políticas, pues no basta, explícita o tácitamente, reconocer la anticonstitucionalidad fundamental o seudonihilismo de la inspiración demoliberal de los Estados modernos. Un Estado con signo cristiano, máxime si ese Estado es el español, ha de esmerarse también para que ningún otro le lleve la delantera en todo aquello que signifique, dentro de la medida de sus posibilidades, una realización cristiana en la política. No se le oculta a nadie que para ello han abundado las circunstancias adversas, serias dificultades y fallos de todo tipo. Pero no por nuestras deficiencias ni por las de los otros países de habla hispana, han de decaer los ánimos. Tal vez sea ese nuestro sino. Crecernos cuando aumentan las dificultades. Venero de tipos humanos que ya Quevedo vio

pródigos de la vida de tal suerte
que cuenta por afrenta las edades
y el no morir sin aguardar la muerte.

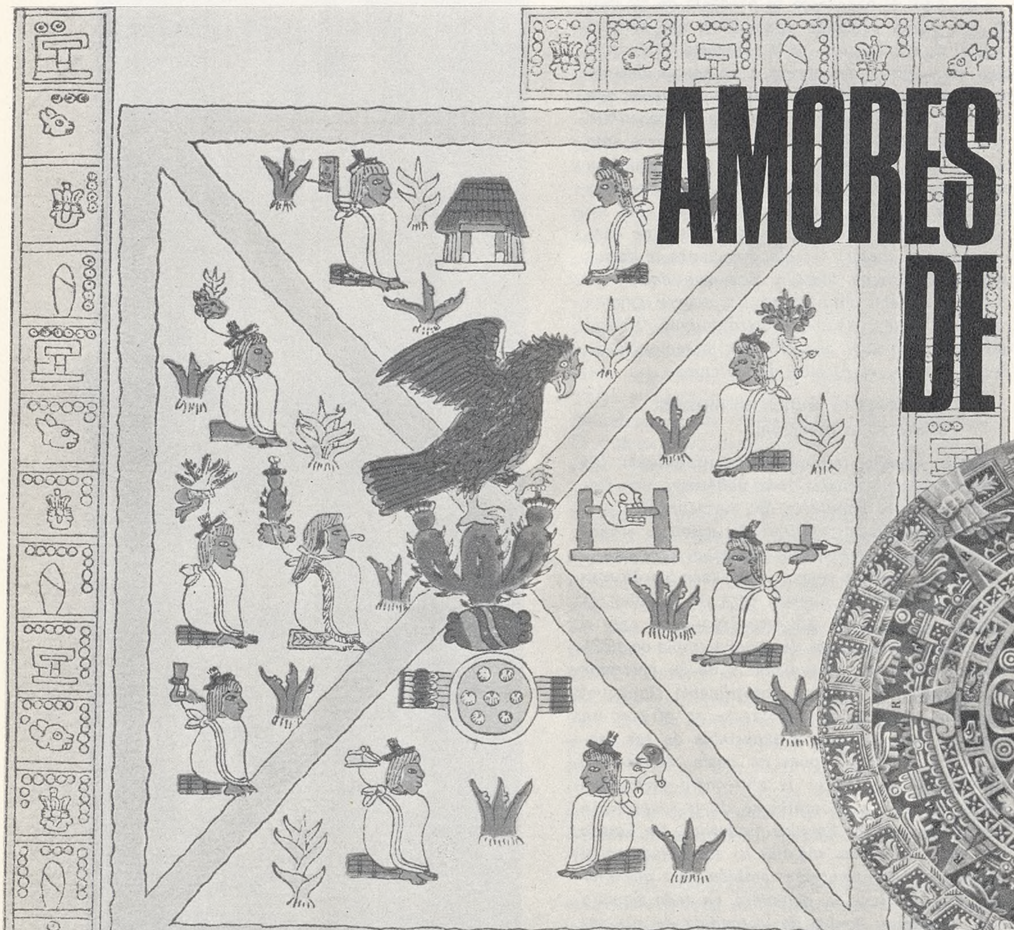
Lo decía, claro está, de los españoles de las décadas de oro. Pero las afinidades entre los ánimos esforzados de aquella época remota y el de los hispanos actuales, no son tan escasas. Sobrarían ejemplos para demostrarlo. Hay algo en nosotros, pese a la moderna sociedad de consumo, que, con el mismo Quevedo, nos hace decir

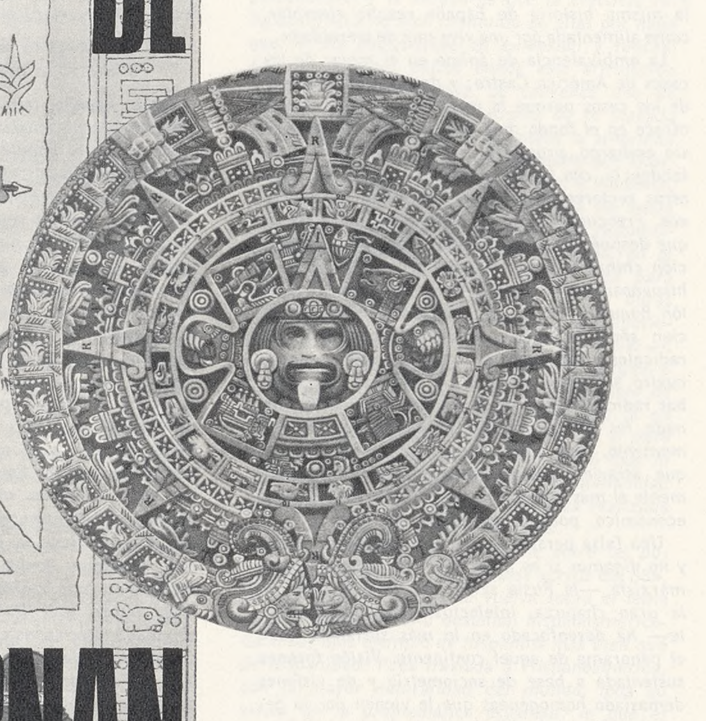
que soy fuerte como España,
por la falta de sustento.

Y lo decimos, quede también claro, por la ley del corazón. La misma ley nos hace presentir que en la medida en que la Hispanidad se hace más difícil se nos aparece más cercana. Dígase lo que se quiera del corazón, con él, en definitiva, se deciden las cosas más grandes de la vida. No en vano, en sentido bíblico, el corazón es el órgano por el que Dios se dirige al hombre, al hombre interior, al que, en lo más profundo, sustenta de manjares nada fungibles.



Ramiro de Maeztu





AMORES DE HERNAN CORTES

por Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela

ERGUIDA está y señoril, sobre el plinto de las grandes evocaciones patrias, la ciclópea figura de Hernán Cortés. Lujo de nuestra Historia este Primer Marqués del Valle de Oaxaca, lográndole a Su Cesárea Majestad aquellas tierras ultramarinas, «hermosas, apacibles, templadas», de la descripción que hacía el regidor de Méjico, Bartolomé de Zárate; y un mal esconder, bajo la invicta armadura castrense, su grande y desacompasado corazón, de cuyos latidos vienen animados tantos pasajes de sus famosas *Cartas de relación*, y, más delgadamente, esa otra crónica menuda con que, a veces, la *grande* suaviza su empaque, para acercarse a nuestra sencilla humanidad.

Serán, pues, sus incumplidos, vivaces diecinueve años, expectantes de presentidas geografías remotas —ya dimitidos gramática y latines de la docta Salamanca—, dispuestos a insólitas empresas, a punto de iniciarse al embarcar con el comendador Ovando, aprestando éste su escuadra para La Española, pero de cuyo periplo habría Cortés de desistir, al fin, interferida en su acuciante anhelo de lejanías, la fragante y prohibida vecindad de alguna incógnita desposada, inicial pasión del hidalgo de Medellín, malparado entonces, al derrumbarse cierta ruinosa pared —improvisada y cómplice escala—, sintiendo a seguido, contigua a su febril piel, la vindicativa espada del presunto burlado, cuya madre, con mediar oportunísimo, sustrajo a nuestro mozo, ya inerme y en tierra —a un lado el caído broquel—, de una muerte creída segura; «de suerte que a aquella vieja —resume la supuesta crónica de Calvet de Estrella— debió Cortés su salvación de este primer trance».

Ya en Indias la inquieta planta de Hernando, como un epitalámico bastidor había de resultarle a su cálida humanidad los nuevos telones, en que bordase a tan juvenil existencia otras temblorosas viñetas; pronta en él, siempre, una palabra ingeniosa y oportuna, junto a la buena estampa que el caballero tenía, secundando al labio glotón... Y a los tres años de estancia allí

—en Cuba—, legales nupcias con doncella española, doña Catalina Suárez de Marcayda, sobre la voluntariedad de cuyo enlace —y aciago final del mismo— algo han discurrido crónicas y libros. El padre Bartolomé de las Casas —nada fervoroso del Conquistador de Méjico—, refiriéndose a este matrimonio y su calor, sienta que «estando conmigo [Cortés], me dijo que estaba tan contento con ella como si fuera hija de una duquesa».

En Tabasco después, surge doña Marina, la famosa «Malinche», quien, con otras indias llevárasele en incitante y reiterado regalo al capitán; hija de «señores y caciques de un pueblo que se dice Painela, y tenían otros pueblos sujetos a él» —explica Bernal Díaz del Castillo—, fue prestamente bautizada por Cortés, católico sincero, siendo harto sabido que vino a constituirse en esencialísima aliada suya, para el pleno dominio de aquellas insuaves tierras bellísimas.

Morena mujer, sumisa y arisca como una gacela —«de buen parescer, y entremetida y desenbuelta», para el juicio de nuestro veraz cronista citado—, afectivo y sensual halago del capitán; su intérprete excepcional también, cerca de las gentes nativas, en arduo sometimiento, hasta el punto de que con ella —y mucho por ella— «su gran fidelidad y verdad con que siempre trató a Vuestra Real persona —escribía al César, don Fernando Cortés, nieto de la misma y del Conquistador—, y a la del dicho marqués, en vuestro real nombre, tubo efecto la dicha conquista».

También —fémina no única de tantos tiempos de amor—, esa doña Leonor, nacida de doña Isabel, hija legítima de Moctezuma II, nueva fecunda emoción del español; perennizable ahí la bronca sangre de los altaneros Monroy, Cortés, Pizarro y Altamirano, bullente en pulsos de Hernando. Prodigada, pues, al fundirse con la de otras ya no exóticas venas, desde el punto mismo que estaban ganadas por la gran pasión del anhelante capitán, cuantioso de cantarines nombres de mujer, hurtados hoy a cualquier trivial curiosidad (una grande interrogación clave, pues, sus arponcillos de expectaciones fallidas sobre el grave dintel de la Historia, que aquí tiene traviesos cupidos, como alado y fragante blasón...).

Viudo ya, en madurez cansada, la sutil inquietud de perpetuar legítimamente su ya histórico nombre, convoca al agitado corazón de Cortés a nuevos alientos nupciales. Inclitos linajes de Castilla buscan entronque con el mítico personaje, y así «poderse gloriar —comenta el genealogista Haro— de aver juntado su sangre con el mayor y más glorioso varón que tuvieron estos Reynos». Siendo esposa elegida la alcurniada doña Juana de Zúñiga, vástago de don Carlos de Arellano, II Conde de Aguilar, y de su consorte doña Juana de Zúñiga, de las grandes Casas de Plasencia y de Béjar.

Gentilezas y fervores del esposo irían desde entonces, sin cuento ni quiebra, para la maridada infanzona, en cuyo regazo iba a continuar la estirpe de Cortés, con varia descendencia, de capitanes, duquesas y gentileshombres, aunque azares genealógicos —que no son de esta periodística divagación— hayan hecho recaer en los últimos tiempos sobre familia napolitana el esplendente título de Marqués del Valle de Oaxaca —hoy vaco—, con que la Sacra y Cesárea Majestad de don Carlos premiara al súbdito excelso, que, en su imperial nombre, allá, en las occidentales Indias, «granjeando a unos y conquistando a otros, abrió puerta a la luz del Evangelio, donde sólo existían —conforme a la veraz voz antigua de Fray Joan Grijalva— las tinieblas más espesas, que jamás se vieron».

Asidua y limpiamente, otro gran amor cantaría en la generosa intimidad de Hernán Cortés, haciéndolo con inefables acentos. El de su madre, doña Catalina Pizarro y Altamirano, de cuyo entrañable querer está transida y como húmeda, la existencia toda del conquistador de Méjico. Una vez —es su mayorazgo de Colima—, al legar al futuro de su familia directa los seculares «roeles» del blasón materno, cuartelados con pomposa y bien ganada heráldica propia, conferida por Su Majestad; y otra, estampando estas expresivas palabras, que vienen a ser nítido reflejo de su filial adhesión más trémula: «A mi señora [madre] no escribo, porque no lo podría hazer sin darle pasión, *y esto sería para mí la cosa más recia de sufrir*», dice por los años de 1526, en misiva a su progenitor —que exhuma el padre Mariano Cuevas—, cuando ásperos y continuados azares de la Conquista, hiriendo su piel del alma, ponían a prueba la íntima contextura de este español, «como hecho de raíces de árboles», según afortunado símil del gran cardenal Lorenzana, desvelado arzobispo de Méjico, y editor erudito del propio Cortés.

En 1530 —cuatro años pasados de la carta aquella—, ya en Nueva España doña Catalina, cercana al hijo, fue llamada por la muerte nuestra noble dueña. Se imagina uno —comedida y gentil la torpe pluma— el moral derrumbamiento del Marqués del Valle de Oaxaca, contemplando definitivamente fallida entonces su acendradísima aspiración antigua —resarcidora de físicas lejanías—, de larga convivencia final con la genitora; en su vieja Extremadura doña Catalina, agónica de maternales nostalgias.





Por aquellas calendas, ya en espectaculares marcos el Héroe, quien si como hombre fue profuso amante, iba a contar siempre con tan creyente sentir, que de él pudo decirnos su coetáneo Motollinía, el célebre frailecico, loando cuantos dones señoreábanle, que Dios había puesto su persona «por singular Capitán de esta tierra de Occidente». Bajo ella, madre e hijo, sus yertos huesos reposen quietos y cercanos, mientras Aquél no les anima de nuevo en la celeste región a que, desde ambas orillas del mar, los hombres todos de nuestra raza quieren aspirar, rezando en castellana prez.

«Hispanidad» podría esto llamarse también, precisamente hoy, un Doce de Octubre, acorde Mundo Hispánico con la entrañable fecha, que acierta a exaltar, una vez más, en sus acendradas páginas actuales.

LA CIUDAD CON FERNAN GONZALEZ Y EL 12 DE OCTUBRE

LA FECHA EN BURGOS

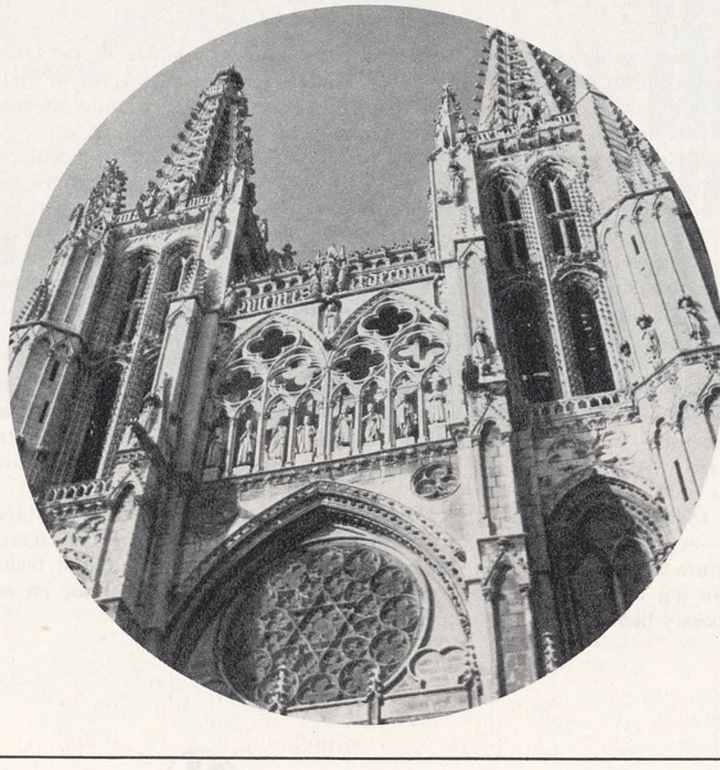
UNA de las cimas de la historia española, la ciudad de Burgos, es sede este año de la gran fiesta de la familia hispánica por el aniversario del Descubrimiento.

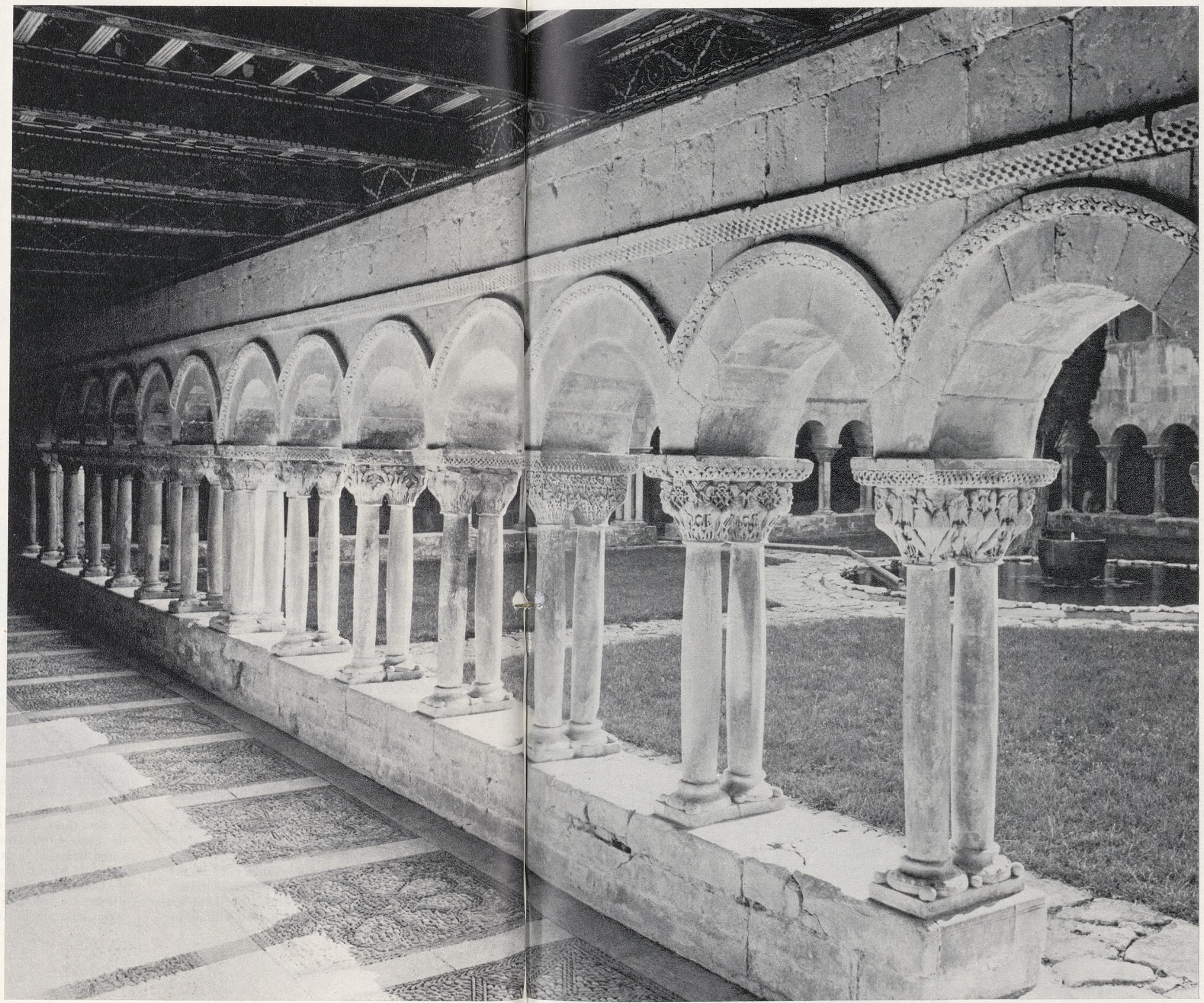
Si es cierto que en cualquier rincón de la tierra española donde se celebre la hazaña «que hizo redondo al mundo» se está en sitio apropiado, porque toda la geografía española está unificada en su historia, y particularmente en la historia del Descubrimiento, es indudable que el marco burgalés presta un esplendor especial a las ceremonias y a las emociones del 12 de Octubre.

Para la gente española, Burgos, con su sola mención, suena a creación, a gloria, a destino español salvado por el heroísmo y por la grandeza, tanto en el siglo XII como en el siglo XX. Para la gente americana y filipina, Burgos resuena en la historia de cada pedazo de aquellas tierras con el maravilloso son de las Leyes de Burgos, uno de los monumentos universales de amor, de concordia y de justicia, creado para los hijos de las tierras descubiertas tan sólo unos años antes.

Si para un español están llenas de emociones inagotables las piedras de Burgos, y recorrer sus calles y plazas es una fiesta del espíritu y un incentivo al amor por las grandezas de la patria, para un hispanoamericano o un filipino, tienen también esas piedras y esas plazas una vieja y maravillosa música que llega al corazón y habla poderosamente al sentimiento de identidad original, de igualdad de destino.

Este año, la cita de la hispanidad es en Burgos, ciudad donde más de una vez en la historia se ha fraguado la redención espiritual y aún la redención política de España. Quien hoy sigue los destinos del país, nos trae confirmación de esta constante significación histórica, de la noble ciudad. Con la gesta del Descubrimiento, evocaremos también la gesta de los teólogos y de los juristas, quienes, en obediencia a la voluntad cristianísima de Isabel, transformaron la conquista y civilización del Nuevo Mundo en una empresa de cultura superior y de religión acendrada.





SON muy inciertos los comienzos de la carrera política de Fernán González. Sólo es seguro que en el año 929 había recibido de Alfonso IV el título de «comes» y regía la mandación de Lara. De hecho, el primer documento en que Fernán González se titula conde de Castilla es de primero de mayo de 932.

Asegurada su posición en la Corte, Fernán González aprovecha su situación para reunir en su mano el gobierno de todas las mandaciones del territorio castellano, el cual excedía en mucho el reducido del condado de ese nombre, integrándolo además los de Burgos, Lantarón, Amaya, Alva, Lara y Cerezo. Con ello venía a ser de hecho «comes totius Castellex». Cuando se siente afianzado en sus nuevas posiciones, que ha conseguido del favor del rey Ramiro II, posiblemente, y después de haber repoblado Sepúlveda, el rey de León confisca sus bienes. Poco después el rey le perdona, así como a su aliado Diego Muñoz, y tomándoles juramento de fidelidad, los restaura a su gracia, manteniéndoles en la condición de magnates palaciegos. Más tarde aparece Fernán González en la parte oriental de su antiguo condado. En septiembre del 946 está otra vez en la Corte de Ramiro, y en febrero del 947 vuelve a figurar como conde de Castilla.

La leyenda hizo de él un héroe nacional, el creador de una Castilla engrandecida e independiente. Hoy, mil años de historia contemplan a Fernán González, Burgos honra su recuerdo y América se asoma a Burgos, en el 12 de Octubre, para saber de este creador de la Castilla descubridora, navegadora, colonizadora. La ciudad de Burgos es como una carabela de piedra en Castilla. Fue Alfonso III quien dio orden al conde Diego Porcelo de levantar una fortaleza, que sería Burgos, y a su amparo una ciudad. Creció Burgos en un ambiente belicoso. Cámara de reyes e intriga de cortesanos en la época de la atormentada Castilla, como plaza fuerte, militar y guerrera. Con la edad moderna deja de ser Cámara Regia para ser ciudad mercantil, hermanando el emporio económico con el esplendor monumental de la mano de aquella gran institución que fue el Consulado del Mar y la Universidad de Mercaderes.

Consulado del Mar, Burgos, con la ca-





Santa María la Real de Las Huelgas y Santo Domingo de Silos (claustro románico del monasterio).

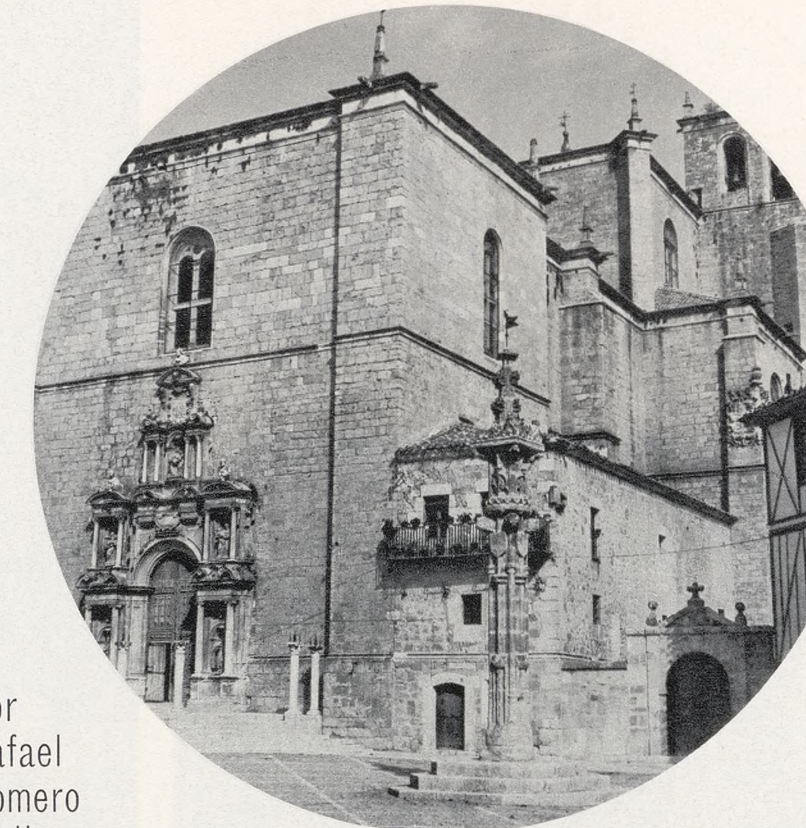
tedral como carabela gótica. «Aunque se mirara —dice Teófilo Gautier— dos años seguidos no se veía todo; es algo gigantesco como una pirámide y delicado como una joya femenina, y no se comprende cómo tal filigrana puede sostenerse en el aire durante siglos y siglos. Burgos tiene una catedral que es una de las más bellas del mundo.» «Asombro y maravilla del arte —escribe Víctor Balaguer por su parte—, que se nos aparece entre nimbos de luz y aureolas y resplandores de oro y púrpura.» Y Eugenio Nadal: «Altísima, espaciosa, de fabulosa riqueza en todos sus detalles, nos deja una impresión de acendrada y elegante serenidad, que remata la frente pura y alta que le dio Juan de Colonia en las dos agujas.» Y el poeta Victoriano Crémer, nacido en Burgos: «Decir que Burgos es su catedral resultaría tal vez excesivo, pero no impropio. Porque la catedral ha sido desde su erección el centro espiritual de la ciudad y también su joya más resplandeciente.»

La ciudad de Fernán González, con perfil catedralicio de carabela que sueña mares descubridores, es germen de la Castilla que luego se expandiría por el mundo y florecería en América con otras catedrales, con otras ciudades. En este 12 de Octubre de 1971, hay una fecha milenaria presidiéndolo todo. América confluye en Burgos, en el Burgos de Fernán González, para asistir a la Historia, que vuelve a hacerse realidad, presente, movimiento, ante los ojos nuevos de un mundo que también habla castellano, ese castellano del Cid, del Romancero, y que a veces, sabiéndolo o sin saberlo, entre su idioma de hoy deja asomar la raíz antigua, arcaica y fresca. Muchas de las palabras de América tienen la raíz al aire, como algunas flores, y esa raíz castellana antigua, es en tanta medida burgalesa, milenaria.

A la sombra azul de Burgos, sombra de catedral o de carabela, se reúne hoy España con América, en el 12 de Octubre, y por las piedras, la llanura, los recuerdos, los tapices, la Historia, pasa la imagen, la memoria de Fernán González, conde de Castilla. No cien años de soledad, sino mil años de compañía y de historia florecen hoy en Burgos, carabela gótica, catedral navegante, confluencia de la España primera con la hispanidad última y de ahora mismo.



La estatua del Cid y Colegiata de Santa Ana, en Peñaranda de Duero.



por
Rafael
Romero
Moliner

BURGOS Y EL PRIMER ORO DE AMERICA

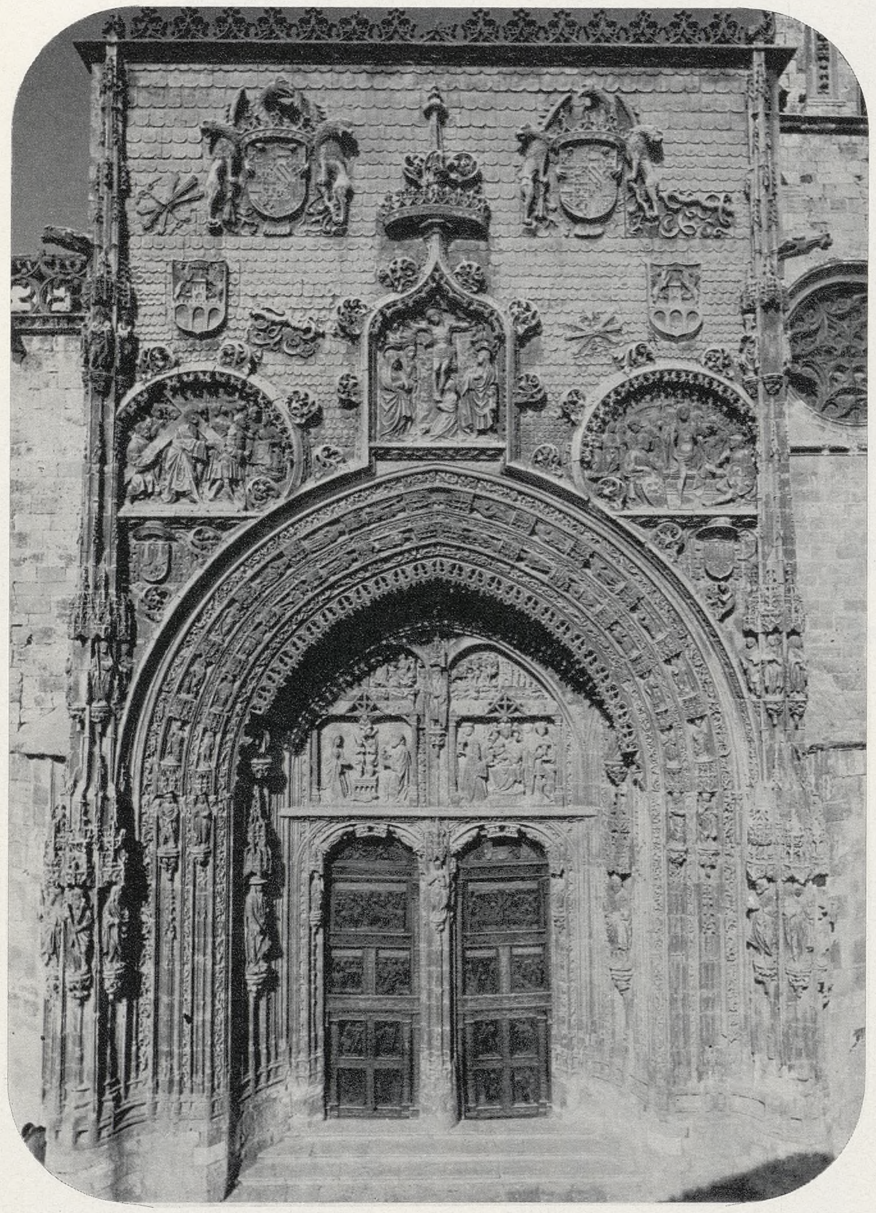
EL episodio es tierno y merece la pena glosarlo. Estamos en Burgos en la mañana de un día de otoño de 1497. El día está claro, el cielo limpio y un vientecillo del norte trae a la ciudad recuerdos del Cantábrico. Desde muy temprano, las puertas de la ciudad contemplan la llegada de un aluvión de gente que, a pie o en caballería, ha llegado hasta aquí. Muchos aldeanos traen alguna mercancía para vender, las campesinas sus mejores galas y todos una incontenible curiosidad pues hoy, cinco años después del descubrimiento de América, los Reyes Católicos reciben por segunda vez y de manera solemne a don Cristóbal Colón.

La monarquía de los Reyes Católicos es ya una monarquía moderna, pero no deja de ser monarquía-espectáculo y quiere dar realce y espectacularidad a la ceremonia. Para escenario de la fiesta, los Reyes han escogido la casa del Cordón, palacio de los Condestables de Castilla y uno de los pocos ejemplares de la arquitectura civil de la época que el tiempo ha conservado. La casa es grandota, severa y no muy aparente, porque los próceres de la época prefieren gastarse los maravedises en construir suntuosas moradas para los muertos mejor que en residencias para los vivos, cuya vida es muy breve. Los mismos Condestables tienen ya en la catedral burgalesa un enterramiento espléndido en el que la pompa heráldica y el fervor religioso maridan puntualmente con la riqueza y el buen gusto.

Hasta el alojamiento de los Reyes se encamina una vistosa comitiva de soldados, frailes, indios y guacamayos, cosas estas últimas poco vistas, pero indudablemente decorativa. Lentamente se acercan a la casa del Cordón ante la mirada curiosa o estupefacta de clérigos, burgueses y campesinos. No sólo hay patanes.

Burgos es ahora una ciudad muy abierta al mundo, de aire fino y de inteligencia aguda, por lo que no es extraño que dentro de dos años, una imprenta burgalesa dé a luz la primera edición de «La Celestina».

BURGOS Y EL PRIMER ORO DE AMERICA





Portada del siglo XV, en la iglesia de Santa María, de Aranda, la catedral de Burgos y la Cartuja de Miraflores, sepulcro de Juan II e Isabel de Portugal.



La ciudad es rica y prospera en estos días gracias al esfuerzo de sus avispados comerciantes que tratan en lanas y paños con todas las gentes de Europa. De los puertos del Cantábrico, y fletados por mercaderes burgaleses, salen, al cabo del año, muchos barcos hacia Francia, Inglaterra y Flandes. Los burgaleses listos —y lo son casi todos— han visto mundo y han cambiado ideas, monedas y mercancías con mucha gente; el incipiente sistema capitalista lo manejan magistralmente y para ellos la letra de cambio y los mecanismos bancarios y crediticios no tienen secretos. Gente espabilada que sólo cometió un único pero garrafal error: emparentar a principios del siglo con la familia del todopoderoso don Pablo de Santa María, descendiente directo de David, al igual que la Santísima Virgen a quien su apellido hace alusión. Maluendas, Rojas, Polancos y demás familias pudientes de Burgos tienen en su sangre algunas gotas de sangre de Judá, pero ¿quién no las tiene en Castilla? La limpieza de sangre no tiene importancia en este momento luminoso de la llegada de Colón triunfante, pero más adelante cambiarán las cosas y vendrán las sospechas, las persecuciones y, lo que es peor, la ruina de estas familias.

La gente está contenta y se agolpa en las calles estrechas, repican las campanas de las muchas iglesias y conventos de la ciudad, mientras la comitiva sigue su itinerario. Además de los indios y de los pájaros multicolores, el Almirante va a ofrecer a Sus Altezas algo del más subido valor: oro. Oro físico y en cantidad apreciable que hace vislumbrar venideras aportaciones de mayor cuantía. Oro, menuda palabra.

Pero, como aconsejaban mis sabios profesores y creo que seguirán aconsejando, hagamos nuestra composición de lugar. Por aquella época, Europa vivía una fenomenal penuria de metales preciosos. El oro disminuía de año en año por puro desgaste físico y porque el comercio de especias y sedas con Oriente se llevaba cantidades irremplazables. No aparecían nuevos yacimientos y aunque el descubrimiento de las minas de plata de Bohemia puso una inyección de liquidez en el sistema comercial, éste resentía por falta de un medio de pago indestronable: el oro.

Nunca en la Historia, el mundo civilizado estuvo más necesitado de él y he aquí que allá estaba, como personaje principal de aquel abigarrado cortejo de rudos soldados, frailes piadosos, audaces navegantes, indios asustados y cotorras muertas de frío, pues el otoño burgalés no es para menos.

La procesión se encamina pausadamente a su destino. Los Reyes y su Corte, vestidos con sus mejores galas, aguardan en una amplia estancia de palacio que ha sido alhajada con espléndidos tapices que los mercaderes burgaleses traen de Flandes, para ocultar la austera desnudez de las paredes, próceres y castellanas a un tiempo. Forman el público nobles y plebeyos, frailes y menestrales, burgueses y aldeanos. Todos y cada uno ¿qué pensarán de todo aquello?

No sé si entre los espectadores habrá algún comerciante tan inteligente como para darse cuenta de que aquel oro sería el comienzo de una revolución, pero quiero creer que más de uno se dio cuenta de que gracias al río dorado de América, el comercio y la industria recibirían un estímulo fenomenal. Sería la posesión de dinero y no la posesión de tierras el símbolo y la realidad del poder: la clase terrateniente y feudal sería desplazada por una burguesía en ascenso. A más de un burgalés que pasó su juventud en Brujas o en Rouen, los ojos le relucían de gozo, no tanto por la codicia del metal como por el entusiasmo frente al alba de la revolución burguesa acelerada. No creo que nadie pudiera sospechar cuántas libertades compraría aquel oro ni cuántas esclavitudes concitaría. Después de todo, se trata de un cortejo, de una espectacular ceremonia, tan grata a las multitudes y no de una adivinanza o un capítulo de historia-ficción.

La comitiva es real y llega a presencia de los Reyes y de los dignatarios de la Corte. Todos, como es su obligación y su oficio, preguntan y preguntan. Sí, todos los indios están bautizados; los pájaros muertos y disecados, pues no pudieron resistir la sequía que aquel año, como todos los años, castiga al reino de Castilla. Las tierras descubiertas son extensas, ricas en hombres y mujeres desnudas, abundante en árboles y frutas, generosa en aguas. Para las gentes de la meseta siempre envueltas en mantas y refajos, agobiadas por la sequía y viviendo ante un horizonte deforestado, las descripciones de los viajeros les recuerdan el relato del Paraíso. Pero un paraíso al alcance de la mano cuya existencia la juran frailes descalzos.

Nobleza, curiales, cortesanos y pueblo llano admiran y palpan la realidad de las Indias recién descubiertas. Quizá los mercaderes piensen que se han encontrado nuevas tierras y nuevos productos con los que comerciar, pero lo cierto es que el comercio burgalés no se orientará hacia las islas recién descubiertas y seguirá caminando por las viejas rutas europeas. El cetro mercantil pasará de Burgos a Sevilla, pero aún es pronto para saberlo.

Sus Altezas, los Reyes Católicos, porque el tratamiento de Majestad será importado más tarde por Carlos de Gante, con disgusto de los castellanos, toman la decisión de ratificar al Almirante en todos sus títulos, preeminencias y honores y en el gobierno y señorío de todas las tierras descubiertas y por descubrir. Estamos en el comienzo de una nueva era histórica y los acuerdos legales que ligan al Almirante con la Corona tienen un tufillo arcaico y medieval que los hará incompatibles con la realidad, pero en este año de 1497 sus Altezas siguen creyendo que las Indias pueden ser gobernadas como cualquier pequeño feudo aragonés o castellano. Ellos, o su curia, piensan de vez en cuando como sus abuelos. Lo que no tiene nada de particular.

En esta ocasión la Reina toma una decisión intrascendente, pero que da bastante materia al comentario. Aquellas pepitas de oro sin labrar que trajo don Cristóbal Colón como seductor presente,



le son entregadas a Gil de Siloé, para que con ellas dore el retablo mayor de la Cartuja de Miraflores, cenobio donde están enterrados los padres de la Reina. El oro ya tiene destino.

La leyenda atribuye a varios altares españoles la posesión en sus estofados del primer oro llegado de América: de la segunda remesa hay bastante seguridad histórica de su destino final. El precedente tiene fuerza de ley y hoy es posible encontrar en cualquier rincón de España un altar sañudamente dorado en la cabecera de una iglesia humilde que preside la vida civil y religiosa de una aldea miserable. La suerte del oro está echada.

Se dice que el oro americano pasaba raudamente por España camino de Europa y es posible que sea verdad, pero una gran parte de él quedó adherido a la madera de nuestros altares y al comercio internacional sólo llegó el sobrante de tanto y tanto retablo. El rasgo de la Reina nos da una idea muy precisa de su modo de pensar y de sentir; no podía ver en el oro traído por el Almirante un medio de pago o un instrumento de comercio, sino el lado ornamental, devotamente interpretado, del metal amarillo.

Los comerciantes burgaleses, comprometidos en el comercio internacional y con sus goticas de sangre judía bailándoles en las venas, no serían de la misma opinión que la Reina. Pero no dijeron nada y no es ésta la ocasión de inventárselo.

ENTERRAMIENTOS

La Cartuja de Miraflores es para la Reina muy importante desde el punto de vista sentimental. Colocada en lo alto de un cerro y saludada por todos los vientos de la meseta, esta sencilla iglesia destinada a cobijar los restos mortales de los padres de la reina Isabel, no es tétrica, ni sombría a pesar de que su forma oblonga y su tejado a dos aguas le dan aún aspecto de ataúd, perfectamente acorde con sus fines. Los flameantes pináculos que coronan los contrafuertes del edificio, acentúan aún más el aire funeral de la construcción, pero sin restarle gracia, ni añadirle patetismo.

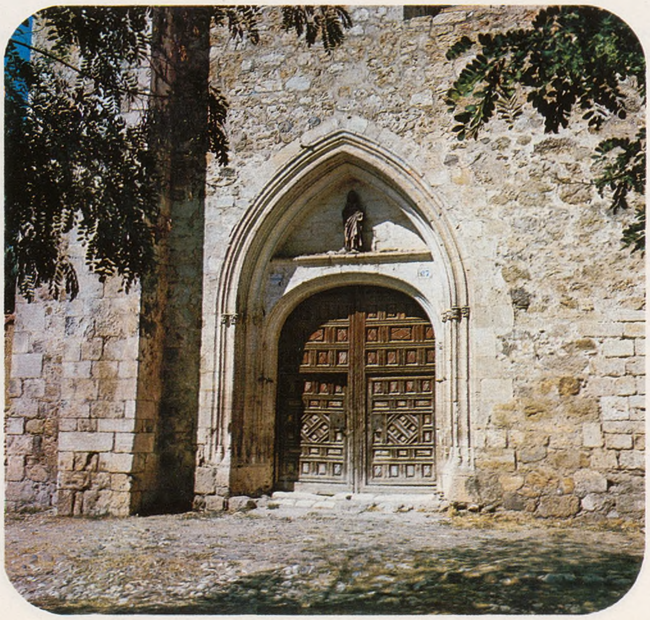
La única nave de la iglesia es amplia y luminosa, presidida por el altar que Gil de Siloé doró amorosamente con el oro que trajo el Almirante de las Indias. Y al pie del retablo, el sepulcro de Juan II y de su segunda esposa, Isabel de Portugal, padres de la reina Isabel.

Fue el mismo Gil de Siloé, burgalés de adopción y de sangre no muy limpia el encargado de labrar esta espléndida obra. Ha trabajado con primor y minucia los espléndidos ropajes y en sus manos el alabastro se ha mostrado obediente. Un gran cortejo de ángeles, santos y animales vela el sueño de la pareja real, que según dicen los maliciosos, no quiso enterrarse en Toledo, con el resto de los Trastámaras, por no encontrarse en las naves de la catedral toledana, la presencia difunta de don Alvaro de Luna, que la real pareja mandó al cadalso. Parece que prefirieron quedarse aquí, en Burgos,



Claustro de la catedral, iglesia de Santa María, Santo Domingo de Silos y Covarrubias.





BURGOS Y EL PRIMER ORO DE AMERICA



Exterior de la catedral, Arco del Archivo, palacio de los duques de Lerma y, en la página de la derecha, iglesia de Santa María, fachada principal gótica.







donde comenzó la cosa con el prendimiento, algo violento, del Condestable.

Sí, aquí, en este sepulcro de alabastro y forma de estrella, queda enterrada mucha historia: una larga serie de guerras civiles, una monarquía vacilante en su función y en sus aspiraciones y un turbulento reino que se llamó Castilla y ahora ha quedado integrado en una entidad superior que se llama España.

Día a día, desde hace siglos, los oros americanos vienen contemplando esta tumba en la que yacen tantas cosas simbolizadas por una pareja real. Sí, la reina Isabel ha querido enterrar aquí muchas cosas pero no ha podido enterrar con su madre, la reina portuguesa, el ramo dinástico de locura que aparecerá en doña Juana, enloquecida en estas mismas tierras de Burgos y en esta misma cartuja donde su marido fue enterrado provisionalmente. Eran demasiadas cosas las que Isabel tenía que enterrar y no pudo ser.

En la iglesia hay otro sepulcro, tan sólo uno más, de singular importancia: el de Alfonso, hermano de Isabel. Es el primer Alfonso XII de nuestra Historia y como tal fue aclamado no una, sino varias veces. Pero nunca fue reconocido por ese desconocido funcionario que, para tormento de estudiantes, confecciona la lista oficial de los reyes de España. Fue Alfonso XII en su día y ya no lo volverá a ser más: otro ocupa sus cifras romanas. Demasiado joven, siempre fue demasiado joven, de escasa voluntad y tan incapaz de tomar una decisión, que los historiadores maliciosos suponen que esa decisión última, personal e intrasferible, que es morirse, fue obra de otra voluntad, como en vida fueron siempre todas las decisiones de este rey.

La reina Isabel le erigió una sepultura recamada como un joyel. El rey, príncipe e infante —que todo esto fue al mismo tiempo y sólo nominalmente— se representa en actitud orante, ante un reclinatorio de suntuosidad regia. Bajo las pesadas vestiduras, se adivina un cuerpo adolescente de escaso vigor. El rostro, un poco embelesado, nos deja en la duda de si el doncel está embebido en la oración o está en las nubes. Hay que presumir lo primero porque a Gil de Siloé, escultor de tumbas para las mejores familias de Castilla, hay que suponerle más inclinado a la lisonja que a la ironía.

Muy cerca están la una de la otra, estas dos tumbas de los familiares de la reina Isabel: la de los padres y la del hermano que, de haber vivido hasta dejar de ser joven, hubiera truncado el fabuloso destino de la Reina. Pero la gente que desfila ante la tumba de este primer Alfonso XII, apenas repara en otra cosa que en la belleza marfileña del alabastro.

El oro de América sigue vigilando, desde lo alto, estos enterramientos donde están enterradas tantas cosas, con ojos jóvenes.

La reina Isabel sabía muy bien lo que hacía cuando destinó el oro aportado por Colón a estos menesteres ornamentales, cargados de símbolos.

FOTOS: BASABE y MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO



Monumento a Ponce de León en Puerto Rico, la tumba en la catedral y el llamado «Cristo de los Ponce».

PONCE DE LEON

EN PUERTO RICO Y PALENCIA

por Ernesto La Orden

CONFIESO que, antes de llegar a Puerto Rico, conocía muy poco a don Juan Ponce de León. Son tantos y tan grandes los conquistadores españoles en América, padres y fundadores de los pueblos hermanos de ultramar, que muchos de nuestros universitarios, salvo los especialistas en historia, no saben demasiados detalles sobre cada uno de aquellos héroes de la gestación del Nuevo Mundo.

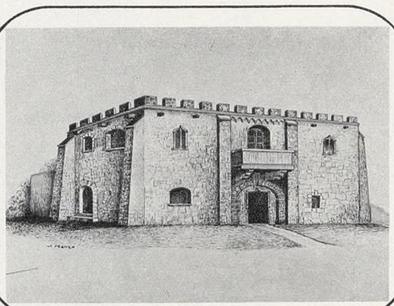
En San Juan, hace ya catorce años. me di de manos a boca con la estatua de Ponce de León, un bronce romántico fundido por las autoridades españolas de 1882 en un taller de Nueva York, nada menos que con los cañones ingleses del frustrado ataque a San Juan en el año 1797. Estaba don Juan Ponce en una hermosa plaza colonial, en lo más alto del Viejo San Juan, junto al convento de Santo Tomás, que fue construido a fines del siglo XVI por sus herederos los Troche y Ponce de León, en testimonio de que el único hijo varón del héroe renunció a sus honores familiares para hacerse fraile dominico. Allí estaba el convento, convertido a la sazón en cuartel general norteamericano, al lado de una iglesia todavía gótica en la que se veneraba un antiguo Cristo llamado de «Los Ponce» y se admiraba una tabla flamenca de la Virgen de Belén, reliquia de las devociones del Conquistador. Faltaba en aquella iglesia la tumba del héroe, que en 1909 fue trasladada a la catedral de la ciudad, pero inmediatamente fui a verla y pude leer una inscripción latina que, traducida al español en tiempos clásicos, dice así: «Aqueste lugar estrecho — es sepulcro del varón — que en el nombre fue León — y mucho más en el hecho.»

Desde la catedral me fui a la Casa Blanca, erigida por los sucesores del héroe sobre las mismas murallas de la ciudad, encima del mar. La habitaba entonces el general norteamericano, un caballero llamado Coutts, que me la enseñó con el orgullo de quien se consideraba heredero, a la distancia, de la obra y los títulos de un gran capitán español. Un retrato de Ponce de León honraba el salón de aquella casa y todo estaba cuidado y bien tenido, a comenzar por el escudo de la familia española, que ostentaba en un lado tres truchas, por el apellido Troche, y en el otro un león rampante, por el de Ponce de León.

Recorrí más tarde todo el viejo San Juan, una ciudad murada española del siglo XVIII, con el encanto y la fortaleza de un Cádiz de ultramar, construida también sobre una isleta, y me di cuenta de que la salida de su recinto hacia la tierra firme era una hermosa y larguísima avenida que llevaba el nombre de Ponce de León. En esa calle se alzan nada menos que el Instituto de Cultura







Puertorriqueña, la Casa de España, el Archivo General de Puerto Rico, el Palacio Legislativo o Capitolio y el bello Parque de Muñoz Rivera. Cruzado el caño de mar de San Antonio, esa avenida atraviesa toda la ciudad moderna y llega hasta Río Piedras, frente al gran hospital del Auxilio Mutuo Español y la magnífica Universidad. El nombre de Ponce de León traza así el eje entero, antiguo y moderno, de la bella y pujante capital de Puerto Rico. Y aún más, en el fondo de la anchurosa bahía, donde va a construirse el nuevo puerto, se conservan amorosamente los cimientos de la casa fuerte que Ponce de León edificó en Caparra, primera sede de su gobernación.

Pero aquí, en nuestra España ¿qué recuerdos había de aquel héroe fundador? Solamente escasas noticias recopiladas por los cronistas, a veces dudosas e incluso contradictorias, sobre la edad y los hechos del gran hombre. Ningún monumento se alzaba a su memoria, ni siquiera en el pueblo en que nació, que fue Santervás de Campos, hoy provincia de Valladolid, en medio de esos «campos góticos» o Tierra de Campos que tienen por cabeza natural a la antiquísima ciudad de Palencia. «En Palencia, ar-





En página de la izquierda, estatua de Ponce de León, por Pablo Serrano, elevada en Palencia, y reconstrucción teórica de la casa de Ponce en Caparra. En esta página, tabla flamenca procedente de la familia Ponce de León y, sobre estas líneas, algunas de las personalidades que asistieron a la inauguración del monumento en Palencia.

PONCE DE LEON

EN PUERTO RICO Y PALENCIA

mas y ciencia» dice el refrán, aludiendo a los muchos guerreros palentinos de la Edad Media y a su Universidad frustrada, la primera de España, que se trasladó a Salamanca a poco de nacer. ¿Qué capitán palentino sería más ilustre que Ponce de León? ¿Cómo podían continuar Valladolid y Palencia sin honrar debidamente a su hijo ilustre? Pero este año 1971 las dos ciudades de la Castilla llana han cumplido su compromiso con el héroe. Valladolid le ha erigido un busto en el jardín recoleto de la Casa de Colón. Palencia le ha hecho todo un monumento, una soberbia estatua en una proa, en medio de una plaza rehundida que tiene la forma de una nave, para recordar a los hombres de tierra adentro, a orillas del río Carrión, que su paisano se fue por el agua para colonizar Puerto Rico y para descubrir La Florida, primera semilla de los Estados Unidos de hoy.

Esta vez he vuelto a encontrar a don Juan Ponce de León en Palencia, en plenas fiestas de San Antolín, entre los maceros heráldicos del Ayuntamiento que acababan de regresar de la catedral, en cuya puerta danzaban los «Gigantes» y «Cabezudos», después de oír la misa del mártir romano que es patrón de la ciudad. Estaba don Juan tallado hercúleamente en piedra, con esa técnica de hachazos que caracteriza al maestro aragonés Pablo Serrano, en ademán de sacar la espada y al mismo tiempo de sembrar, sobre un pedestal que dice sencillamente: «Palencia y Puerto Rico a Juan Ponce de León.»

Palencia y Puerto Rico se han unido, en efecto, para costear esa estatua y construir la plaza circundante, dirigida por el arquitecto uruguayo Leandro Silva. El hombre que lanzó la idea estaba allí, junto a algunos amigos puertorriqueños, leyendo emocionadamente sendos telegramas del presidente de la Academia de la Historia de Puerto Rico, don Aurelio Tió y del Académico de la Lengua Española en aquella isla don Ernesto Juan Fonfrías. Era Roque Nieto Peña, un palentino que ha pasado largos años en Puerto Rico y ahora vive en continuo vuelo sobre el mar, hablando de Puerto Rico en Palencia y de Palencia en Puerto Rico. El Ayuntamiento de su ciudad natal hizo propia su iniciativa y han llovido las colaboraciones de Puerto Rico y de España, incluyendo la de nuestro Ministerio de Información y Turismo, que no en balde está dirigido por quien conoce y ama de verdad a nuestra América.

Bajo el sol veraniego de Castilla, que no tiene mucho que envidiar al de los trópicos, ante una muchedumbre florecida de niños, el gobernador civil de Palencia y el que esto escribe descorrimos las banderas de España y de Puerto Rico y dimos al aire la épica escultura. Allí estaban el alcalde de la ciudad, el presidente de la Diputación Provincial, ese gran obispo que es don Anastasio Granados y todas las autoridades locales, mientras la banda municipal hacía milagros para tocar «La Borinqueña» junto a nuestro himno nacional. Un surtidor levantó su chorro al pie de la estatua, al tiempo que se elevaban los vítores y los aplausos de todo un pueblo.

Don Juan Ponce de León ya está en su sitio, a uno y otro lado del mar, en el paraíso tropical de Puerto Rico y en su tierra alta y llana de Castilla. Se ha realizado un acto de justicia histórica. Ojalá lo imiten con sus héroes respectivos los pueblos y las ciudades de ambas orillas que todavía no se han dado cuenta de su gloria y de su deber.

E. L. O.



MADRID, LA ULTIMA DE LAS AMERICAS

por Enrique Pastor Mateos, director de las Bibliotecas y Museos Municipales de Madrid

I

Hoy Madrid es una gran urbe extensa y superpoblada. Ha llegado a serlo en los últimos años. Posee además los prestigios, tradiciones y monumentos de capital europea. Tampoco la capitalidad es de fecha antigua. Hasta el último tercio del siglo XVI Madrid fue una población más, entre tantas como reconocían por soberanos a los poderosos monarcas españoles.

Sus orígenes son oscuros. El valle del Manzanares estuvo densamente poblado en tiempos remotos como lo prueba el esplendor de las culturas paleolíticas locales. Desde entonces ha sido escenario de la lucha del hombre por la existencia, aunque sólo tardía y esporádicamente consigue el nombre de Madrid irrumpir en la historia.

El siglo XVI fue decisivo en la lucha que mantenían sobre España dos civilizaciones. A finales del mismo, la conquista de Toledo, superviviente capital del reino visigodo, conmovió a la península entera en sus dos vertientes. Madrid, recinto fortificado, satélite de la ciudad del Tajo, entra entonces en el concierto cristiano. Su ocupación había sido el preludio o fue tal vez la consecuencia de la gran victoria castellana.

La villa de Madrid durante los cinco siglos que siguieron a este acontecimiento fue encaramándose con esfuerzo y modestia hasta una posición distinguida. Conservó voto en Cortes, fue escenario ocasional de su celebración y sirvió de residencia más de una vez a los reyes castellanos en continua peregrinación por la geografía de su estado.

No parecía aspirar a mucho más. Madrid quedó en lo sustancial al margen de la colonización eclesiástica. Una nobleza local terrateniente alternaba en influencia con una incipiente burguesía. Ni la feracidad de las tierras era sobresaliente ni se presentaban oportunidades de monta para conseguir un incremento sensible en la actividad industrial o comercial.

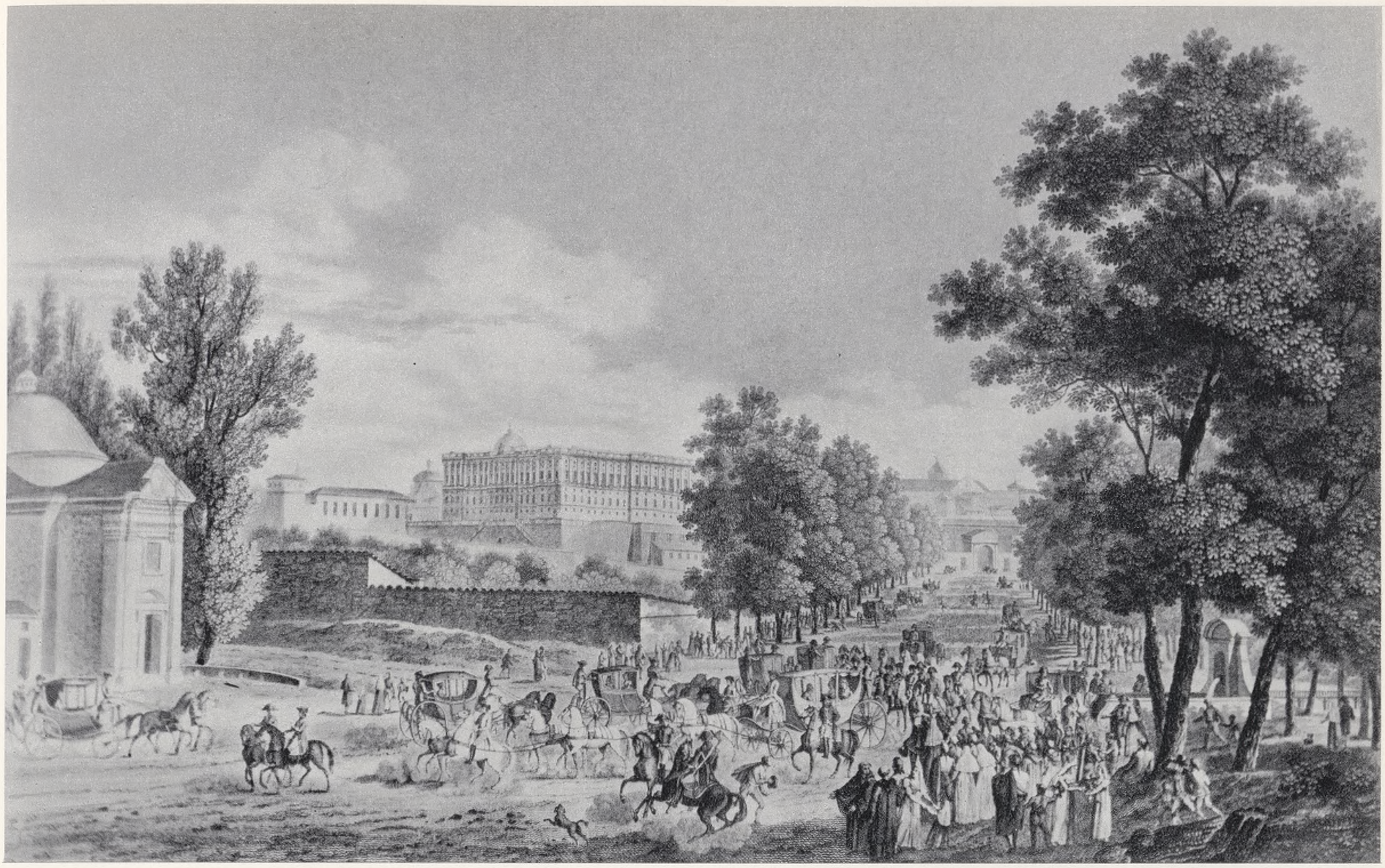
En estas circunstancias, Madrid se constituye en Corte permanente de los reyes castellanos, en un momento, en que rebasadas las fronteras de su reino y aun las del viejo mundo, se habían convertido en los monarcas más poderosos de la tierra. Felipe II con una primera, ocasional y silenciosa decisión; Felipe III y sus validos, de forma premeditada y clamorosa, trastornan de una manera insospechada el destino hasta entonces vulgar e irrelevante de la villa.

Podemos decir adiós a esa nobleza rural, a esos mercaderes y artesanos que hasta entonces han dado tono a la vida local. Oscurecidos primero y finalmente suplantados, serán sustituidos por hombres venidos de todos los vastos dominios de los monarcas hispanos. Incluso el pueblo ínfimo, criados y braceros volcados al quehacer campero, han de ceder el paso a gentes nuevas abocadas a nuevas ocupaciones.

La historia de España discurrió luego por inesperados cauces. Su monarquía sufrió trastornos y eclipses. Madrid continuó su auge. Hubo un momento en que la suerte de Madrid estuvo ligada a las decisiones de los monarcas. Más adelante todo habrá cambiado radicalmente y será Madrid quien decida de la suerte de la Monarquía.

II

Algo semejante a lo que hemos dicho de Madrid podríamos decir de América. También





En página de la izquierda, el Paseo del Prado y el Jardín Botánico. Sobre estas líneas, vista de La Florida. A la derecha, el Madrid del XVIII.

América existía antes de que la abordasen los españoles. También para América supuso este acontecimiento un trastorno en su vida y un viraje rotundo en la marcha de su historia.

El descubrimiento tiene una trascendencia universal que no querríamos minimizar con nuestro comentario.

La conquista de una buena parte de su territorio por España y su dominación son temas que, en general, escapan a nuestro intento. Damos, pues, de lado a la versión heroica, a las críticas implacables, a la reivindicación apologética. Consignemos que en todo caso es imposible negar la huella de España en América. En toda América, pero muy especialmente en los países que fueron por ella dominados.

El dato objetivo por excelencia es la realidad de una emigración constante, dato que puede ser cifrado, si no con rigurosa exactitud, sí con suficiente aproximación para hacerlo irrecusable.

Entra ya en el terreno de la conjetura el cualificarla, reconstruyendo antecedentes y generalizando conductas, y valorarla consiguientemente.

Sin apasionamientos ni eclecticismos lo que puede suponerse con mayor fundamento es que muchos abandonaron sus hogares arrastrados por la necesidad, otros favorecidos por las circunstancias. Los hubo que contra toda conveniencia se obstinaron en llevar a la práctica una decisión lentamente madurada, otros cedieron al arrebato de un primer impulso.

Permanecieron ligados a sus solares aquéllos que por temperamento o apoyados en las circunstancias consiguieron un mayor grado de adaptación a su ambiente: ricos apegados a su riqueza, pobres resignados con su pobreza, hombres cuya bondad hallaba cauce en los afanes cotidianos y hombres que habían conseguido engranar sus vicios en las viejas estructuras y difuminar sus concupiscencias en la complejidad del paisaje moral que los envolvía.

Los que marcharon lo hicieron en busca de nuevos horizontes. Unos con suficiente originalidad para construir un mundo nuevo, otros con el deseo simplemente de hallar creado lo que intensamente apetecían.

A lo largo de muchos años, España se fue volcando en América; en algunos países de forma muy intensa. Los avatares de la historia fueron poniendo límites a la corriente migratoria, pero siempre subsistieron lazos de sangre y el reclamo aún más atrayente de una familiaridad espiritual. La empresa ha sido, en todo caso, de una envergadura indiscutible.

Sea como sea, la inmigración creó una nueva América. La vieja América, la anterior al Descubrimiento quedó destruida, transformada, marginada o integrada según los casos en la nueva. Esta iba a tomar conciencia de su singularidad y de su fuerza y a entablar diálogo con el resto del mundo llevando a cabo la aventura de la independencia, afirmando su personalidad frente al originario hogar europeo.

III

Basta esto para emparejar las dos creaciones, no obstante tan distintas: Madrid y las Américas hispanas, en donde las viejas Españas proyectaron a sus hombres para crear nuevas fórmulas de convivencia que renovaran y, en consecuencia, hicieran sobrevivir sus más entrañables designios.

Sin embargo, no sólo su significación, también su trayectoria histórica es encontrada. En





Sobre estas líneas, «Revolte de Madrid». A la izquierda, vista general. En página de la derecha, los elegantes en el salón del Prado y vista interior del Café Nuevo.

un principio Fortuna sonríe al otro lado del océano. Son muchos los que vuelan a su encuentro en alas de un sórdido interés o de una loca audacia; para poner a prueba su valor o huyendo de su propio miedo; dominados por la codicia o en un arrebato de liberalidad; llenos de celo o de orgullos; apasionados o prudentes; para liberarse del pasado o para labrarse un futuro; pero en todo caso poniendo a contribución cuanto son y cuanto tienen en una empresa arriesgada e incierta.

Visto desde el Viejo, el Nuevo Mundo surgía como una promesa. Allí obtendrían su recompensa méritos que acá nunca serían reconocidos; brillarían estrellas oscurecidas en este hemisferio por nubes seculares; nuevas formas de vida permitirían a aquellos a quienes la rigidez de lo establecido ahoga y cohíbe, desenvolverse con mayor originalidad.

Madrid, en cambio, sede de una vieja Corte, acoge en su seno personalidades y fortunas, pronto consumidas por la intriga y el lujo. Florece y brilla con clásicos prestigios, tanto que el esplendor de las artes y las letras disimula la decadencia política y sin embargo viejas estructuras ahorman toda novedad. Madrid es una cumbre, un punto de llegada, nunca un punto de partida. Como en frase célebre, más gasta a los hombres que los hace.

Pero en el momento en que la empresa americana decline, el sol de Madrid se alzará sobre el horizonte. La invasión de España por las tropas napoleónicas hizo sonar en el Nuevo Mundo hispánico la hora crepuscular de la independencia. En Méjico, en Buenos Aires, en Venezuela, un grito, una declaración solemne, una actitud convulsa representan el comienzo de un nuevo ciclo histórico.

Algo semejante ocurre en Madrid. El 2 de mayo de 1808 la anécdota supera toda previsión razonable. Ajeno el poder político a los acontecimientos, son sus características la espontaneidad, la improvisación, la violencia.

Todo se diría inútil, casi estúpido, si la historia no nos demostrara lo contrario, si en torno a la improvisada hecatombe no se hubiera logrado una rara y asombrosa unanimidad, si en el insensato levantamiento de Madrid no estuvieran prefigurados seis años de sacrificios, de tenacidad, de afirmación de una España a la que sus enemigos consideraban irremisiblemente acabada.

La esterilidad del esfuerzo, el agotamiento de los recursos, las futuras disensiones, no desvirtúan la trascendencia de esta fecha en la cual Madrid conquista dramáticamente la capitalidad moral de España.

IV

Durante todo el siglo XIX esta capitalidad se afirma. Ya no es el prestigio de un rey o de una corte lo que sirve de señuelo. Es Madrid por su propia significación quien crea los prestigios.

No son sólo los políticos los que tratan de conquistar en la capital una tribuna.

Más decidida es la afluencia de los intelectuales para los cuales Madrid es indispensable escenario de su consagración. Y de forma semejante todo prestigio en el campo de cualquier arte o de cualquier ciencia acude a la cita con la fama.

No faltan tampoco hombres relevantes en el mundo de los negocios y en cuyas empresas ponen a contribución un ingenio y una tenacidad que en sus primitivos hogares hubieran resultado estériles.





MADRID, LA ULTIMA DE LAS AMERICAS

Pero siendo tan importantes estas minorías, aún resulta más profundo el influjo de una masa que continua e ininterrumpidamente va engrosando la población de la capital. Hombres sin otra ambición que realizar su vida, cosa que consiguen, aunque hayan de contentarse con una posición oscura, si la suerte no les acompaña, y que constituyen el trasfondo vivo y necesario de la gran urbe que paulatinamente se va configurando.

Y así, a medida que todas las regiones proporcionan a Madrid efectivos para la realización de la gran empresa nacional, Madrid va quedando al margen de toda adscripción regional y particularista.

Los nuevos vientos han barrido las viejas costumbres. Los moldes se han quebrado. Madrid se rehace conforme a fórmulas originales. Todo proyecto puede convertirse en realidad. Todo afán puede verse coronado por el éxito. Madrid es campo propicio para toda iniciativa.

Había llegado la hora decisiva de Madrid. Si su entidad local quedó anulada con el traslado de la Corte, y al declinar la estrella cortesana conquistó nuevos títulos, que habían de convertirla en cifra permanente de España, en una coyuntura decisiva de la historia española, remontó con nuevos bríos y redoblada esperanza horas de fracaso y desaliento.

A lo largo del siglo en que Madrid se robustece y perfila, España va liquidando su imperio americano. Liquidación de sueños, cuyo remate, tan parecido a un amargo despertar, provocará una crisis honda y difícil.

El año 1898 supone más que un naufragio una encrucijada. Los españoles no se limitan a revisar conductas, pretenden también renovar propósitos.

En la medida en que la de América se da por perdida la empresa madrileña se hace más íntima, más urgente, más vital.

No se nos oculta que los pensadores de la época dispuestos a rechazar el espectro de una España caduca han disecado nuestra historia, una historia en la que Madrid es algo accesorio, e incluso rastreado la vida local, ajena y opuesta a toda pretensión de capitalidad o hegemonía.

Pero esta inquieta investigación de lo castizo se realiza en torno a Madrid con inconsciente obsesión. Auspiciar celajes castellanos o meditar ante la planicie manchega no son sino ronda amorosa a un Madrid soñado. Las cabalgadas del Cid o las locuras de Don Quijote concluyen inverosímilmente en la Puerta del Sol, una Puerta del Sol donde resuena el secular abandono, la preterición o el atraso que aquejan a todos y a cada uno de los rincones de España.

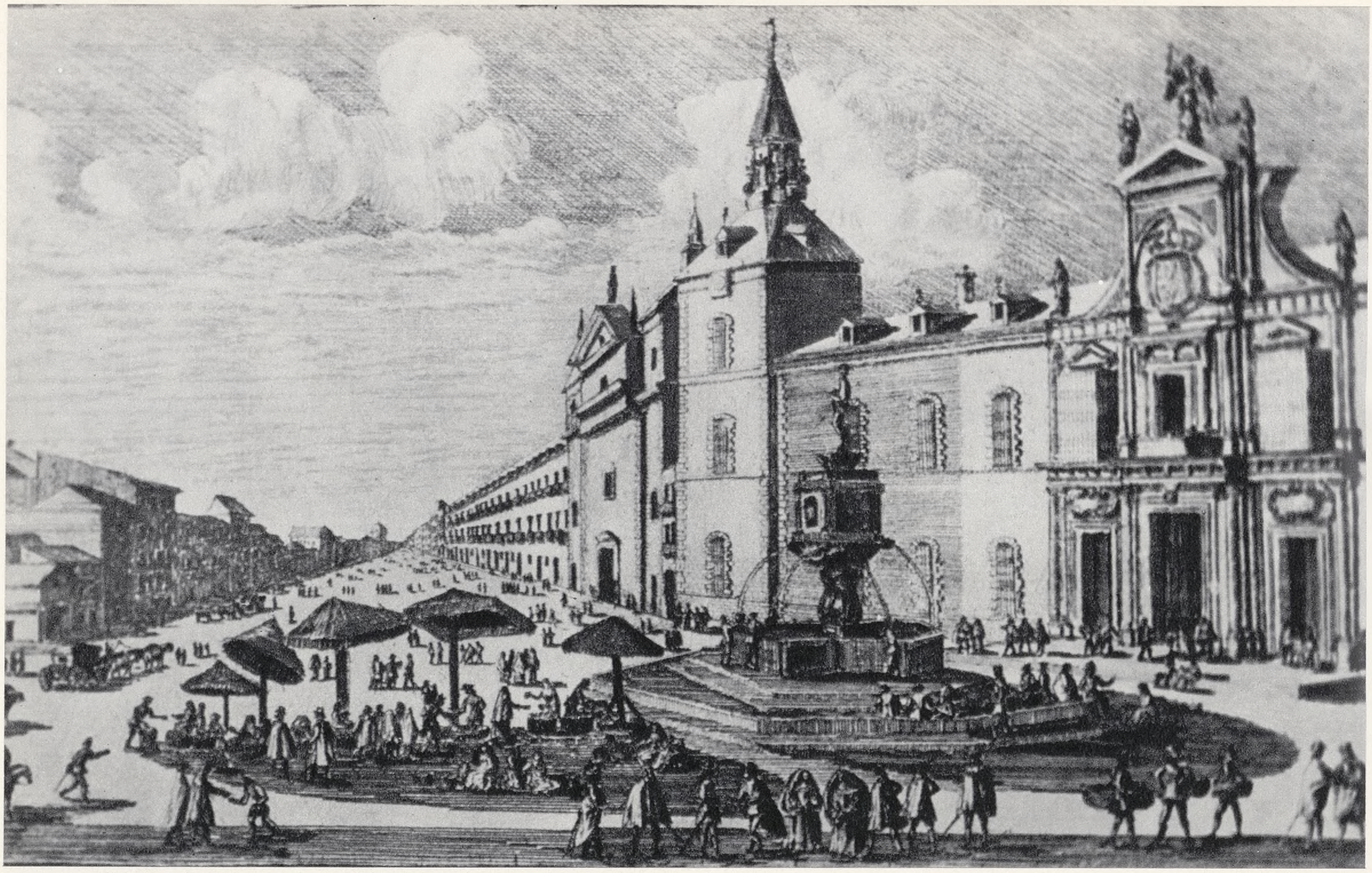
El afán renovador y europeizante que alienta en los espíritus progresivos desde el siglo XVIII se concentra en Madrid. Renovar a España es renovar su capital, proyectar sobre Madrid la sombra de Europa.

Y ciertamente, sólo Madrid, formado por gente de tan dispares prosapias puede asumir todas las tradiciones y por no tener ya ninguna propia, patrocinar con el mayor entusiasmo todas las ideas innovadoras.

V

Por su parte la empresa americana ha tenido carácter expansivo. Sin que pretendamos calibrar su alcance, el hecho es que España ha trascendido sus propios límites. Tan vasta como ambiciosa, supuso una dispersión de esfuerzos y una proliferación de resultados.

Al sonar la hora de la independencia, España





Sobre estas líneas, la Cárcel de Corte. A la izquierda, «Una feria de Madrid» cuadro de 1792. A la derecha, la actual Plaza de España.

se resistió a reconocer su propia obra. Era el fruto de su espíritu, la realización de sus principios, aunque contrariase la orientación de su política y los criterios de sus gobernantes.

Pero también en esa hora surgieron irreductibles en su diversidad un puñado de naciones. La constelación de las nuevas Américas nos ofrecía la imagen de un mundo individualizado en el que ni la presencia de España ni los vínculos comunes mermaban la personalidad indiscutible de cada país.

A partir de ese momento cada uno ha procedido, salvo nobles intentos de reagrupación siempre fracasados, de forma original y diferente.

Las etapas han sido sin embargo semejantes y semejantes los resultados. Han surgido nuevos países cuya vida responde a un esquema clásico. Los conflictos ya no los provocan las ambiciones de los recién llegados sino las reivindicaciones de los de antiguo desposeídos. Por revolución no se entiende la destitución de una autoridad extraña, sino la sustitución de un sistema propio. No se da ya la solidaridad de antaño. Intereses encontrados oponen unos países a otros.

Llega un momento en que la emigración ya no cuenta. En que han logrado una constitución interna, más o menos estable, pero genuina, en que sus hombres se sienten celosos de una tradición no por reciente menos operante.

El camino ha sido casi siempre duro, pero están en condiciones de reivindicar su aspiración y su derecho a resolver por sí solos sus propios problemas y a entablar un diálogo digno con el resto del mundo.

VI

La empresa madrileña tiene otro signo. La presión de España se concentra en Madrid. Presión demográfica en primer término ya que sobre Madrid gravita, sin otro alivio que el que proporcionan las ciudades y comarcas intensamente industrializadas, la indigencia y la avidez de una emigración heterogénea. Presión económica también, ya que sobre Madrid se ciernen capitales y empresas. En uno y otro caso presión desigual ya que la prosperidad y la riqueza, freno para la primera, son un estímulo para la segunda. Presión espiritual, finalmente, puesto que España trata con más o menos fortuna de encontrarse a sí misma y dar nueva orientación a su destino.

Creada la capital por la nación en su propia entraña, no podía tener viabilidad sin una atención continua, sin una estrecha interdependencia.

Tampoco podía tener significación si no llegaban a identificarse una y otra. Y esto que para España resultaba la culminación de su objetivo, había de representar para Madrid un gozoso sacrificio.

Otras grandes ciudades, entre ellas los emporios industriales españoles, han realizado el esfuerzo de asimilar la corriente inmigratoria sin gran merma de su peculiaridad tradicional. Su crecimiento no ha sido obstáculo para persistir en su idiosincrasia.

Madrid por el contrario ha sucumbido a la avalancha pobladora. Como país nuevo, ha sido intensamente colonizada. Madrid fue primero colonia de la España cortesana y algo de colonial había en su ambiente y en su estampa. Hubo un tiempo en que el misionero se apresuraba a erigir su campanario y el mercader a abrir su covachuela al amparo de jueces y soldados.

Vino después, en lógica sucesión una colonización nueva, menos espectacular pero más intensa.

Una renovación continua, un crecimiento in-



sospechado, problemas, dificultades y desajustes presagiaban como en todas las colonias la hora de las decisiones.

Madrid, pletórica de emigrantes, llegó a poseer una población criolla, cuyas raíces hay que buscarlas en esas viejas Españas que antaño desbordaron hacia las nuevas Américas.

Siendo Madrid centro y cabeza, mal podía rebelarse contra nadie. Muy al contrario, tenía que aceptar la ineludible y difusa dependencia, que le imponía su propio papel y vivir vigilante y sin embargo agobiada por las servidumbres del poder, la servidumbre de la corrupción y la servidumbre de la responsabilidad; residenciada por la periferia, tan exigente como recelosa; y condenada a sufrir sin remedio la alienación de su propio destino sin otra compensación que su fidelidad a una misión más elevada.

No obstante, sabemos que Madrid ha realizado en su momento una decisiva síntesis. Improvisada, provisional, inconclusa, tiene sin embargo un carácter definido, una personalidad recia.

Tal vez por esto Madrid es, en el viejo mundo una ciudad nueva, una ciudad con algo que a gusto llamaríamos americano.

Madrid y América son obra de hombres nuevos, desgajados de sus hogares y de sus solares, lanzados a una vida distinta en la que ha sido necesario crearlo todo, inventarlo todo, conquistarlo todo.

Como América, Madrid ha sido para España una maravillosa aventura.

VII

En estos últimos años el mundo, un mundo tan lleno de lisonjeras posibilidades como de amenazadores presagios, ha sufrido grandes transformaciones. Las relaciones entre España y las naciones americanas exigen nuevos planteamientos.

Es mucho lo que ha cambiado América. Más consciente y atenta a sus problemas, se nos ofrece, a pesar de sus recursos inexplorados bajo un nuevo prisma. La vena romántica está agotada y en el horizonte la responsabilidad ha sustituido a la aventura.

En España los cambios son también notables. La emigración ha variado de rumbos y de tónica. Tiene ya muy poco de ruptura definitiva, de arriesgada aventura.

Tiene además carácter transitorio en espera de que se cubran algún día las etapas del desarrollo. Mientras tanto, las viejas regiones se remueven auscultando el porvenir en sus propias entrañas. Capitales de antaño, que parecían ancladas en el pasado, se han puesto en marcha por el camino de la industrialización, que las convertirá en grandes centros de actividad económica.

También Madrid va adquiriendo otro carácter. Su crecimiento ya no admira a nadie. No es sino fuente de preocupaciones. El incremento vegetativo de su población supera al migratorio. Madrid se llenará de madrileños. Proliferan barrios y poblados, que sólo a medias son Madrid. Su significación espiritual es cada vez más difusa, menos definida.

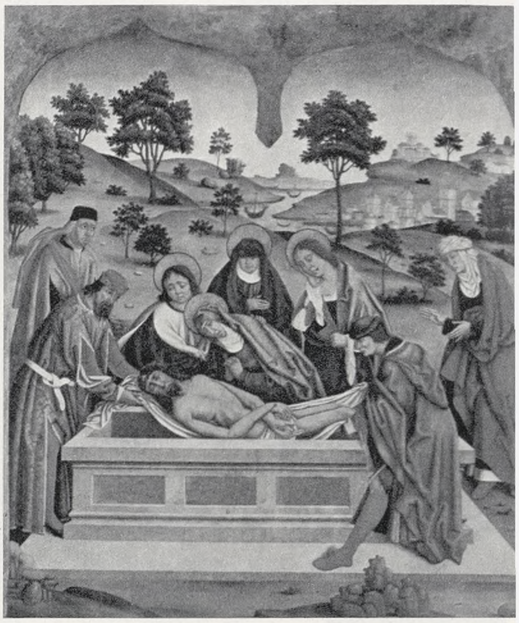
A estas alturas si hay algo caduco y obsoleto es el viejo concepto de las Américas fabulosas.

Pero también el mito de Madrid está en crisis, quizá porque Madrid ha desbordado su propia definición.

No sabemos lo que nos deparará el futuro, pero por ahora podemos afirmar que Madrid ha sido para los españoles la última de las Américas.

FERNANDO GALLEGO EN ARCENILLAS DEL VINO



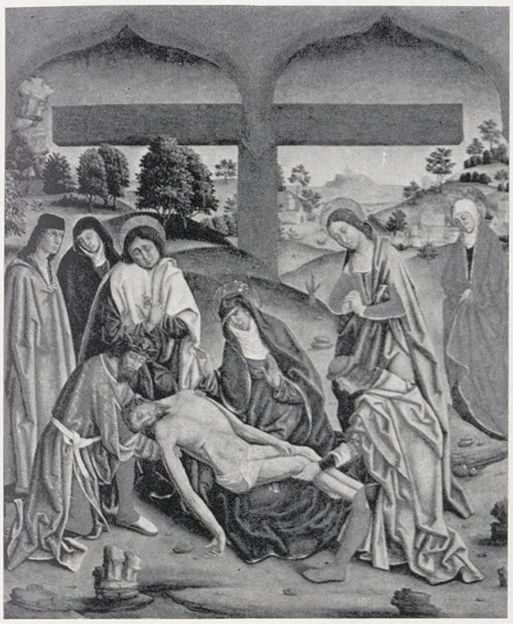




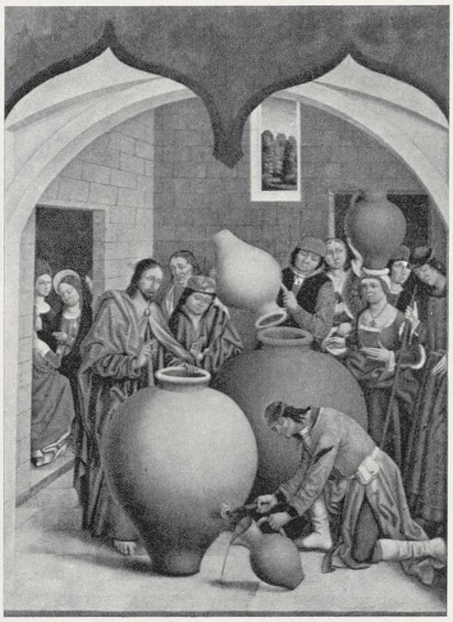


¿SE HA RETRATADO EL PINTOR EN ESTAS TABLAS?

por Felipe F. Ferrero







EN su número de marzo de 1970, MUNDO HISPANICO reprodujo ocho tablas de F. Gallego de la parroquia de Arcenillas, pueblecito a 7 kilómetros de Zamora, con un atinado comentario de M. A. García-Viñolas. De él sólo debo rectificar la fecha que atribuye a la obra. No en 1450, sino de 1490 a 1495.

Gallego, pues, soñaba y realizaba estas tablas, precisamente cuando Colón soñaba y alumbraba aquellas Tierras Nuevas que habían de integrar la numerosa y entrañable familia de la Hispanidad.

Aquellas tablas eran La Anunciación, Presentación, Cena, Oración en el Huerto, Azotes, Calvario, Resurrección y Ascensión.

Ahora el señor director de la revista, deseoso de ofrecer más información gráfica y literaria sobre tal tema, me ha sugerido presente las siete tablas restantes teniendo en cuenta una humilde labor de investigación crítica e histórica que he realizado en torno a ellas, como responsable inmediato de este tesoro.

Sabiendo que son de F. Gallego, y más aún contemplándolas en sus reproducciones, huelga decir que son de estilo gótico flamenco. La sinuosidad de los pliegues de los ropajes, y los panoramas y peñascos nórdicos acusan su influencia flamenca, marcada desde luego con la impronta de su genio hispano y personal.

Pintura lisa, sin huella de pincel, presenta los misterios (llenos) religiosos plenos de luz y colorido, de contrastes y de simetría, de realismo y de vida, de unción y de poesía.

Gallego manifiesta en todas ellas, junto con la madurez de su arte. una capacidad de adaptación juvenil. Los misterios de gozo los goza y los hace gozar. Y los dolorosos los hace sentir como él los siente, pero sin dramatismos.

Cada Tabla nos brinda su tono particular: ternura en el Nacimiento, actividad y pasmo en las Bodas, serenidad en la apoteosis de Ramos, el contraste de la mansedumbre de Cristo con la Cruz a cuestas y la prevención de sus enemigos con las lanzas, el mesurado equilibrio en la expresión de dolor que se prolonga en el mismo equilibrio de la composición, repetido en el Descendimiento y Entierro y la fe rendida de Tomás ante Cristo resucitado.

Pintado en nogal, ningún conjunto de Gallego se presenta en tablas de tal tamaño que, como media, tienen $1{,}50 \times 1{,}20$ metros.

Ofrece éste otra diferencia fundamental: la extrema delgadez de la capa pictórica.

Es, sin duda, una obra llena de sorpresas. ¿Cuál no sería la mía cuando de repente creí hallar en ella su autorretrato? Tal hipótesis exigía más argumentos para mantener la categoría de hipótesis. Y repasé fotografías de sus otros retablos y me desplacé a Toro rápidamente. Y encontré la misma figura repetida tres veces en el retablo de San Lorenzo de Toro y otras tantas en el de San Ildefonso de la catedral de Zamora, con el mismo tipo y parecidas actitudes, pero más joven, correspondiendo la diferencia de edad a la distinta fecha de cada retablo. Se trata del personaje, servicial, reverente, genuflexo que se repite en el ángulo inferior izquierdo de las tablas de las Bodas, Ramos, Descendimiento y Entierro, de Arcenillas. La estudié y la presento como mera hipótesis. Pero Cazmón Aznar, entre otros, cuando ha leído la hipótesis ilustrada gráficamente me ha escrito que «puede ser»...

La historia de estas quince tablas ha sido azarosa.

Proceden de un Retablo pintado para el Presbiterio de la catedral de Zamora, que fue vendido por la catedral y compró esta parroquia a principios del siglo XVIII en poco más de tres mil reales, que fueron pagados por ésta en especie.

La documentación de Pagos y Recibos, dispersa pero completa, pude hallarla en los respectivos Archivos y la reproduzco en mi libro.

En la segunda decena del siglo XIX el Retablo se desmontó para embovedar el Presbiterio y varias tablas —quizás bastantes— desaparecieron, quedando dieciséis a mediados de siglo y sólo las quince actuales en 1897.

Sabemos al menos de cinco en poder de particulares y un Museo sin que nos conste el título de adquisición y propiedad, que no vamos a negar por eso. En cualquier supuesto, salieron de Arcenillas.

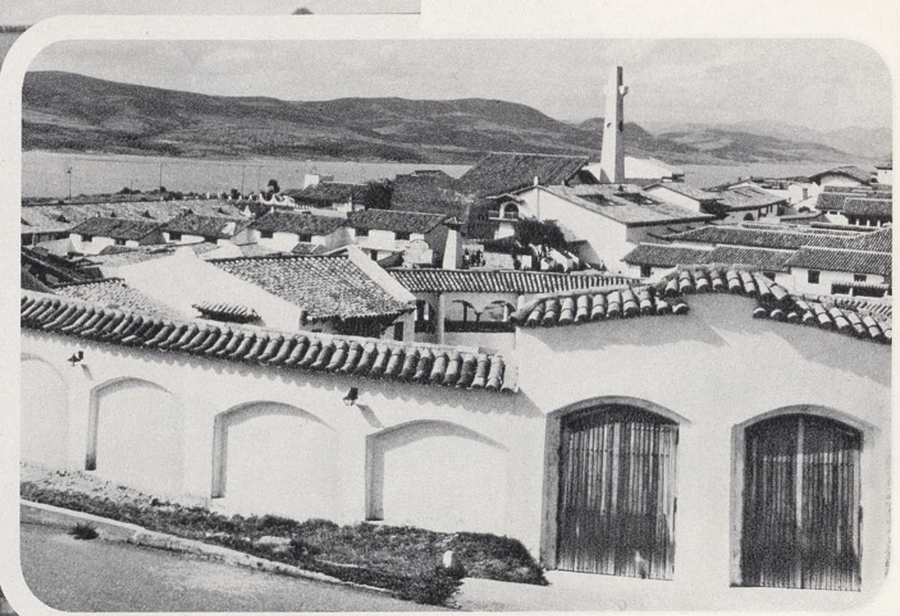
Argumento a la vista, de su procedencia de Retablo son esa especie de arcos pintados de obscuro en su parte superior, huella de los doseletes góticos que las enmarcaron en las dos primeras etapas de su historia.

Colgadas en 1855, separadas, por las paredes de la iglesia, e identificadas como de F. Gallego por Gómez Moreno en su visita a Arcenillas en 1904, el año 1965 Bellas Artes se hizo cargo de su restauración. Ya están restauradas y en esta iglesia. Sabia restauración que se limitó a fijar la pintura que estaba estallada, y su limpieza, reponiéndose sólo la pintura saltada, que coincidía casi exclusivamente con las juntas de los tablones, carpintería aparte.

Toda la vivacidad de los colores que nos sorprenden con sus más variados matices, es la misma que fijó en ellos F. Gallego hace casi quinientos años.

Acercándose, se ve claramente en ellas la huella de la antigüedad, con lo que conservan, garantizado, todo su primitivo valor.







Guatavita la nueva, en diversas panorámicas.



ASI ACABO LA LEYENDA DE ELDORADO

por Nivio López Pellón

ELDORADO fue quizás el más famoso de todos los mitos que condicionaron la acción descubridora y colonizadora de España en América. Su existencia se basó en la referencia de un hecho: la ceremonia en la que un cacique chibcha, con el cuerpo espolvoreado en oro, hacía ricas ofrendas a su dios en la laguna de Guatavita. Fue afanosa y en vano la búsqueda de tan tentador lugar. «Más allá..., más allá...», respondería siempre el indio al español, indicando cada vez una nueva lejanía como sede del oro.

Los tres conquistadores que se encontraron en la sabana de Bogotá antes de la fundación de la capital, querían llegar todos allí. Gonzalo Jiménez de Quesada, que venía subiendo el Río Grande de la Magdalena; Nicolás de Federmán, quien entró por Vélez desde Venezuela, y Sebastián de Belalcázar, que venía del sur, después de fundar Popayán y Cali. Eldorado y Guatavita influyeron en la conquista. Su resultado más práctico fue el descubrimiento siempre de nuevos territorios en la geografía americana.

El jefe indio espolvoreado en oro, el cacique «dorado», con su balsa sagrada, no aparecía, y la misteriosa laguna se fue convirtiendo en una obsesión, en una leyenda cuya realidad se perseguía inútilmente. Pero el oro no faltó, porque la región americana donde esta industria alcanzó mayor desarrollo en la época precolombina fue, precisamente, en la que corresponde a terrenos de la actual Colombia y de Panamá, de tal forma que la búsqueda y excavación de piezas de oro constituyó por años en muchas regiones colombianas, una profesión lucrativa. Las quince mil piezas del actual Museo del Oro, en el Banco de la República de Bogotá, prueba lo que fueron estas tierras, cuya orfebrería áurea se desbordó más allá de sus fronteras.

GUATAVITA

Han sido varias las «Guatavita». El nombre es indígena, chibcha. Parece ser que la primitiva Guatavita, la legendaria, no estaba exactamente donde siempre estuvo y hasta hace muy poco, Guatavita la vieja. Todo indica que Jiménez de Quesada, en sus incursiones al lugar, trasladó el primitivo poblado.

La historia del cacicazgo de Guatavita se funde con la más céntrica historia de los chibchas. Su cacique —el Guatavita— disponía de los mejores orfebres, ceramistas, constructores y tejedores, y llegó a tener gran influencia en la vida de muchos vecinos. Y así, el Zaque de Bacatá y el Zipa de Zipaquirá solicitaban orfebres al Guatavita. A la llegada de los españoles, la fama de Guatavita estaba en pleno vigor, y con artífices de Guatavita se construyeron las primeras casas de Santa Fe de Bogotá.

El cacicazgo de Guatavita fue además centro religioso de los chibchas, y su santuario era la laguna del lugar, del mismo nombre. En esa laguna se celebraba la ceremonia de «El Dorado» en cada consagración de un nuevo jefe o cacique, según se narra en una de las crónicas del Nuevo Reino de Granada.

LA LEYENDA DE ELDORADO

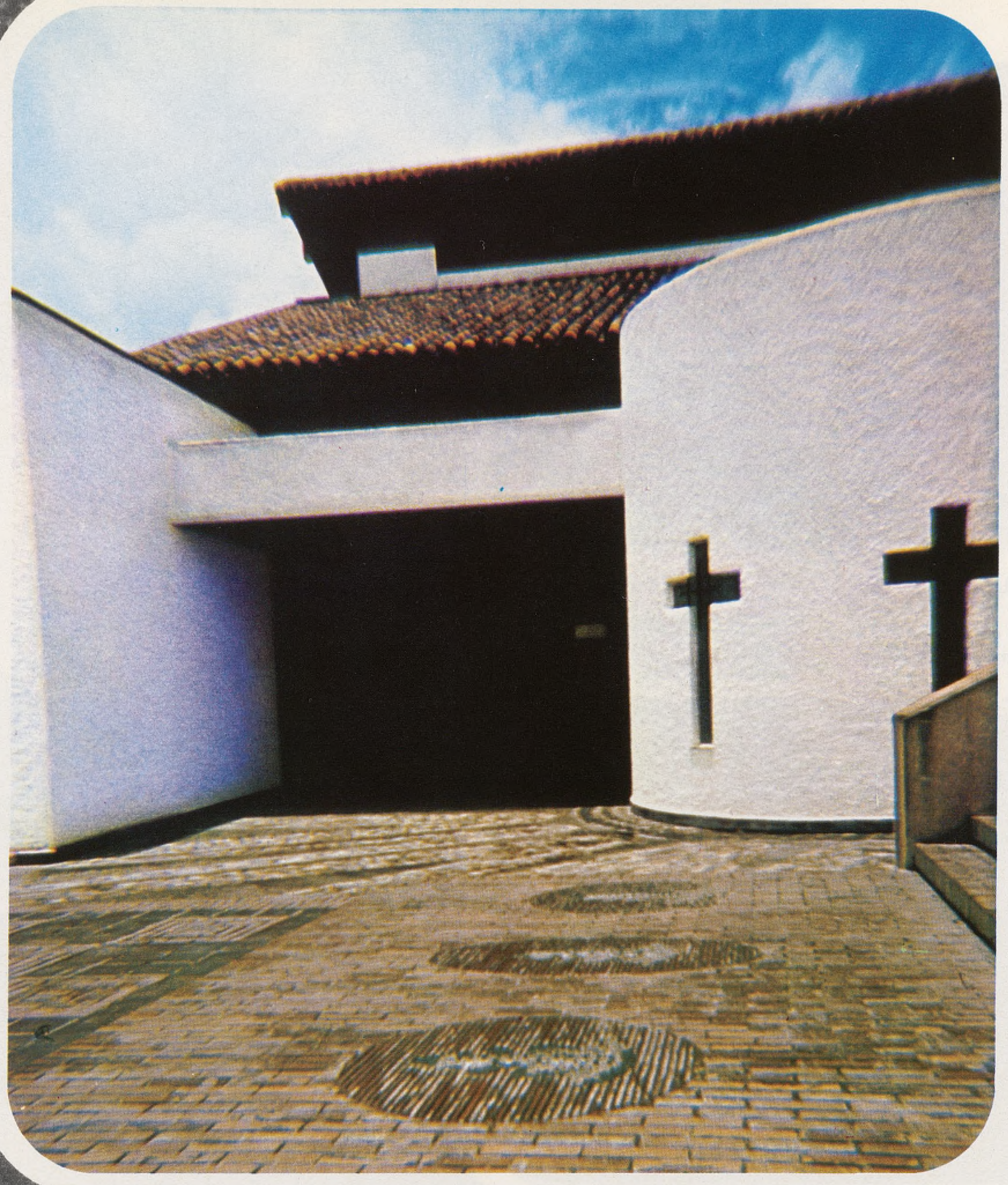
El Guatavita elegido, después de una preparación de varios años, en vida ascética y en el silencio de las cuevas cercanas, era investido de su sagrada autoridad en la propia laguna, con ofrendas al demonio, su dios y señor, que habitaba en las aguas. Copiamos de una de las crónicas de la época:

«...se hacía una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistosa posible... y a este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro molido, de tal manera que iba cubierto todo en este metal... Metíanle en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que las ofreciera a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, muy aderezados de plumerías, coronas de oro, brazaletes, chaguales y orejas de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento... Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a sus pies en medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él, hacían lo propio...»

En el actual Museo del Oro, del Banco de la República, en Bogotá, una de las piezas más valiosas es la llamada «balsa muisca», que representa, precisamente, la ceremonia del «cacique de oro» o del Guatavita dorado.

Una expedición inglesa hizo lo indecible en el pasado siglo por fondear la laguna y





Sobre estas líneas, entrada a la iglesia. En negro y color, otras vistas de Guatavita, cuyos tejados conservan las tejas de la antigua población.

encontrar los tesoros ofrendados, pero todo fue inútil. La laguna existe en la cima de una montaña y está a unos cinco kilómetros de Guatavita la nueva, con su actual embalse hidroeléctrico y que data de unos años a esta parte solamente.

UN «LOVE STORY» INDIGENA

El rito del baño de oro tiene a su vez origen en una leyenda, desventurada «love story» indígena, que explica el por qué de las ofrendas para aplacar al demonio o dragón de la laguna.

Es la leyenda de una cacica infiel, mujer muy bella, esposa preferida del Guatavita, que tuvo amores con uno de sus cortesanos hasta que un día fueron sorprendidos. La pena impuesta fue de que ella comiera en un banquete parte del cuerpo de su amante, pero la cacica, desesperada, huyó con su hijo en brazos y se precipitó en la laguna.

El Guatavita, que mucho la quería, ordenó buscarla en el fondo de las aguas, pero todo fue inútil, porque el dragón la vio tan bella que se desposó con ella.

Desde entonces —cuenta la leyenda— y para desesperación del Guatavita inconsolable, la cacica aparece sobre las aguas, al conjuro de los jeques, y vaticinando cosas muy extrañas. En la lápida que hay en la Guatavita de hoy, en la llamada Fuente del Deseo, se lee: «Por el crimen de amar fue condenada y con su pequeño buscó amparo. Así, el refugio que los hombres le negaron, las aguas se lo dieron. Por su gentil belleza, el dragón rey de la laguna se desposó con ella. Y desde entonces, en las noches de luna, aparece sobre el lago, anunciando fantásticos sucesos.»

TRES SOLUCIONES PARA HACER UNA NUEVA GUATAVITA

La población de Guatavita la vieja, la que llegó hasta nuestros días, tuvo también gran importancia en los días coloniales, por ser paso obligado a los llanos orientales, y llegó a ser una región sumamente próspera y rica, lugar de ferias y gran mercado. Pero por su cercanía a Bogotá y con el moderno crecimiento de ésta, fue perdiendo últimamente su importancia, llegando a ser un municipio «sui generis»: Guatavita hacía años que no crecía, al contrario, decrecía. Sus hombres se iban a trabajar a la capital. Llegó a ser una población de viejos y niños. Los jóvenes se venían a la gran ciudad, empleados por temporadas, y dejaban a sus hijos con los abuelos en Guatavita.

Planteada a su vez la necesidad en estos últimos tiempos de resolver amplia y definitivamente el problema de la energía eléctrica en Bogotá, que crecía alarmantemente, se consideró lo privilegiada de toda esta zona, por su altura de más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, para construir una gran presa hidroeléctrica. Y el lugar escogido fue el valle de Guatavita. Había que construir un embalse de casi setecientos millones de metros cúbicos de agua, y ¿qué hacer con Guatavita? Tres soluciones se presentaron a sus vecinos, y al fin se hizo una increíble experiencia.

Las tres soluciones fueron éstas: comprar todas las propiedades, indemnizar y hacer desaparecer Guatavita, mientras su población sería absorbida por los vecinos pueblos de Sesquilé y Huáscar. La Compañía Energía Eléctrica de Bogotá construiría las casas, caminos, escuelas... Pero no prosperó, entre otras cosas, por la tradicional rivalidad de los pueblos. Una segunda solución fue la de construir un inmenso muro o dique que protegiera de la presa a los vecinos de Guatavita, pero ¿quién podría asegurar que un día no vendría un seismo y setecientos millones de metros cúbicos de agua ahogarían dantescamente a todos los guatavitenses?

La tercera y aceptada solución fue la de construir una nueva población en área equivalente a la laguna —en este caso el embalse— de panorámica frontal y conservando siempre el ambiente antiguo, en líneas modernas, pero con cuantos materiales antiguos fuese posible. Energía Eléctrica de Bogotá iría sustituyendo casa por casa y haría una «nueva Guatavita» con viejos retoques.

UNA INCREIBLE EXPERIENCIA

Había que encontrar, sin embargo, al arquitecto que concibiese este planteamiento habitacional, y ésa fue la firma colombiana,





Lo indígena, lo colonial y lo oriental juegan en la decoración de la iglesia. A doble página, el embalse...











hidroeléctrico. Sobre estas líneas, la bella cacica infiel con la que se desposó el dragón de la laguna.

Llorente y Ponce de León. El arquitecto, don Jaime Ponce de León, alma y ejecutor de la obra toda, expresamente nos ha dicho para estas páginas:

«...ellos vivían enamorados de sus tejas y de sus cosas, y nosotros pudimos techar toda Guatavita nueva con las tejas de Guatavita la vieja. Con la tierra de la propia región, rica en hierro, se hicieron los ladrillos, de tipo oscuro, para las nuevas habitaciones. Decidimos emplear todos los materiales antiguos posibles. El pueblo tiene una concepción muy especial en sus gradas, plazas, balcones, todo seccionalmente distribuido. Por sus calles no pueden transitar vehículos, porque lo impide la configuración de graderías y plazuelas. Hay que aparcar fuera, porque dentro se vive la tranquilidad de los talleres, de las hosterías, con su iglesia y su teatro al aire libre, con su plaza de toros y su Fuente del Deseo... Lo quebradizo del lugar se aprovechó y se puso una división violenta entre el peatón y el vehículo.»

En Guatavita convergen una serie de detalles históricos y artísticos que la están haciendo hoy con frecuencia sede de reuniones y seminarios regionales. Y en el fondo es una increíble experiencia, junto a un nuevo lago hoy, embalse hidroeléctrico, que alcanza un largo de catorce kilómetros y un ancho a veces de cinco. Energía Eléctrica de Bogotá, en colaboración hoy con la Corporación Nacional de Turismo-Colombia, están convirtiendo además el lugar en atracción turística y con deportes acuáticos.

UNA IGLESIA CON TALLE DE MEZQUITA

En Guatavita la nueva se presentó el problema de cómo hacer la iglesia, de qué estilo darle.

La iglesia es hoy una verdadera joya y al entrar en ella, el visitante no sabe qué decir... porque es una concepción muy original. De su interior se ofrecen aquí en estas páginas algunas fotos, las primeras que se publican, y su arquitecto, don Jaime Ponce de León, nos dice:

«La primitiva iglesia había sido demolida a principios de este siglo, sustituyéndola por una de tipo basilical, que no tenía ninguna gracia. Del viejo templo quedaba una pequeña capillita con su viejo retablo, y de éste, y de unos versos que en el siglo XVII escribiera el presbítero de Guatavita, Domínguez Camargo, nació la concepción de la actual iglesia. Los versos decían, refiriéndose al templo, que era «Una iglesia con talle de mezquita — lagarto fabricado de terrenos...».

«Había que envolver todo aquello —continúa diciéndonos Ponce de León— dentro de la línea moderna, y que no disonara con la tradición ni con el gusto de los guatavitenses de ayer ni de los de hoy. Y había que enmarcar aquel antiguo retablo dentro de la nueva iglesia, darle a ésta también un poco de sabor oriental, por aquello de lo del "talle de mezquita", y armonizar lo indígena, lo colonial, todo... Los vitrales se inspiraron en mantas chibchas, el presbiterio está enmarcado por un cinturón, que figura el cinturón del Guatavita, las lámparas dan un tinte oriental o bizantino al lugar, hay un gran derroche de madera en el coro, balcones y confesionarios, se armoniza la piedra y el ladrillo, y en todo preside siempre el color. La iglesia ha querido ser un legado de herencia indígena, colonial, española y oriental.»

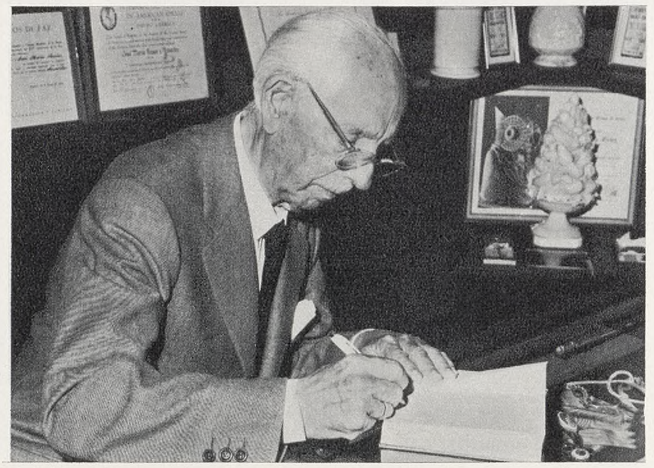
Y ASI TERMINO LA LEYENDA DE ELDORADO...

Y así, con Guatavita la nueva y sus mil cincuenta personas que en ella hoy habitan, sin dejar sus viejas tejas y queriendo siempre estar frente a una laguna —aunque en este caso un embalse hidroeléctrico, pero no lejos de las aguas del áureo cacique—, se ha cerrado la historia de un viejo pueblo, de los más legendarios de América.

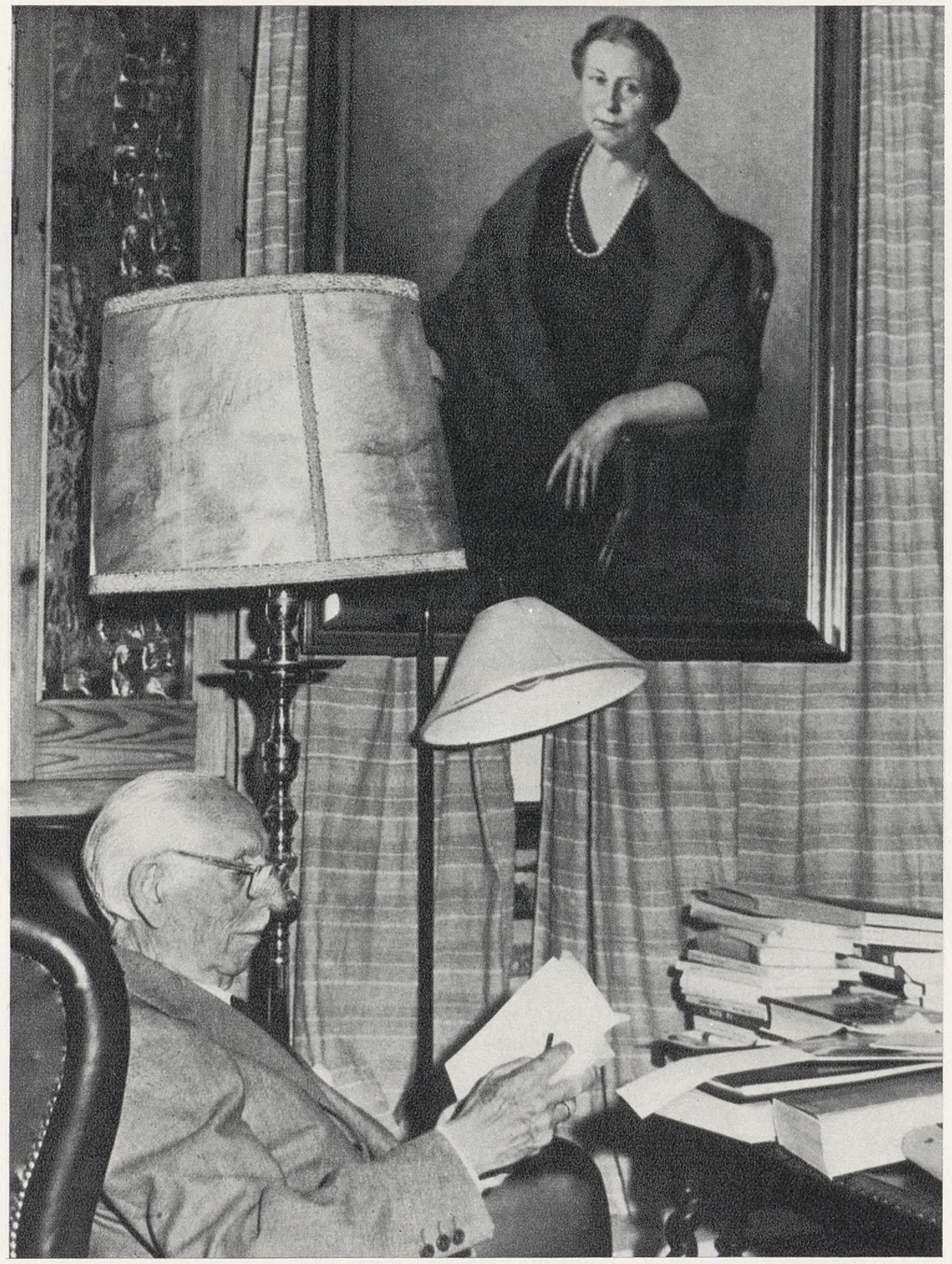
Y si en sus aguas no se baña hoy el mítico zaque ni al fondo de la laguna se arrojan piezas valiosas, hay otro oro, moderno: el portentoso de la energía eléctrica para toda la gran Bogotá y otros departamentos del país, mientras la población de Guatavita, aun con sus casas nuevas y modernas comodidades, seguirá apegado a sus tradiciones, sin ruido de motores y en el silencio de su pasado, y siempre habrá en la plaza un anciano del pueblo que tendrá una vieja leyenda que contar a los pequeños...

Fotos: ALVARO HERRERO y CORTURISMO-COLOMBIA

ENTREVISTA A JOSE MARIA PEMAN



El escritor trabajando en su despacho, leyendo bajo el retrato de su esposa y, finalmente, entre los recuerdos y homenajes de su larga vida pública, profesional y literaria.





JOSE María Pemán asoma hoy a nuestras páginas entre sus libros. Ha querido dejarnos entrar en su intimidad y recibirme en su casa de Cádiz.

Es deliciosa la lectura de su libro de los almuerzos pero no menos delicioso es almorzar con él rodeado de sus hijos, todos ellos amigos míos de infancia. Está toda la familia en efervescencia preparando la representación, que corre a cargo de los nietos, de una obra de teatro escrita por José María y otra de su hijo menor José María. Ambas son parodiando el veraneo de la familia Pemán. Comemos charlando de todo; toros, literatura, política. Me quedo asombrada cuando me cuenta su vida diaria. Por la mañana escribe, a última hora va un rato a la playa. Sus hijas se meten con él pues va con corbata, sombrero y libro. Este suele ser un clásico griego o latino ¡nada menos!

A las cinco, despacha con la secretaria y escribe. Luego asiste a los cursos de verano y por último al festival cuando lo hay. Por supuesto es gran aficionado a los toros y no se pierde las corridas que se celebran en la provincia.

Un programa muy lleno que vengo yo a aumentar con mis preguntas.

—¿Cuál es tu libro preferido?

—*Voy a ser completamente vulgar. El Quijote es el libro español que más me gusta.*

—Puesto que ya saltó el tema del libreo. ¿Qué aconsejas a un joven que quiere escribir?

—*Le aconsejaría que lea mucho los clásicos y los modernos: cuando después de leerlos y asimilados los olvide, entonces empezará a ser clásico y moderno. La lectura tiene que ser un proceso de asimilación y no de indigestión. Recuerdo que en la primera visita que hice a don Antonio Maura me dijo que el clasicismo es lo que queda en uno cuando se olvida los clásicos.*

—Este éxito mundial de los escritores hispanoamericanos ¿crees que estimula a las nuevas generaciones españolas? ¿O por el contrario piensas que en vez de crear nuevas formas se limiten a copiar la novelística americana?

—*España se ha caracterizado siempre por su espíritu asimilador. Vino un jardinero de Francia, Forestier, al que encomiendan construir el parque de María Luisa. El se creía estar haciendo unos jardines versallescos de tipo Tullerías. Y se encontró con que había hecho una tarjeta postal o un abanico perfectamente sevillano. Si España ha sabido asimilar tantos estilos; ¿cómo no va a poder asimilar a los escritores americanos tan unidos en lengua y pensamiento a los escritores españoles?*

—¿Cuáles son los escritores de aquellos países hermanos que más lees?

—*He leído casi totalmente a Miguel Angel Asturias, a José Luis Borges, a Rómulo Gallegos. En poesía, a Anzoategui, a Pablo Antonio Cuadra, a Marechal y toda la vieja guardia, naturalmente: Rubén Darío, Lugón, César Vallejo, Neruda, Juana de Ibarbourou, Rodó, Delmira Argentin.*

—¿Te consideras encasillado en una generación literaria?

—*Los «encasillados» los dejo a los políticos; a los caciques que orientan elecciones; los escritores tienen que escribir fuera de todas las casillas.*

—¿A quién cotizas más, a Pemán articulista, autor dramático, poeta, historiador, novelista o conferenciante? De estos géneros, ¿cuál te gusta más?

—*Creo que la Poesía es la más definitoria y significativa que todos los demás géneros literarios. El que es poeta, como el que es diabético, sigue siendo poeta o diabético aun cuando esté ocupándose de cosas ajenas a estas cualidades literarias o patológicas. Pero quitada esta permanencia casi fisiológica de la Poesía, yo no hago jerarquías y preferencias entre los géneros literarios que cultivo. Soy padre de nueve hijos y creo no hacer entre ellos distingos y preferencias. Lo mismo hago con esos otros hijos míos que son mis obras.*

—Se ha hablado mucho del Nobel para ti. También se ha dicho que a pesar de tu ingente labor literaria en todas sus ramas, no te lo darán por tus creencias religiosas y políticas. ¿Opinas tú también que la política cuenta mucho a la hora de ganar ese galardón?

—*En esa materia no opino nada, porque ya me parece excesivo y compensador de mi vida de trabajo, el que muchos españoles me hayan dado ese premio entrañable que consiste en desear para mí ese otro Premio oficial.*

—¿Te atrae tanto la política como la literatura?

—*No digas sacrilegios: la literatura es mi vida. La política fue en algún momento pasajero mi obligación. Pero nunca me tuvo raptado o monopolizado.*

Entre bromas y veras me doy cuenta que no he parado de preguntarle cosas y para no aburrirle le pido que me enseñe su antigua biblioteca.

—*¿Ves? Esta es la que estaba en mi casa de Isabel la Católica* —me dice pasando a la habitación de al lado—. *En ella escribí mis primeras obras. Cuando me mudé a esta casa se trasladó la biblioteca íntegra con sus estanterías al nuevo domicilio.*

Al lado de la biblioteca que acabamos de ver, toda ella con sus estanterías en roble tallado y todos los libros encuadernados, pasamos a otra habitación, doble que la anterior, también tapizada de libros, con estanterías pintadas en verde pálido.

—*Esta* —continúa Pemán— *tuve que construirla, pues pronto mis libros aumentaron rápidamente; como ves, por la decoración de ambas. Viene a ser la primera como una afirmación de españolismo un poco sobrepasado; y la segunda, como una biblioteca ligeramente dieciochesca, ilustrada o enciclopedista. Así permaneció unos años. Pero pronto los libros volvieron a exceder rápidamente a la capacidad de tablas para colocarlos. Entonces empezó a crecer alarmantemente una especie de almacén de libros que ya no me cabían en dos bibliotecas y se amontonaban en un cuarto abajo. Al lado de ese almacén agobiante había dos grandes habitaciones de mi casa, que teníamos alquiladas a la Renfe que tenía allí sus oficinas. Cuando los libros empezaban a convertirse en un bloque impenetrable concebí la idea audacísima de recobrar para mí el local que ocupaba la Renfe. Parecía un deseo imposible: pero nada se perdía con intentarlo. Me fui a Madrid y pedí audiencia al director de la Renfe. No anduve con los corrientes rodeos y mentirijillas. No alegué que necesitaba esos cuartos para la familia, para un hijo que se iba a casar, etc.: todas esas cosas que suelen decirse para rescatar las piezas arrendadas. Le dije lealmente mi problema: necesitaba el local para mis libros que excedían con mucho a las plantas que les tenía dedicadas en mi casa. El director de la Renfe no vaciló. Me dijo —y lo cumplió fielmente— que al día siguiente daría orden a la Renfe para la devolución del local. A los cinco meses, el tiempo justo y necesario para la mudanza, la Renfe dejó libre el local que hoy ocupa mi tercera biblioteca que es la principal. María del Carmen, mi mujer, se decidió a que el exorno y arreglo de este nuevo local fuera tratado con especial sentido equilibrado entre clásico y moderno. Y así resultó esta biblioteca donde trabajo y donde recibo a los amigos.*

No se puede dar mayor carácter ni ambiente a una biblioteca como la que tiene ésta. Es una gran habitación semidividida por un tabique que de un lado aloja la vitrina que contiene las cartas, autógrafos y otros legajos, y del otro, sirve de apoyo a un gran y confortable sofá propicio para la tertulia. Toda enmoquetada, con las paredes tapizadas de libros y diplomas. Un precioso «grand father clock», mesas inglesa y castellana, cuatro lámparas votivas de plata y alguna más de pie, un taquillón antiguo y los magníficos retratos de José María y María del Carmen, pintados por Segura, acompañan a los libros en el adorno de la biblioteca. Las puertas son todas antiguas, de roble tallado, y por último está la mesa de despacho. En ella veo una imagen en plata de la Virgen de los Desamparados de Valencia e indago el por qué y el cómo de la devoción a esta imagen.

—*Cuando estrené en Valencia «Paño de lágrimas» con Catalina Bárcena me hacía mucha falta un éxito y le dije a Nuestra Señora de los Desamparados que si lo obtenía la nombraba patrona de mis obras de Teatro. Así fue y desde entonces aquí está* —me dice con sencillez increíble.

Cubriendo la pared detrás de la mesa de escribir hay una colección de diplomas de cada una de las provincias de España que le entregaron con sus trajes regionales muchachas que vinieron expresamente para el acto.

Este año veo como novedad una mesa vitrina con sus condecoraciones y grandes cruces nacionales y extranjeras. Entre estas últimas la de «doctor honoris causa» de Santo Domingo, la gran cruz del Sol de Perú y la Gran Cruz del Mérito de Ecuador.

—*Esto ha sido un empeño de mis hijas y las he dejado...*

Detrás de la mesa está la vitrina con la colección de autógrafos y recuerdos. En ella hay cartas de Benavente, Raquel Meller, Alberti, Campoamor, Pereda, Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu, García Lorca, Juana de Ibarbourou, Espronceda, Nicasio Gallego, Cocteau. Cartas muy curiosas, una de ellas de Pérez Galdós a Pereda aconsejándole su entrada a la Academia. También veo una partitura que compuso Manuel de Falla para una marcha militar cuya letra corría a cargo de Pemán. Están los manuscritos de *El Divino impaciente* y *Las Cortes de Cádiz*. Un barómetro del alcázar, roto por un balazo, regalo de Moscardó y la medalla que en el lago de Tiberiades le regaló el Papa.

—*Esta pluma es la del uruguayo Rodó. Su familia me la regaló cuando pronuncié una conferencia en Montevideo. Esta otra la usó Vázquez Mella para escribir «La filosofía de la Eucaristía».*

A José María se le ve feliz enseñando sus tesoros. Paseo la mirada por los miles de libros que nos rodean y surge la pregunta:

—¿Cuál de estos libros crees que vale más?

—*No podría hacerte una valoración concreta. Esta biblioteca se ha reunido con libros que he comprado porque me interesaba su lectura. Es una biblioteca de lector insaciable, no de bibliófilo o coleccionista... Lo poco que, prescindiendo de los libros, tiene de espíritu coleccionista se concentra en esta pequeña colección de autógrafos que acabamos de ver.*

Sigo curioseando y al lado de la puerta hay cantidad de diplomas de todas partes. El de miembro de la Hispanic Society, los de Académico correspondiente de Méjico, Venezuela, Puerto Rico, Argentina y muchos más que sería prolijo enumerar. Libros en las estanterías, libros en las mesas ¡hasta en el suelo hay libros! La gran mayoría están encuadernados y muchos colocados por materias.

—*Llega un momento que son tantos que tengo que ordenarlos por tamaño que es la única manera. Ahora están haciéndome un fichero triple por obras, por autores y por materias. Mira, esta «Imitación de Cristo» era el libro de cabecera de Benavente, me la regaló su familia. Está en inglés, lengua que dominaba don Jacinto.*

Por todas partes fotos y recuerdos. ¡¡Hasta un telegrama del Cordobés!! Y un dibujo a pluma de él con Antonio Martelo, el popular Séneca de la Tele que murió trágicamente en un accidente de automóvil.

—*Esta foto del Barcelona es recuerdo de mi estreno en aquella ciudad de «La viudita naviera». Fue el año que el Barcelona arrebató al Real Madrid el trofeo de la Liga. Para mí era muy importante este partido pues dependía mucho el humor de los catalanes para el éxito de mi estreno. Asistía al partido tan nervioso como ellos, entre Bernabeu y Capmany. Afortunadamente para mí, gano el Barcelona y «La viudita» estuvo meses en cartel.*

Lo mismo con esta anécdota, como con la del estreno de *Paño de lágrimas* en Valencia, me conmueve constatar una vez más la ilusión y la humildad con que espera Pemán el resultado de sus estrenos, con el mismo miedo de un autor novel. Habla de sus obras con paternal cariño y confiesa su debilidad por algunos de sus personajes creados. En algún caso como en el del «Séneca» de la Tele y el de la Piconera de *Las Cortes de Cádiz*, la gente ha llegado a creer que eran personajes reales.

—*Una de las mayores satisfacciones de mi vida fue en Valparaíso. Nunca pense llegar allí después de atravesar los Andes y encontrarme con que en un baile de disfraces que acababa de celebrarse, dos de las señoras se habían disfrazado de «piconeras».*

Mi afecto y admiración por José María tiene raíces en mi infancia. Recuerdo que apenas saliendo de ella le pedí un autógrafo un día que vino a almorzar a casa de mi abuelo, a Jerez. Mi agradecimiento y admiración no tuvo límites cuando de pie, apoyado en la mesa del hall, me escribió una poesía especialmente improvisada para mí en ese momento.

Esta vieja amistad me ha hecho abusar de su tiempo y su paciencia, y me despido con un último ruego:

—Tú que eres tan taurófilo y acostumbrado a brindis, bríndanos un consejo —a tu gran público de lectores— de cómo se debe leer.

—*Pienso que ha de hacerse despacio, con atención, con amor y con perseverancia. La lectura tiene que considerarse siempre una cosa seria no un «pasatiempo». Es todo lo contrario. Es un esfuerzo para que el tiempo no pase.*

Ymelda MORENO Y DE ARTEAGA

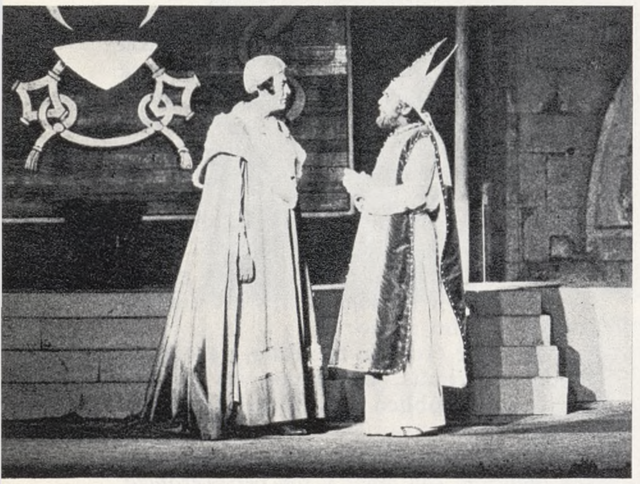
Fotos: DIEGO CONTE DOMECQ

por Alfredo Marquerie



Ensayo general y una escena de la obra, con Carlos Lemos en Pedro de Luna, y José Luis Lespe en el obispo Martín de Salva. Bajo estas líneas, otro momento de la representación.

"EL PAPA LUNA", DE CAMON AZNAR, EN EL CASTILLO DE PEÑISCOLA



TREINTA intérpretes con frase, y hasta doscientas figuras escénicas sobre el tablado compusieron el extraordinario espectáculo presentado en el castillo de Peñíscola por la Compañía Nacional Lope de Rueda dirigida por Roberto Carpio. El autor de la obra titulada *El Papa Luna* es el gran escritor, profesor y crítico de arte, José Camón Aznar, que ha puesto al servicio del texto su erudición y rigor y también su visión del teatro histórico no sólo parigual, sino incluso superior, pongamos por ejemplos elocuentes, a las de Claudel o Montherlant.

La función fue patrocinada por la Diputación Provincial de Castellón y por Festivales de España y en su montaje se invirtieron más de tres millones de pesetas. El patio de armas del fabuloso castillo que data de la decimotercera centuria fue transformado, en la primera parte de la obra, en Avignon, donde acaece lo que pudiéramos llamar el proceso batallador de Benedicto XIII.

La segunda parte, en la propia sede de Peñíscola. Este dato de rememorar unos hechos históricos en el propio lugar donde sucedieron dio un redoblado interés al tema y a la trama, porque todas las alusiones gozaban así de un indecible, de un inefable sabor de autenticidad. Pero además se da la circunstancia de que son intrínsecamente teatrales —dando a este vocablo su más puro valor— la anécdota trágica y patética del protagonista —estudiada de un modo profundo y exhaustivo por Camón Aznar— y el declive doloroso hacia la soledad total y absoluta del Papa bajo el cielo y frente al mar Mediterráneo.

A lo largo del gran poema escenificado van sucediéndose los sitios, los asedios, los séquitos, la recepción de las embajadas, las vicisitudes del cisma, las adhesiones y las apostasías... Camón hace intervenir también —como en *La Numancia*, de Cervantes— a ciertas figuras alegóricas y simbólicas, junto a la presencia de los entes reales y concretos, de los personajes más importantes que intervinieron en este apasionante episodio medieval, sin olvidar hecho substancial alguno.

A la propiedad histórica de la indumentaria y del atrezzo se suman en esta versión los conflictos no sólo dialécticos sino también trascendentales y metafísicos a los que da pie la actitud empecinada del aragonés Pedro de Luna. Como se demuestra en la obra el personaje no obró impulsado por el orgullo o la soberbia, ni mucho menos por la ambición. Lo que presidió su actitud frente a todo y contra todos fue la idea roquera y enteriza, como las propias piedras de Peñíscola desafiando al embate de las olas, de que se hallaba alentando y movido por el Espíritu Santo, desde el momento mismo en que fue legítimamente elevado al solio de San Pedro.

Muchos son los méritos literarios y escénicos que adornan esta magnífica invención teatral, pero entre todos ellos descuella, a nuestro entender, el de haber sabido captar en sus más esenciales y substanciales rasgos no sólo el carácter, sino más profundamente la compleja psicología de Benedicto XIII. El autor ha declarado, y con razón, que Pedro de Luna no fue un antipapa sino el archipapa.

En efecto: a la luz de la Historia sin prejuicios, sincera y desapasionada, el aragonés no fue un caso de tozudez o de terquedad sino modelo y paradigma de convicción hondísima, de férrea voluntad a despecho de su edad longeva. Así hasta su muerte y —como se demuestra en la pieza de Camón— más allá de su desaparición física también. Porque después de haber tenido la dicha de asistir a esta representación que se prorrogó durante varios días y que también se repetirá en el año próximo, entendemos y comprendemos perfectamente los «noes» de aquel arquetipo ibérico, y del alma se nos escapa el grito de: «¡A pesar de los pesares, tenía razón!»

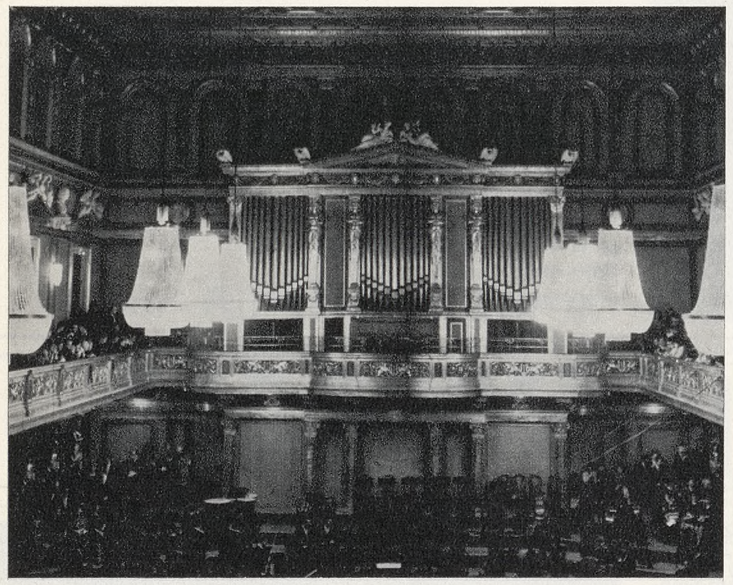


Carlos Lemos encarnó la gran figura con un acento de verdad y de sinceridad arrebatador y le acompañaron en el reparto una sola actriz que vivió el papel de Santa Catalina de Siena, y artistas tan descollantes como Luis Lespe, José Franco, Antonio Cerro, Roberto Caballero, Dionisio Salamanca..., así como los aficionados cedidos por la Agrupación de Benicarló y para los guerreros, soldados del Regimiento de Tetuán número 14.

Roberto Carpio dio plasticidad, vistosidad, ritmo melódico a la acción. Ventanales y aspilleras, cipreses y hiedra, muros y escaleras, piedras milenarias iluminadas o ensombrecidas sirvieron de ideal espacio escénico gracias a la sensibilidad y al talento del director y realizador. Y un público numeroso entre el que figuraban muchos extranjeros, veraneantes de Peñíscola, ascendió a la fortaleza para gozar del maravilloso espectáculo.

LA MUSICA, LATIDO ESPIRITUAL DE VIENA

por Antonio Fernández-Cid







La sala de conciertos Musikrerein, el edificio de la Opera y el monumento a Brahms.

LA sensación es por completo distinta que en cualquier otro lugar. No se trata de que Viena tenga una vida musical rica, lo que otras ciudades pueden ofrecer también, sino de que en la capital austríaca la música se ve tan dentro del propio espíritu, que no sería posible deslindar campos y juzgar con independencia del continente y el contenido, porque uno y otro se funden con amor y permanencia, en una historia que se conserva y acrece a lo largo de siglos.

Para un músico llegar a Viena es entrar en la patria soñada y escuchar las obras en buena parte escritas en rincones vecinos por músicos aquí nacidos, residentes o muertos, supone como un sello de especial autenticidad, ante el que no cabe sino rendirse con la más viva complacencia y devoción.

Hay, claro, las bases organizadoras. Hay dos óperas —la «Staats Oper», ópera del Estado y la «Volksoper», que lo es del pueblo— que funcionan durante once meses al año, de forma ininterrumpida, con sesión diaria y renovación pasmosa de títulos. en una rueda que permite al viajero disfrutar uno diverso en cada día, porque la rotación no permite la inclusión inmediata de una obra que acaba de darse. Hay los conciertos de las orquestas, en cabeza la Filarmónica gloriosa y la Sinfónica, otro conjunto de solera.

Hay varios coros «amateur», multitud de recitales de solistas, grupos de cámara, entidades que cultivan la música del presente y otras que rinden sus esfuerzos a las pretéritas. Hay, incluso, el festival de primavera en donde, si cabe, se aumenta la dosis, hasta el punto de que el programa nos anuncia ocho, diez sesiones al tiempo, ante las que la selección se hace difícil. Pero todo ello, insisto, no deja de ser normal entre ese bloque de puntos privilegiados en los que la música tiene cultivo permanente y a ese respecto habríamos de citar muy en primer plano la riquísima cartelera filarmónica de Londres, que no admite cualquier otra primacía. Lo distinto, lo que da fisonomía propia, es el clima de la ciudad, su historia, la ciudad misma.

Nada más aleccionador que un paseo por cualquiera de sus calles, plazuelas, jardines, rincones todos y un vistazo a sus monumentos, señalados con esas típicas pequeñas lápidas que, en unión de la bandera del país, nos advierten la presencia de algo que merece ser contemplado, visitado. Viena toda es caja especial de resonancia para la música y buen número de estatuas, de esculturas que adornan lugares de privilegio por su emplazamiento, están dedicadas a los más famosos artistas. Muchos de ellos —Mozart, Schubert, Beethoven, Johann Strauss, en cabeza— son base de multitud de monumentos, aparte que los constituyan para la sensibilidad del melómano la sucesión de casas en las que vivieron, en las que crearon partituras esenciales. No hay recorrido que se realice en cualquiera de los «tour» que se entrecruzan por centenares a todas las horas del día y de la noche, en el que la voz del guía no nos aclare que en aquel mismo punto nació una de nuestras obras predilectas, residió uno de nuestros más queridos músicos.

Hay, después, la devoción, todo lo interesada que se quiera, pero devoción, del comercio. Discos, partituras, libros, estatuillas, alegorías, toda clase de materiales seductores se apiñan en los escaparates, en las vitrinas de las tiendas especializadas. En las otras, tampoco falta el signo musical, porque los adornos se realizan muchas veces con algo que llame la atención sobre el señorío de la música, por todos aceptado: la lira de chocolate en la pastelería; la sucesión de copas distribuidas en un monumental pentagrama; el maniquí en traje de etiqueta que acude a la ópera; las telas suaves que mecen y acogen con amor una flauta, un violín, un arpa, cualquier instrumento en una gama variadísima. Instrumentos de valor incalculable, no sólo material sino sentimental, se pueden admirar en su espléndido Museo, en el palacio imperial, en algunas de cuyas naves, así la «Redouthensaal», se dan representaciones de óperas mozartianas, precisamente en el mismo lugar en el que Mozart, con sus músicos, había estrenado multitud de obras en cumplimiento de su deber de servidor artístico de grandes señores.

También dentro del palacio, en la capilla imperial, se conserva una tradición que es punto de movilización y de atracción generales en todas las mañanas del domingo y los días de fiesta: la interpretación por los Niños Cantores, con voces viriles e instrumentistas de la Filarmónica, de distintas misas —Mozart, Haydn, Schubert, Bruckner...— en el ambiente ideal para que resplandezca su encanto melódico y evoquemos mejor a sus autores.

Hay, en fin, algo que en otros lugares he glosado con la debida amplitud, como especialmente merecedor de comentario aparte: la herencia fabulosa de los restos mortales de tantos y tantos artistas básicos, representantes de muy distintas líneas estéticas, desde Mozart a Berg, pasando por Brahms, por Wolff, por los Strauss. Alguno, caso Mozart, sólo puede ser objeto de culto simbólico ya que fue enterrado en la fosa común del cementerio de San Marcos y únicamente por el deseo de espiritual presencia, que viene a ser presidencia, se le ha erigido un monumento en el Central, en la rotonda de los músicos. Otros, como Mahler o Berg, en distintos camposantos, sino, caso Bruckner, próximos a la ciudad. Los más, en ese ya citado cementerio Central. No hay aficionado con sensibilidad, por corta que ésta sea, que no sienta la emoción de enfrentarse con algo que sólo Viena puede brindarle. A pocos metros, las tumbas de Beethoven, gran señor de la música y universal símbolo con su lira, que lo es de nuestro arte; de Brahms, grave y robusto; de Wolf, alucinado y febril; de Johann Strauss, leve y ligero como sus valses; de Schubert, sutil, delicadísimo en los trazos como en las propias melodías...

Ante una visita a Viena, que es como un gozoso ejercicio espiritual para el buen gusto, el tema no podía ser otro que éste en recuerdo, evocación y homenaje a la ciudad musical por antonomasia, cuna, solera de la civilización europea en nuestro arte, puntal firme para la continuidad de su culto.

filatelia

LUIS
MARIA
LORENTE













EN el programa filatélico español para el corriente año, por primera vez se ha incluido una serie dedicada a la fauna nacional. Es decisión de la Comisión postal, iniciar con ella un grupo de emisiones en las cuales vayan figurando las especies más características de la fauna y de la flora españolas, dentro de las cuales hay algunas completamente autóctonas, buscándose así hacer propaganda de una faceta del país, cuyo interés es extraordinario, como se demuestra en aquellos ejemplares que se encuentran en los parques nacionales o en cualquier lugar de la geografía peninsular. En determinados lugares de las cordilleras Pirenaica, Cantábrica o Central, se mantienen especies autóctonas así como en esa inmensa reserva que es el coto de Doñana, por solo citar algunos de los puntos más característicos. Recordemos al mismo tiempo, la extraordinaria labor del Patrimonio Nacional, al montar en el palacio de Riofrío, cerca de Segovia, el Museo Nacional de Caza, donde hay para la admiración del público, unos extraordinarios dioramas, en donde, disecadas figuran las especies más importantes y características de la fauna del país.

Esta primera serie, se forma con los nominales y animales siguientes: 1 peseta, Avutarda (otis tarda); 2 pesetas, Lince (lynx pardina); 3 pesetas, Oso pardo (ursus arctos); 5 pesetas, Perdiz roja (alectoris rufa); y 8 pesetas, Cabra montés (capra pyrinaica). Estos sellos han sido estampados a sus colores originales y sus dibujos han sido realizados con el asesoramiento del correspondiente organismo dependiente del Ministerio de Agricultura, que vela por la conservación de la fauna y la flora españolas.

Para el próximo año, se tiene previsto que saldrán tanto una serie relativa a las especies zoológicas, como otra al reino vegetal.

* * *

ARGENTINA.—Un 25 centavos, se refiere a la introducción del sistema electrónico en la clasificación de la correspondencia postal y en su dibujo, además de otros motivos, lleva la efigie de Einstein.

BRASIL.—El III Congreso interamericano de la vivienda celebrado en Río de Janeiro, quedó filatelizado con un 50 centavos, con dibujo alegórico.

COLOMBIA.—El décimo aniversario del fallecimiento del político y periodista G. A. Avendaño (1910-1960), se recuerda con un sello, mientras otro de 1.30 pesos, pertenece a la serie folklórica con el baile llamado la cumba.

COSTA RICA.—La reunión en su capital de la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, es la razón de un 2 colones con una vista del Teatro Nacional, en el cual tuvieron lugar las sesiones.

ECUADOR.—La falta de sellos de correos de diferentes tasas dio lugar a que sellos móviles se sobrecargaran para el servicio postal. En total son diez y uno de ellos con el nominal de 50 sucres.

Por otra parte, la emisión de escudos se incrementa con los valores de 0.50, 2 y 3 sucres.

EL SALVADOR.—Dos efectos postales en honor del filósofo Alberto Masferrer, han sido sobrecargados con «Año del centenario de la Biblioteca Nacional», mientras que otros dos se refieren al II Festival internacional de Música, y llevan respectivamente las efigies de Beethoven y Bach, con sendas partituras

ESPAÑA.—Además de la serie de Fauna comentada al principio de esta información, hay las siguientes:

Cincuentenario de la fundación de la Legión, que se forma así: 1 peseta, escudo del Tercio Gran Capitán y fragmento del primer cartel de propaganda de alistamiento; 2 pesetas, escudo del Tercio Duque de Alba y escena de un desfile; 5 pesetas, escudo del Tercio Juan de Austria y monumento a los caídos en el cuartel de Smara; 8 pesetas, escudo del Tercio Alejandro Farnesio y una columna motorizada en el desierto.

La IX Copa europea de gimnasia masculina, que tuvo por escenario el Palacio de los Deportes de Madrid, se recuerda con dos sellos de 1 y 2 pesetas, cuyos motivos son: ejercicio en caballo de aro y ejercicio en barra fija.

Por último, a resultas del aumento de las tarifas postales dispuesto el año pasado ha habido necesidad de hacer dos nuevos efectos para la correspondencia urgente y correspondencia urgente especial, con los precios de 10 y 15 pesetas. Figura en el primero una biga griega y en el segundo una carta que deja una estela alrededor del mundo.

FILIPINAS.—Cuatro nuevos sellos incrementan la serie de tipo turístico, cuyos variados temas, la convierten en un grupo del mayor interés y que además su confección es de excelente calidad.

GUATEMALA.—El signo de correos de 5 centavos que se hizo con ocasión de los Juegos Olímpicos de México 1968, ahora se ha reeditado en color azul.

HAITI.—Ocho unidades se refieren a la hazaña del «Apolo 13» y se han confeccionado dentados y sin dentar.

MEXICO.—Con el título de «Arte y Ciencia», hay una serie de cinco sellos todos relativos a la temática pintura.

PERU.—El III centenario de la canonización de Santa Rosa de Lima, sirve de motivo para hacer unos efectos postales, no siendo ésta la primera vez que figura esta Santa en sellos peruanos.

Hay también otros cinco, dedicados al arte indígena primitivo.

URUGUAY.—Con un 25 pesos, impreso en parejas, se conmemora el Día de la Numismática, mientras que otro se dedica a la Exposición Filatélica.

VENEZUELA.—Este país ha iniciado una bonita emisión con mapas de los distintos estados que lo componen, tema atractivo ya que no es de los manidos para la realización de sellos de correos.



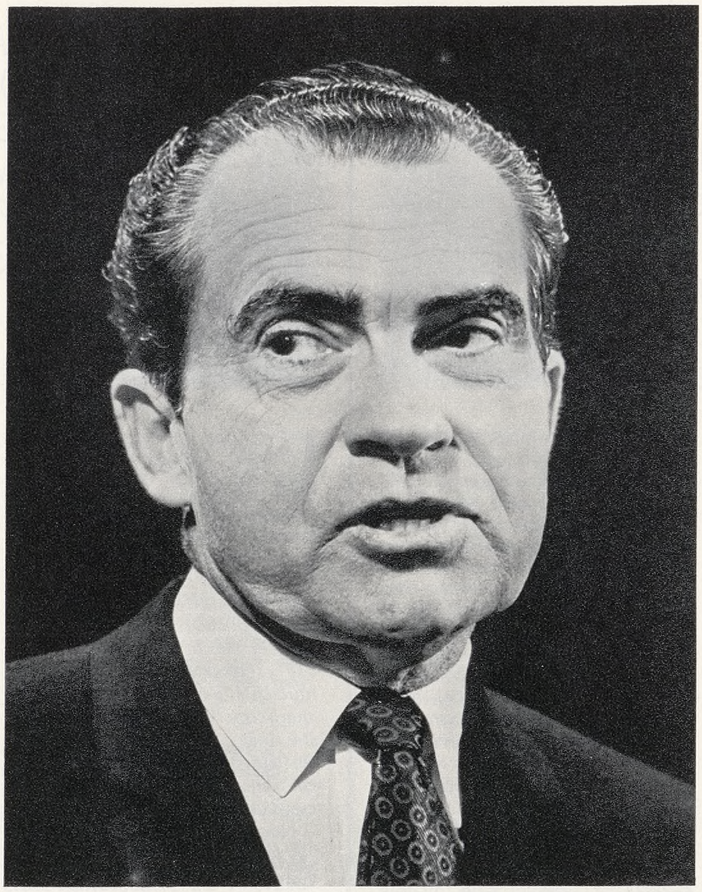












PROCLAMA DE NIXON SOBRE EL LEGADO ESPAÑOL A NORTEAMERICA

LA semana comprendida entre los días 12 y 18 del pasado mes de septiembre estuvo dedicada en Norteamérica a la exaltación y reconocimiento del legado hispánico. Desde 1968 estaba aprobada por el Congreso de los Estados Unidos una resolución para que se estableciese esa Semana del Legado Hispánico. Ahora, el presidente Nixon ha puesto en vigor el acuerdo del congreso proclamando solemnemente un período anual de reconocimiento a cuanto España y sus hijos, nacidos en tierra española o en tierra americana, hicieron y hacen por el engrandecimiento de la nación norteamericana.

El texto de la proclama presidencial es muy hermoso y justo. Lo mencionado y aludido por el presidente Nixon en su proclama, tiene jerarquía de justicia a España y a la gran descendencia creada por ella en las naciones hispanoamericanas, que ofrecen hoy el aporte de colonias laboriosas, cultas y progresistas al gigantesco esfuerzo norteamericano.

He aquí el magnífico texto de la proclama del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica:

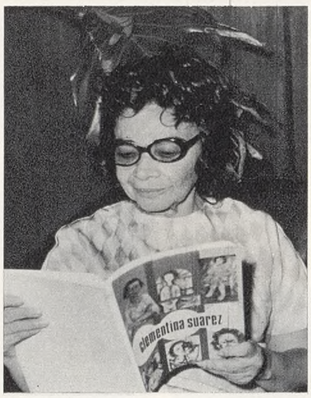
«Desde las más tempranas exploraciones del Nuevo Mundo, hombres y mujeres de origen y ascendencia hispánicos han contribuido de manera importante al desarrollo de nuestra nacionalidad norteamericana. Los nombres geográficos de nuestro país atestiguan plenamente esa aportación. De hecho, la ciudad más antigua de los Estados Unidos, San Agustín, fue fundada por exploradores españoles en 1565, hace cuatrocientos seis años, cuando Américo Vespucio, el hombre cuyo nombre lleva nuestra tierra, llegó a este Continente a bordo de un buque español.

Nuestro legado hispánico también se advierte en nuestra vida cotidiana, nuestra música, nuestra arquitectura, nuestra moneda y nuestra cocina. Los viajes de los exploradores españoles al Nuevo Mundo son el común punto de arranque del estudio de la historia norteamericana en nuestras escuelas.

En el pasado hombres y mujeres, hispánicos por su origen y ascendencia, ayudaron a descubrir, desarrollar y poblar esta tierra. Tenemos la fortuna de que hoy pertenezcan a nuestro pueblo.

Por cuanto antecede, yo, Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos de América, de acuerdo con una resolución conjunta del Congreso aprobada el 17 de septiembre de 1968, proclamo la semana que comenzará el 12 de septiembre y terminará el 18 de septiembre Semana Nacional del Legado Hispánico. Pido al pueblo de los Estados Unidos, especialmente a la comunidad de maestros, que observen esta Semana con ceremonias y actividades adecuadas que atraigan la atención sobre la riqueza de nuestro legado hispánico y sobre las aportaciones hechas a nuestra variada sociedad por nuestros ciudadanos de origen hispánico.

En testimonio de lo cual firmo aquí en este decimotercer día de septiembre del año de Nuestro Señor, mil novecientos setenta y uno y centésimo nonagésimo sexto de la independencia de los Estados Unidos de América.—Richard Nixon.**»**



CLEMENTINA SUAREZ,

Un valor de las letras centroamericanas

CLEMENTINA Suárez es un nombre y una historia. Un nombre —de los buenos— en la poesía centroamericana, y una historia de su patria, a la que dio, con *Corazón sangrante*, el primer libro de poemas de una mujer hondureña. Desde esta su primera obra poética, escrita en 1935, hasta hoy, su producción literaria ha sido continuada: *Templos de fuego*, *De mis sábados el último*, *Veleros*, *Engranajes*, *Creciendo con la hierba*...

En su poesía, académica al principio y ahora totalmente libre, quedó impresa desde los primeros momentos la desnudez de sus sentimientos y de sus primeras emociones fuertes en la vida, abanderó las aspiraciones de la mujer en la total libertad de expresión y fue la independencia de sus actos, norma de su vida y canto en sus versos.

Ha ido sintiendo siempre las inquietudes de su época y ha sido también una voz del inconformismo social:

«Es crimen hablar de estrellas, cuando hay que limar cadenas.»

Aunque Clementina no pinta, ni graba ni esculpe, sus afanes por las artes plásticas y su vocación por todas estas manifestaciones artísticas, la han llevado siempre a reunir en su casa cuadros, esculturas, grabados y muestras artísticas, dándose en ella cita las más señaladas personalidades de las letras y de las artes. Su Rancho del Artista ha sido siempre una Galería de Arte, un salón de conferencias y charlas y un ateneo del verso.

Por eso, en su historial fecundo aparece creando en San Salvador —donde ha residido más tiempo— «El Rancho del Artista», como lugar de exposición permanente y sala cultural de los valores centroamericanos. Ella fundó también en Honduras la primera galería de arte, «Morazánida». Posee una de las colecciones más valiosas de pintura en Centroamérica y está haciendo en la capital salvadoreña un Museo del Arte, donde se encontrará desde un antiguo ídolo maya hasta el más antiguo retablo.

VALORES POETICOS EN LA EPOCA ACTUAL

Escritora de periódicos y revistas, poetisa consagrada —Premio Nacional de Literatura en Honduras— y autora de una decena de libros, su vida es también un andar por países de América para gustar el sentir de los pueblos y la belleza de los paisajes. Nace en una casa rica, feudal, en el fértil valle hondureño de Juticalpa, en el Departamento de Olancho, pero pronto aprendió a ir y venir por los caminos de América. Residió un tiempo en Méjico, luego en Guatemala, una temporada después, la más duradera, en su Honduras natal, y más tarde marchó a Nicaragua, para quedarse hoy, casi definitivamente, residente en El Salvador. Desde hace mucho quería venir a Europa, y ahora ha estado entre nosotros, invitada para visitar distintos países. Pronto escribirá muchas cosas —nos ha dicho— de esta España que ansiaba conocer.

De Clementina Suárez son estas palabras:

«La poesía es la única auténtica expresión de todo mi ser; además, me ha servido para revelarme, para dar mi limpio testimonio de la época que estoy viviendo y para tener un mundo interior, que constituye mi mayor fortaleza.»

* * *

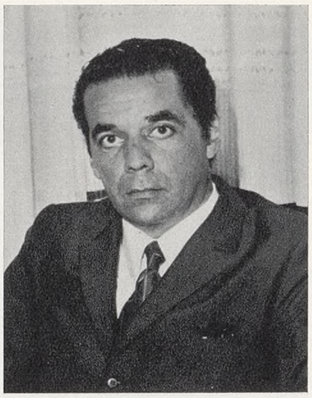
«Cada día el poeta encuentra nuevas formas de expresión. El lenguaje poético de nada sirve si no tiene qué decir. La poesía es una magia que puede huir si no se utiliza. Creo que mi poesía se ha humanizado cada día más, y siento como propio el drama de mi pueblo, de los pueblos.»

* * *

«No creo en generaciones de ningún año; creo en valores esporádicos de cualquier tiempo. Su actuación y el tiempo mismo dirán si sobrevivirán después de los cincuenta años.»

* * *

«La importancia de ser gente de letras es el habernos tocado vivir esta época de lucha a muerte y de vivencia por los nuevos ideales, en los que no hay nada más importante que el hombre. En el ayer también los hubo, pero muy pocos; estaban más atados al convencionalismo de la época.»



«FUNDACOMUN», UNA RESPUESTA VENEZOLANA A LAS NECESIDADES DE LA COMUNIDAD LOCAL

Habla su presidente C. Acedo Mendoza

EL economista venezolano, don Carlos Acedo Mendoza, profesor universitario tanto en la Universidad Central de Venezuela como en la Católica de Andrés Bello, es una figura bien destacada en la problemática del desarrollo de su país. Actualmente es el presidente de «Fundacomún» o «Fundación para el Desarrollo de la Comunidad y Desarrollo Municipal», institución a la que consagra ilusiones, energías y tiempo, y que constituye, sin duda, una respuesta —la más realista e integral que se ha encontrado en Venezuela— a las necesidades locales para el desarrollo.

No podemos detenernos en subrayar la personalidad de Acedo Mendoza, porque nos llevaría a un largo recorrido por instituciones que han sido, y son, decisivas en la vida venezolana: cofundador del Instituto Venezolano de Acción Comunitaria, asimismo del Instituto de Servicios Rurales, directivo del Instituto de Promoción Popular, igualmente del Instituto para el Desarrollo Económico y Social de Venezuela, en fin, como éstos, pudieran señalarse ¡tantos nombres!: toda una vida dedicada a la comunidad, junto con la docencia y la representación de su país en seminarios, congresos y conferencias, regionales y panamericanos. Su experiencia además en aspectos técnicos y mercantiles de la vivienda ha sido puesta a disposición de la promoción de la vivienda de interés social.

En su reciente visita a España nos hemos interesado en que nos dijera, junto con el objetivo de su viaje, qué es y qué hace «Fundacomún».

UNA FUNDACION PARA LA COMUNIDAD

—La «Fundación para el Desarrollo de la Comunidad y Fomento Municipal», nos explica él, es una institución de derecho privado, totalmente autónoma, pero creada por la nación. Recibe el apoyo del Estado (como de otros organismos nacionales e internacionales), pero no se identifica con él.

Su finalidad es promover asistencia técnica y financiera a programas de desarrollo de la comunidad y de fomento municipal. Cada vez más, nuestros pueblos deberán alejarse de pensar en el paternalismo del Estado y habrán de participar en el desarrollo de sus propios problemas.

Muchas cosas podían traerse como ejemplo de las que ha hecho, promueve o programa «Fundacomún». Es todo un complejo de promoción popular y desarrollo comunal. La administración municipal, la planificación urbana, el desarrollo local, los servicios municipales, los programas de vivienda, etc., son temas todos que afectan a «Fundacomún» y en los que ésta interviene, como una nueva conciencia nacida en el país y como la fuerza más moderna, realista e integral con que se cuenta comunitariamente.

LA VISITA A ESPAÑA DE ACEDO MENDOZA

—Es inevitable la pregunta de rigor, señor Acedo Mendoza: ¿objetivo de su visita?

—Fundamentalmente, visitar nuestros becarios. Mantenemos siempre decenas de becarios en el extranjero, y concretamente en España para su asistencia al curso que ofrece el Instituto de Administración Local, de Madrid. Pero hay también ahora otros nuevos objetivos.

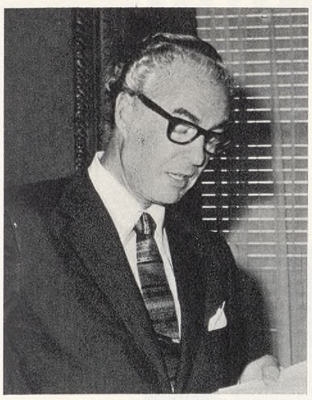
—¿Cuáles?

—Con el patrocinio de las Naciones Unidas y de entidades y universidades, acabamos de crear una Escuela de Desarrollo Local y Administración Municipal, con programas incluso para becarios de otros países hispanoamericanos.

»Y esto nos obliga a un mayor contacto con el Instituto de Administración Local, de Madrid. No dejaremos de mandar alumnos nuestros acá, pero queremos potenciar, con la creación de esta escuela, un eficaz intercambio de becarios y fundamentalmente de profesores.

»Queremos que profesores de acá vayan a esta novel institución. Todas estas cosas, pues, nos han traído a Madrid, para tratarlas y ordenarlas para un futuro.

»Entendemos que España, la que un día nos dio el municipio y nos creó la conciencia de lo local, y de cuya actual Escuela de Madrid obtenemos tan buenos resultados, nos siga brindando sus experiencias y se vinculen el Instituto de Madrid y nuestra novel Escuela con un eficaz programa de intercambios.



HABLA EL VICEPRESIDENTE DE LA ASOCIACION AMERICANA DE PROFESORES DE ESPAÑOL

Profesor Anthony F. Pasquariello

EN el Salón de Embajadores del Instituto de Cultura Hispánica tuvo lugar la recepción de bienvenida ofrecida a los estudiantes de la Universidad de Illinois. Es la primera vez que universitarios de esta institución vienen a España para un curso completo. El director coordinador del grupo es el profesor de dicha Universidad, don Alberto Porqueras Mayo, catalán, que resulta así la persona más indicada para esto, porque los treinta y cuatro universitarios de Illinois harán su curso en la Universidad de Barcelona.

Estuvo también presente en el acto del Instituto, el director del Departamento de Español, Italiano y Portugués de «The University of Illinois, profesor Anthony Pasquariello, gran hispanista, quien nos hace aquí, para estas páginas, unas declaraciones especiales. En él se da además la concurrencia de ser actualmente el vicepresidente de la Asociación Americana de Profesores de Español, razón también para justificar la entrevista y recabar unas opiniones.

EL GRUPO UNIVERSITARIO DE ILLINOIS

—Por primera vez —explica el director Pasquariello—, nuestra Universidad, la más importante de las oficiales en el Estado de Illinois, ha enviado a España un grupo de sus estudiantes, treinta y cuatro en este caso. De resultar bien la experiencia, como esperamos, continuaremos enviando regularmente todos los años.

—¿Qué cursarán acá?

—Todo un año completo. En su casi totalidad son universitarios que han acabado su segundo año de Filosofía, y como en el tercero inician su especialización en alguna lengua, vienen a cursar aquí todo un año completo, en la especialización del español.

—¿En la Universidad de Madrid?

—No, vienen a la Universidad de Barcelona, a donde se trasladan después de tres o cuatro semanas de ambientación en Madrid.

—¿A qué atribuye el crecimiento actual de los estudios de español en las universidades norteamericanas?

—A muchas razones, pero podríamos señalar, entre otras y en el caso nuestro, a la tradición de los estudios hispánicos en nuestra universidad, aunque la colonia hispano-parlante no sea numerosa en dicho Estado, y a los años que ya lleva de creado nuestro Departamento en la Universidad. En general digamos que todo esto es debido al interés que despierta en el mundo de hoy, lo hispánico.

EL ESPAÑOL, PRIMER IDIOMA EXTRANJERO ESTUDIADO EN ESTADOS UNIDOS HOY

En su calidad de actual vicepresidente de la Asociación Americana de Profesores de Español, el doctor Pasquariello nos suministra estos datos:

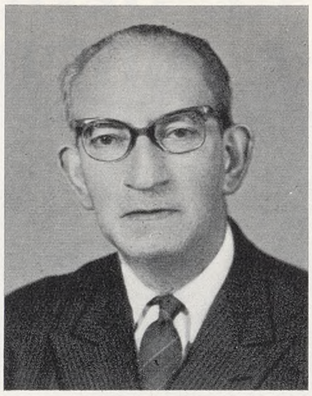
—Actualmente integran la Asociación quince mil profesores de español, si contamos sólo a los que cotizan, porque hay muchos más. La Asociación es de carácter nacional pero con muchos años de existencia.

—Existe también una Asociación Europea de Profesores de Español, ¿alguna relación existente entre làs dos Asociaciones, la Americana y la Europea?

—La Asociación Europea es muy reciente y con un reducido número de miembros todavía. Nuestra Asociación lleva casi medio siglo de existencia, y nuestro Departamento de Enseñanza de Español tiene unos treinta. Pero puedo concretarle, en cuanto a lo que usted me pregunta, que habiendo asistido por invitación a la Asamblea General que recientemente celebró en España la Asociación Europea, se han establecido ya muy importantes contactos, y es muy posible que en su día se celebre en una ciudad española una primera reunión, asamblea o congreso de las Asociaciones Europea y Americana.

—¿Sabe usted, señor Pasquariello, qué nivel ha alcanzado hoy el estudio del español en Estados Unidos?

—Considerada globalmente toda la enseñanza de Estados Unidos, secundaria y universitaria, la lengua extranjera hoy más estudiada en todo el país es, sin duda, el español, que ha quitado actualmente la primacía al francés.



DON GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA, UNA INSTITUCION DE AMERICA EN LA INVESTIGACION HISTORICA

HEMOS tenido la oportunidad de conversar con el colombiano don Guillermo Hernández de Alba, que es una institución, no sólo nacional, sino también interamericana: toda una vida consagrada a la investigación histórica, especialmente a la investigación de la historia de la cultura de España en América. Cuarenta obras escritas y otros tantos folletos, sin contar la fecundidad de sus colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras, jalonan su vida. Y aún sus años hoy no le restan su dedicación al estudio y la publicación.

El conoce los archivos de Colombia, de América e incluso de Europa. En España misma vivió un quinquenio, de 1947 a 1952, y son muchas las páginas suyas que han sido respuestas terminadas y definitivas a muchas preguntas sobre los siglos coloniales o virreinales.

Una larga lista de academias americanas lo cuentan entre sus miembros, al igual que muchas españolas. Unico cronista oficial de la ciudad de Bogotá, don Guillermo Hernández de Alba, decano de la Academia de la Historia de Colombia, tiene, entre sus muchos honores recibidos, el de «Hijo eminente de América», otorgado el año pasado por la Casa de América, de Acapulco, galardón de máximo simbolismo, «Nobel» de honor continental.

Hemos hablado con él, lo hemos oído con gusto y le hemos pedido que nos resumiera algunas de sus muchas ideas que pautan la historia cultural de España en América, y de las que aquí, por razones de espacio, recogemos sólo algunas.

ESPAÑA EN AMERICA

- A través de la Historia Universal —nos dice— sólo dos pueblos pueden compararse en su tarea civilizadora: Roma y España. La primera dio a todas sus provincias: cultura, filosofía, idioma, literatura... todo lo que tenía. La segunda hizo igual: sobre la grandeza de los imperios precolombinos, que merecen incorporarse a la Historia Universal, puso todos sus tesoros: lengua, religión, cultura, arte... todo su ser, que dejó fundido en el continente.
- Iguales asignaturas se dictaban en los colegios mayores y universidades de América que en Salamanca, Valladolid o Alcalá de Henares. Y de tal manera fue la obra de España en América, que entre sus instituciones políticas, con la que pareciera la más elemental, el cabildo, nos dio la dignidad republicana. Porque en el cabildo, que en lenguaje romano era la verdadera «rex publica», aprendimos la autonomía.
- Toda la leyenda —negra, gris o del color que se quiera— creada en torno a España, no sólo tiene que desaparecer, sino que de hecho ha ido desapareciendo ya, a medida que la Historia se ha venido practicando como ciencia, como investigación honrada y desapasionada.
- El juramento de nuestros próceres del 20 de julio de 1810 es un juramento que arranca de la misma doctrina de Santo Tomás, y de la más pura doctrina jurídica española. Porque allí se habló de que el rey —Fernando VII— estaba cautivo, y nuestros pueblos entendieron que privado el soberano de su autoridad, ésta volvía al pueblo, que era su fuente, y por ausencia del monarca, ejercía la soberanía que regresaba.
- Desgraciadamente no asistieron a España, en los momentos de sus grandes crisis, los hombres de Estado que debieron haber comprendido a América y la gran unidad hispanoamericana. El regreso de España hoy a América es la construcción de nuevo de la unidad hispanoamericana, no en términos imperiales, de conquista, sino de unidad de un ancho mundo que tiene que escribir todavía una historia grande: el mundo hispánico. Nosotros también así lo comprendemos y volvemos también a España. Hemos regresado así los pueblos de América a nuestras fuentes. Las aguas vuelven a su sitio.
- Los intercambios económicos de hoy no son más que la caligrafía en que se escribe una nueva historia. Pero no sólo vivimos de factores económicos, sino de relaciones de pueblos, y éstas son las que ahora se fundamentan entre España y toda Hispanoamérica. Cuando decimos Historia de Colombia, por ejemplo, queremos decir Historia de España, pero es necesario que también España incorpore en sus programas de estudios la historia toda de nuestros pueblos.

ANTE EL SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE AMERICA CENTRAL



Entrega de un cheque como aportación del Gobierno español para la reconstrucción de la iglesia de San Matías Apóstol, de Tumauini. Están presentes, el cura párroco padre Abaya, el obispo español monseñor Velasco, el agregado honorario de la embajada española, señor Santamaría, y el embajador, señor Mariñas Otero.

EL 15 de septiembre de 1821 una junta de notables reunida en la ciudad de Guatemala, recientemente fundada tras la destrucción de Antigua por el terremoto de 1773, acuerda proclamar solemnemente la independencia de la Capitanía General formada por lo que son hoy las cinco Repúblicas, tan entrañables, de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

En los días siguientes conforme los mensajeros, por los difíciles caminos de la época, trajeron las noticias de lo acordado en la capital; San Salvador el 22 de septiembre; Comayagua el 28; León de Nicaragua el 11 de octubre y el 27 de aquel mes Cartago de Costa Rica se adhirieron a la independencia proclamada en la capital; y en alguno de los países surgidos de la ulterior disgregación política de América Central se celebró tal efemérides en el día de la proclamación de la independencia por las autoridades locales.

La independencia fue pacífica, hecho tan extraordinario en aquella época como en la presente, se realiza sin derramamiento de sangre, sin odio ni resentimientos que hayan podido crear un abismo entre naciones como aquellas y la nuestra que tanto tenemos en común a través de cuatro siglos y medio de convivencia.

Existen infinitas razones históricas para que esta independencia fuese pacífica. Los tres siglos que dura la presencia política de España en América Central, son tres siglos de cristianización, de intenso mestizaje y profunda transculturación. Los gobernantes enviados por España fueron singularmente capaces y honrados, regentando el país con mano suave. Durante tres siglos imperó la «pax hispanica».

Escasos eran los funcionarios españoles, quienes contaron con la colaboración criolla y criollos eran quienes ocupaban la mayoría de los puestos públicos; el futuro presidente Herrera es el secretario municipal que firma la proclamación de la independencia en Tegucigalpa, Francisco Morazán, el héroe de la unidad centroamericana, es «oficial pluma» en la Alcadía Mayor en aquellas fechas y otros muchos son los funcionarios locales que pasan automáticamente al servicio del nuevo estado independiente.

El español y sus descendientes se habían integrado en el país. Españoles y centroamericanos combaten hombro con hombro durante dos siglos contra los piratas que asaltaban las costas del istmo. Los centroamericanos que despiertan a la independencia no ven en el español que allí habita a un conquistador rapaz sino a un campesino, menestral o comerciante igual a sus propios familiares y lo considera como a unos de los suyos.

Las comunidades indígenas han conservado su propiedades y al producirse la invasión de España por las huestes napoleónicas ofrecieron a las autoridades de la Capitanía General la totalidad de los bienes que poseían en caja —549.320 pesos— para la lucha por la independencia española de los que sólo fueron aceptados cien mil.

No existían grandes latifundios en el país, eran cultivadores del añil en Guatemala y El Salvador. En Honduras se explotaba la plata pero ni había grandes minerales como en otras zonas de América, ni se empleaba mano de obra esclava, los mineros explotaban minas individuales por sí mismos o con muy pocos ayudantes y se llamaban «güirises». Las grandes fortunas pertenecían casi todas a gentes dedicadas al comercio. El nivel de vida del labriego de América Central cuando llega la independencia no es desde luego inferior al de su coetáneo español, y los gigantescos potreros de un país, que no contaba sino con un millón de habitantes, garantizaban la existencia de una oferta y un consumo de carne muy superior al del europeo en la misma época.

Ni siquiera la administración del poder central se sostenía con los medios del país; el «situado» mejicano permitía completar los magros recursos del presupuesto local y el pago de los funcionarios públicos.

Por ello la independencia es pacífica, nuevas gentes ocupan el poder, pero los escasos residentes españoles no son molestados, siguen en sus puestos la mayoría de las antiguas autoridades; sólo se expulsa, pagándoles dos meses de sueldo y el pasaje a La Habana, a los escasos funcionarios que se niegan a colaborar con el nuevo régimen y las añejas leyes españolas siguen en vigor hasta muy avanzado el siglo XIX.

El país al poco tiempo acuerda incorporarse a Méjico, aunque no sin hostilidad ni lucha y cuando el imperio de Iturbide decreta el secuestro de los bienes propiedad de españoles tal medida encontrará una decidida resistencia en América Central.

No hubo en ningún momento represalias ni lucha, no existió motivo para ello.

Por ello en esta fecha, ciento cincuenta años después, tanto españoles como centroamericanos podemos felicitarnos sinceramente de una amistad ininterrumpida y de unos vínculos que, a través de la historia, han permitido mantener una fraternal relación y amistad entre nuestros pueblos.

Luis MARIÑAS OTERO

FRANCO EN BURGOS

El Jefe del Estado ha inaugurado en Burgos la segunda central nuclear española, situada en Santa María de Garoña. Se trata de la mayor central de Europa de agua ligera, y se encuentra en el término municipal de Tobalina. En la foto, el Jefe del Estado pone al descubierto la placa conmemorativa del acto de la inauguración.



CONFERENCIA GENERAL DE LA UNION PARLAMENTARIA

Se ha celebrado en París la 59 Conferencia General de la Unión Interparlamentaria, que fue clausurada después de una gran recepción ofrecida por el presidente de la República y el jefe del Gobierno M. Chaban Delmas. De izquierda a derecha, los miembros del Grupo Español que representaron a nuestras Cortes en dicha Conferencia: don Manuel de Aranegui, don Gregorio Marañón y don Angel Campano. La delegación española, que presidió el Conde de Mayalde, estaba integrada por los procuradores señores Aranegui, García Valdecasas, Marañón, Campano, Ibáñez Freire y Martínez Cañavate.





EN BUENOS AIRES

Uno de los primeros actos del nuevo embajador de España en Buenos Aires, don José Sebastián de Erice, ha sido visitar el Instituto Argentino de Cultura Hispánica. Fue recibido por la Junta directiva que preside el doctor Angel Centeno y concurrieron numerosos consejeros honorarios que saludaron al embajador y con él departieron largo rato. En la foto aparecen, en primer término, el doctor Mario Amadeo, ex ministro de Relaciones Exteriores y actual consejero del Instituto, el escritor Jorge Luis Borges, consejero honorario, el embajador señor Erice y el doctor Angel Centeno, presidente del Instituto.



EL PRESIDENTE DE PANAMA EN MADRID

El presidente de la República de Panamá, don Demetrio Basilio Lakas, a su llegada al aeropuerto madrileño de Barajas, donde fue cumplimentado por el director general de Política Exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores, don Fernando Rodríguez Porrero.



EN EL MONASTERIO DE LA RABIDA

Con asistencia de numerosas personalidades españolas y americanas, se ha celebrado en el monasterio de la Rábida el 479 aniversario de la salida de Cristóbal Colón del puerto de Palos. En el transcurso de la conmemoración se entregaron los premios a los ganadores del concurso organizado por «The Columbus Contest». En la fotografía, el embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, mister Robert C. Hill, hace entrega a la señorita Marie Makeene —una de las ganadoras— de una artística carabela, donada por el Ayuntamiento de Palos de la Frontera y la Sociedad Colombina Onubense.

EN TEGUCIGALPA

En la Embajada de España se celebró una brillante recepción para conmemorar la efemérides del 18 de julio. A la misma asistió el doctor Ramón E. Cruz, presidente de la República de Honduras, que aparece en la fotografía acompañado del embajador de España, don Alberto Pascual Villar; le siguen el jefe de Protocolo de la Casa Presidencial, doña Luz Marina de Cruz —esposa del presidente— altas personalidades del país y el personal de la embajada española.



OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO OBJETIVO HISPANICO

EN LA HABANA

El Encargado de Negocios a.i. de España en Cuba, don Juan Torroba Gómez-Acebo, ha recibido de manos del presidente de la Sociedad Cultural «Rosalía de Castro» el título de Socio de Honor de la misma.



EN NIMES (FRANCIA)

El cónsul de España en Nimes, don Javier Rubio hizo entrega de las becas que el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid ha ofrecido a los alumnos de español más destacados del Círculo Nimeño de Estudios Hispánicos. En la fotografía, el señor Rubio rodeado por el señor Nadal, los becarios y el vicepresidente del mencionado Círculo, señor Blancou.





MONUMENTO A BOLIVAR EN VIGO

Presidido por las autoridades locales de Vigo y el alto personal de la Embajada de Venezuela en España, se ha inaugurado un monumento a Bolívar, situado en la avenida de Venezuela, de la ciudad gallega. En la foto, la ofrenda floral ante el monolito recién inaugurado.



EN MONTEVIDEO

Con ocasión de celebrarse la fiesta del 18 de julio, el embajador de España en Uruguay, don Juan Serrat y Valera, ofreció una recepción, a la que asistieron los representantes de la Colonia Española residente en Uruguay. En la fotografía, el señor Serrat y Valera, don Joaquín Muñoz del Castillo y los presidentes de los Centros Españoles de Montevideo.



MIGUEL ANGEL ASTURIAS EN SALAMANCA

En la Universidad de Salamanca se ha celebrado la apertura del segundo ciclo de los cursos de verano para extranjeros. La lección inaugural estuvo a cargo del Premio Nobel guatemalteco, Miguel Angel Asturias, que versó sobre «La novela hispanoamericana como testimonio». Asisten al curso 961 estudiantes de 34 países.



EN SAN JOSE DE COSTA RICA

El embajador de España en Costa Rica, don José Ramón Sobredo entregó el diploma de la Medalla de Oro a la Emigración, a la que se ha hecho acreedora la colonia española establecida en el mencionado país. Recibió la recompensa, de manos del señor Sobredo, el presidente del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, don José Marín Cañas, en el transcurso de la recepción ofrecida en la sede de la Embajada con ocasión de celebrarse la conmemoración del 18 de julio. Momento que recoge la fotografía.



HOMENAJE A ALFONSO CAMIN

EN la librería «Nobel», de Gijón, se ha efectuado un sencillo pero muy elocuente homenaje al poeta don Alfonso Camín, uno de los grandes nombres de las letras asturianas de este siglo. Consistió el homenaje en una exposición antológica de la obra de Camín. Aun dentro de ese carácter de selección, fue muy amplia la muestra presentada, pues Alfonso Camín ha sido, al tiempo que muy inspirado poeta, uno de los más fecundos, de los más laboriosos, aun dentro de la vigorosa generación a que pertenece, y en la que hallamos nombres de tanta entidad en lo cualitativo como en lo cuantitativo, tales los de Rafael Cansinos Assens, Villaespesa, Constantino Cabal, los González Blanco y otros. La obra de Camín no desmerece, ni en número ni en valor, de la de los otros «forzados de la pluma» que brillaron en el momento en que este brioso asturiano libró sus primeras batallas literarias en Madrid, y ya con un nombre se fue a América.

Es de felicitar muy sinceramente a la librería «Nobel» de Gijón por esta iniciativa, que habrá permitido a los jóvenes, a los de la generación presente, aproximarse a la obra de un escritor titánico e incansable. Con todo lo qué hay de Camín recogido en libros, queda mucha labor suya dispersa en páginas de periódicos y revistas, singularmente en las de «Norte», su gran creación mejicana. Es de esperar que tras este «lanzamiento» de Alfonso Camín en su tierra asturiana, a la que ha vuelto después de tantos años de ausencia, pero no de olvido, se produzca alguna edición, sea de obras completas o de una selección de lo que se considere más representativo, para poner al alcance de la generación actual las páginas magníficas de las memorias, de las poesías, del brillante quehacer de Alfonso Camín a lo largo de una infatigable existencia.

EL MUSEO DE AMERICA

(BREVE NOTICIA DE MI MUSEO)

por Carlos Martínez-Barbeito



LE llamo mío porque lo dirijo y sobre todo porque lo amo. Es el Museo de América, de Madrid. Está al comienzo de la Ciudad Universitaria y a inmediaciones del Instituto de Cultura Hispánica. El edificio responde, en general, y salvadas las ideas originales del arquitecto, a lo que se ha convenido en llamar estilo colonial. Los materiales, piedra blanca y ladrillo visto. Aspecto catedralicio, o, al menos, basilical. Una fachada como un retablo. Una escalinata solemne. Y una torre de inspiración barroca que se ve desde todas partes y desde cuya altura se ve casi todo, aunque lo más hermoso que domina es el verdor de la Moncloa y de la Casa de Campo y la línea azulada y blanca del Guadarrama. El verdor más próximo vibra con fuerza y estallido de vida en los meses benignos y pasa luego a un rojo de incendio, a un pardusco de herrumbre y a un amarillo de oro a medida que las estaciones van girando hacia el invierno. Las enormes salas del Museo están cubiertas de bóvedas con nervaduras de vario e ingenioso trazado. La luz blanca y pura de Madrid entra por los ventanales. Todo es claro, abierto, despejado.

En una galería puede recorrerse buena parte del ciclo de las industrias cerámicas y textiles del Perú precolombino. De norte a sur y de lo más remoto en el tiempo a lo más próximo. Piezas representativas de la cultura nazca, de la cultura mochica, de la cultura chimú, de la cultura propiamente inca. Vasijas funerarias de barro cocido y policromado con fino gusto sobre las superficies ya obedientes al rigor geométrico de aceptación universal, ya delirando de formas vivaces que pugnan por representar seres vivos. Vasijas oscuras, de un negro de humo, cuyos volúmenes se abultan o se hunden, se dilatan o se contraen hasta ofrecer imágenes de hombres o de bestias. Vasos ceremoniales de madera policromada, que son los «keros». Tejidos de fibra vegetal y tintes indelebles que permiten imaginar cómo serían en vivo y en moviente las ancestrales indumentarias que no ha podido contemplar «puestas» ningún ojo de los que hoy miran. Y, al fondo de la galería, la majestuosa, la impenetrable, la enigmática cabeza de Viracocha como amparando desde su sueño de piedra los restos del fenecido imperio que aquí hallaron amoroso abrigo.

En una serie de salas hace acto de presencia el otro de los dos grandes y brillantes focos de civilización aborigen de América: el mejicano. Esculturas y relieves mayas y aztecas presentan sus trazos y sus volúmenes significativos, bellísimos e inquietantes. El viejo espíritu de Méjico y de la América Central está aquí y aún parece vivo en sus creaciones artísticas. El códice «Tro-Cortesiano» despliega sus jeroglíficos de fino dibujo y delicado cromatismo sobre las largas tiras de corteza de ficus macerada y pintada, y relata sus historias, sus mitologías y sus descripciones del vivir de un viejo y noble pueblo. Y a continuación, ya dentro de la época hispánica, la cerámica rojiza y abollada de Guadalajara y las figuras de cera, de un pintoresquismo romántico, dan clara idea del pueblo que pululaba hace siglo y medio por las calles y las plazas, las iglesias y los mercados, los jardines y los paseos de la ciudad de Méjico. Y la difícil artesanía que hace de la pluma un mosaico o un tapiz. Y el esplendor de la plata labrada para las mesas o para los altares del poniente barroco, para el bastón de Alcalde de Indias, para el estribo de una virreina o para las mazas de las corporaciones municipales en los solemnes y envarados desfiles. Y los cuadros enconchados, de clara influencia oriental, verdaderos reportajes gráficos en tabla pintada y nácar que narran la vida de Cristo o de la Virgen y, más insistentemente, los episodios de la Conquista. Y los biombos con escenas callejeras y populares. Y las colecciones de pintura religiosa e iconográfica. Y los cuadros de mestizajes donde son descritos, uno por uno, con mención de sus orígenes inmediatos, todos los tipos étnicos que podía encontrarse por la calle cualquier señorón setecentista muy pagado de su limpieza de sangre.

La orfebrería indígena precolombina refulge bajo los dardos de luz que se le asestan en una sala donde asombra el tesoro áureo de los quimbayas, que hoy serían colombianos y donde adornos indumentarios de oro y plata procedentes del Perú y de Costa Rica brillan sobre el terciopelo de las vitrinas. En la gran escalera del Museo está la pintura cuzqueña, limeña y quiteña, con sus vírgenes y sus santos de manto recamado y sus aureolas que despiden luz. Y vírgenes de Guadalupe. Y más cosas entrañables.

Hay en el Museo lugares de menos riqueza y belleza propiamente museales, pero de un vivo interés didáctico. Por ejemplo: rodeada de textos y evocaciones plásticas del Descubrimiento y de los personajes a él ligados, se alza en una vasta terraza abierta al sol, a los vientos y a las arboledas, una tienda de campaña que pretende recordar la que en el campamento de Santa Fe ocupó durante el sitio de Granada la Reina Isabel la Católica, y que bien pudo servir de escenario a la firma de las capitulaciones con Colón. En una amplia sala de la planta baja se muestra de un modo «que entre por los ojos» mucho de lo que España debe a América, y de lo que España hizo en Indias: Universidades, medicina, imprenta, moneda, misiones, expediciones científicas, agricultura, ganadería, leyes... Y, descendiendo aún más escaleras, están los recuerdos —de alto valor etnológico— de otras expediciones científicas: armas, aperos, utensilios, máscaras, canoas, vestidos y adornos, una momia de Paracas y unas cabezas reducidas de indios jíbaros.

Pero el Museo, sin desentenderse, ni mucho menos, de cuanto creó el genio indígena antes de la llegada de los españoles ni de cuanto España hizo durante su presencia viva, dominadora y fecunda en el Nuevo Mundo, empieza ahora a abrirse a la tercera América, es decir, a la América emancipada, vigente y prometedora. Ya está en el Museo el general San Martín, a caballo, modelado por Benlliure y fundido en bronce; y está doblemente representado en otros tantos bustos asimismo de bronce; y está pintado con sus más inmediatos colaboradores en la tela al óleo de un primitivo argentino; y está en una carta escrita de su puño y letra. Está también el gaucho, con toda su plata opulenta, fachendosa y tintineante. Y está el elegante salón porteño del ochocientos. Y el peinetón de carey de Manuelita Rosas. Y van a estar en seguida la cabeza en bronce de Bolívar y mil y un testimonios más, casi todos vivos y sugerentes, de la historia de la América independiente, a la que los españoles nos sentimos tan unidos como a la que fue nuestra.

Y está, gentilmente cedida en depósito por el Instituto de Cultura Hispánica, la más variada y bella muestra del arte popular que ahora mismo se está haciendo en el espinazo de los Andes y en sus dos vertientes, a orillas del Atlántico y del Pacífico, del mar de las Antillas y del Caribe y del golfo de Méjico. Cerámica, tejidos, plumería, vidrio, madera, cestería, cartón, papel, azúcar, máscaras, altares, símbolos religiosos y mágicos, juguetes, objetos utilitarios... todo cuanto crea la imaginación de los pueblos americanos y filipinos, su sentido estético, su carga de cultura autóctona y recibida, su fervor religioso, sus supersticiones, su vena lúdica, sus tradiciones antiguas y nuevas, todo eso está presente en las instalaciones de la Sala de Arte Popular de América y Filipinas, por la que entra en el Museo una bocanada de viento fresco y popular, muy de ayer y muy de hoy, que nos recuerda, cerca de las viejas glorias de indios y españoles, que hay que considerar también lo que al fin y al cabo es última consecuencia de ellas y de su admirable y perenne conjunción en el alma de los americanos de hoy.



Pero el Museo no se está quieto. Se niega a adormecerse en la simple custodia y en la mortecina exhibición de sus tesoros. Crea nuevas salas, enriquece las antiguas, funda asociaciones de amigos de cada una de las salas de éste o de aquel país hasta ahora insuficientemente representado, ofrece conferencias sobre temas americanos dentro del más amplio espectro de especialidades, acoge cursillos y seminarios, organiza conciertos de música culta y popular de América, instala exposiciones, llama a participar de las tareas creacionales del Museo a grupos sociales calificados... Trata, en fin, por todos los medios, de mantener una actividad trepidante para enriquecer sus fondos y para interesar tanto a los investigadores de alta solvencia científica como a los simples estudiantes y colegiales y a la gente del pueblo. En un año ha visto aumentar en un sesenta por ciento el número de visitantes. Es el resultado de una constante labor de atracción y de propaganda, no sólo a través de las propias actividades ya indicadas, sino de su constante e ininterrumpido reflejo en la prensa, en la radio, en la televisión. El Museo de América, «mi museo», empieza a ser conocido por una gran masa de público noblemente curioso y ávido de ilustrarse; y empieza, por lo tanto, a justificar su propia existencia mediante el servicio que presta a la investigación científica y a la cultura popular.

¿Quién quiere ayudarnos? ¿Quién quiere participar, desde afuera y desde dentro, en nuestras tareas? ¿Quién quiere que con sus aportaciones en objetos o en trabajos, «mi Museo» sea también «su Museo», el Museo cuya propiedad ideal se adquiere a cambio de la entrega del corazón?

por Miguel Pérez Ferrero

JUAN CRISTOBAL



EL 19 de septiembre de 1961 en el «Lhardy» madrileño, de la Carrera de San Jerónimo, cargado de historia, se rompió sola, sin que nadie la tocase, una copa. El escultor Juan Cristóbal, Juanito para sus amigos, todos le llamábamos así, y a él le placía, acababa de morir. Había nacido en Ohanes, villa de la provincia de Almería situada en la falda meridional de Sierra Nevada, el 25 de mayo de 1898. Pero era granadino de adopción, porque desde Granada emprendió el camino del arte y de la fama.

Allí fue, a Granada, para valérselas por sí mismo sintiendo que una vocación le empujaba, la cual no obedecía a los designios que sobre su porvenir habían forjado sus progenitores. Llegó pobre y sencillo, dispuesto a pechar con todo el chico, y consiguió entrar en el Centro Artístico de la ciudad. Era un mocete alegre, denodado en el trabajo, que pronto se ganó todas las simpatías. Y, de esa manera, por esas condiciones, las gentes de influencia, los que frecuentaban el Centro, los intelectuales y los personajes respetados en las más elevadas esferas, le empezaron a distinguir con su afecto y a prestarle su apoyo. Averiguaron sus aficiones, que eran las de esculpir, y uno de aquellos personajes, de los de más prestigio por entonces, se dispuso a dispensarle una protección eficaz. Era el político don Natalio Rivas. Don Natalio, pues, se convirtió en su mecenas. Era a la sazón subsecretario de Instrucción Pública y diputado a Cortes por la ciudad. Y en ella le organizó una exposición de sus obras que merecieron el asenso de todos. Había particularmente en los bustos que modelara una exquisita delicadeza, un limpio clasicismo.

El muchacho necesitaba más amplio campo de expansión, y don Natalio, su «ángel tutelar», le llevó a Madrid logrando para él una modesta pensión. Le proporcionó que entrase a trabajar con don Mariano Benlliure, en el culmen de su renombre. Tales fueron los primeros pasos.

Juan Cristóbal, Juanito, no defrauda a sus protectores. Su viveza, su gracia personal, su arte, son los instrumentos de conquista de nuevos amigos, que hacen sobre él los más felices augurios.

En 1918 envía a la Exposición Nacional de Bellas Artes un «torso» y obtiene con esa obra una Segunda Medalla. Es un triunfo. Su primer triunfo, y su nombre comienza a ser repetido en los cenáculos, en los círculos artísticos y literarios. Juan Cristóbal en esos días se multiplica, está en todas partes y sus relaciones se ensanchan. Es desenfadado, ingenioso, tiene el verbo chispeante, y la respuesta oportuna y rápida. Se atraca de lecturas.

Siente una insaciable avidez de libros y de amistades. Y, además, es de una asombrosa independencia. Adopta un modo de vivir a su aire, gustando de la vida como de una fruta jugosa.

Sobre Juan Cristóbal existe un breve y modélico estudio, lleno de penetración en su arte y con sabrosa carga anecdótica, de Fernando Chueca Goitia, escrito y publicado con motivo de la Exposición-Homenaje celebrada en enero de 1965, ya muerto el escultor. Cuando desapareció, tenía sesenta y tres años, y cabía aún esperar de él no pocas obras maestras. Melchor Fernández Almagro dijo: «Era el Donatello de Granada.»

Chueca explica ese parentesco artístico con Donatello. No estaban mal informados sus paisanos, viene a afirmar, cuando apuntaban eso. «Sin embargo —señala— por entonces el joven artista apenas tendría una idea muy clara de quién era Donatello. Fue un caso de afinidad espontánea.» Debería haber ido a Italia y no fue. Tuvo una pensión para trabajar allí y se la gastó alegremente, despreocupadamente, en Madrid. «Luego, sí —añade Chueca— atraído por aquella secreta afinidad, siguió y estudió a Donatello a través de reproducciones, y sobre todo, en el casón del Buen Retiro, viejo museo de reproducciones artísticas, cuya importancia en la formación de la juventud estudiosa no se ha valorado todavía.»

«De inspiración donatellesca —y seguimos con Chueca— son algunas de las mejores obras de Juan Cristóbal: "El torso", "Rafaela", "Cabeza de mujer", obra granadina de 1915; la "cabecita de la señora de César"; un busto femenino en mármol llamado "La Galleguita"; "Puka", cabeza en pórfido, de un sobrio contenido realismo; la "Marquesa de Montemorana", y tantas otras obras que pueden ser fechadas en su conjunto entre 1915 y 1929.»

En 1922 gana su Primera Medalla en la exposición Nacional con «La Noche». Y esa obra admirable le da el espaldarazo definitivo.

En plena juventud, ventitrés años, Juan Cristóbal, Juanito, es un consagrado. Un maestro.

No pretendemos hacer un estudio de la escultura de Juan Cristóbal. Sólo hemos querido tomar estos antecedentes de opinión autorizada, aunque todavía recojamos palabras de Bernardino de Pantorba, porque merece la pena de evocarlas: «Juan Cristóbal es un escultor de su tiempo; mira al modelo con ojos propios, pero recoge en la realización las enseñanzas extraídas de los grandes escultores de ayer. Como ellos, como el glorioso Donatello especialmente, sabe unir la fuerza y la delicadeza, la gracia y la solidez, el poder expresivo y el valor formal.

Busca siempre un equilibrio armonioso, y aún en sus esculturas menos serenas no llega al punto reprobable de la violencia melodramática. Su primera obra de empuje, el "Torso femenino" que le valió la Segunda Medalla, tiene todo el sabor de un fragmento clásico.»

Y basta de citas. Ahora contribuiremos nosotros con nuestra propia visión del personaje. La primera vez que visitamos su estudio de la calle de Londres, la admiración se apoderó de nuestro ánimo. Allí tenía unos bustos asombrosos: los de Pedro Rico, la marquesa de Villagonzalo, Isabel Berdegué, Menéndez Pidal, Domingo Ortega, Pérez Tabernero, duquesa de Lécera, y otros. ¿Para qué continuar?

Como ser humano era Juan Cristóbal insólito. Menudo más bien, parecía del acero mejor templado. Se diría un malabarista del tiempo, porque disponía de tiempo para todo; para su expansión y para su trabajo. Había quemado horas y horas en las tertulias de otros días con Valle-Inclán, Anselmo Miguel Nieto, el doctor Salvador Pascual, y otros amigos que rodeaban al gran don Ramón «de las barbas de chivo», como luego las quemara en «Lhardy» en nuestras reuniones del aperitivo de la noche para después ir de cena, y terminar al despuntar el amanecer. Por «Lhardy» aparecía Julio Camba e iban Domingo Ortega, los Berdegué, Chueca Goitia y su esposa, José Bello (Pepín para todos), Alfonso Buñuel, hermano del universal realizador de cine, muerto prematura y dolorosamente. Y tantos y tantos otros, así como Aladren, hermano del también escultor muerto joven, y que se hizo inseparable de Juan.

En «Lhardy», lleno de euforia, Juan Cristóbal levantaba su copa, esa copa que se rompió sola y decía: «¡Bebamos!».

Díaz-Cañabate ha contado los momentos de la tertulia con Zuloaga, y las cenas después de posar para el pintor, Domingo Ortega, que se celebraban en Casa de Ciriaco, de la calle Mayor, que todos frecuentábamos, y narra las intervenciones chispeantes del escultor en la reunión.

Más tarde recibió Juan Cristóbal el encargo de hacer para Burgos la estatua ecuestre del Cid. Se puso al trabajo. Acumuló estampas y croquis de caballos. Quería que el suyo fuese excepcional. La estatua estaba en barro, alzada. Rodrigo Díaz de Vivar en su montura. Algunos escribimos artículos sobre ella. Y nosotros uno. Lo habíamos enviado al periódico «Informaciones» donde, bajo la dirección de Francisco Lucientes, colaborábamos, cuando nos enteramos de que la estatua se había venido abajo.

Le dijimos en Lhardy que íbamos a llamar para que el artículo no viese la luz. Nos lo impidió. «Déjalo, la estatua estará en planta de nuevo muy pronto.» Y el artículo apareció. No hubo accidente. Juan Cristóbal, descontento, la destruyó una madrugada, de vuelta a su estudio. La rehízo por entero. Y es la la que se halla plantada en Burgos.

Esa estatua le proporcionó el encargo de la de Trujillo, que no llegó a realizar. Viajó a Santo Domingo. Permaneció allí tiempo. Percibió buenos dólares. Volvió renovado de vitalidad y entusiasmo. Su gracia se mantenía vivaz, inagotable. Sus noches se prolongaban de nuevo hasta la madrugada. Era el optimista de siempre, y no le daba importancia a su nueva pingüe situación.

Para Juan Cristóbal el día no tenía horas, y la noche aún menos todavía. Ya lo poseía todo, o casi todo: alegría y bienestar, holgura absoluta.

La lista de los amigos de Juan Cristóbal es la de los hombres más descollantes de los años que vivió desde su amanecer artístico en Granada hasta su final. Le habían querido y admirado los que se fueron yendo para siempre; le querían y admiraban los que permanecían. De esos nombres entresacaríamos a Falla, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Enrique de Mesa, José Ortega y Gasset, el doctor Sacristán, Melchor Fernández Almagro, Antonio Díaz-Cañabate, sin olvidar a Unamuno, Baroja, y Ramón y Cajal. Y tantos y tantos más cuya lista sería interminable.

La guerra española la pasó en Madrid Juan Cristóbal, encerrado casi todo el tiempo en su estudio de la calle de Londres. Después de la guerra, Juan Cristóbal reapareció, trabajó en su estudio, pero no expuso ninguna obra suya al público. Eso no le interesaba ya lo más mínimo. Vivía y trabajaba para sí, y para los encargos que recibía. Cuando no iba por «Lhardy» reunía a los íntimos en el estudio. Allí también se bebía vino y se charlaba por los codos. Muchas noches Juan Cristóbal se quedaba en ese estudio a dormir.

A su nombre nada podía añadirle hacer cualquier exposición. Tenía el suficiente. Era popular, estaba sobradamente consagrado.

La muerte, sin embargo le acechaba. A todos nos cayó como de improviso. Los últimos tiempos se cuidaba, aunque creemos que ya tardíamente. Se retiraba, si había salido a cenar, más temprano. Iba en su automóvil, que él conducía.

Y llegó el día en que esa copa, a la que antes aludimos, se rompió en «Lhardy», sola, sin que nadie la tocase.

En enero de 1965 se hizo la referida Exposición-Homenaje, en la sala de exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes patrocinada por un grupo de sus admiradores y amigos. Y para el catálogo de aquella exposición hizo el admirable estudio del que hemos hablado Fernando Chueca Goitia, el gran arquitecto, y en la arquitectura artista, y crítico impar.

¿Estaba todo hecho? Eduardo Vicente y nosotros pensamos que no. En la taberna de Ciriaco, de la calle Mayor tan frecuentada por Juan Cristóbal había una lápida consagrada a Zuloaga que también había solido ir a cenar a ella, y que estaba a cuatro pasos de su estudio de Las Vistillas. En esa taberna el pintor había hecho su última cena, y en la lápida así se consignaba, se consigna, porque la lápida está en su sitio. Eduardo Vicente y nosotros pensamos que frente por frente debería colocarse otra en recuerdo de Juan Cristóbal. La hicimos con unos ladrillos, cuatro, ladrillos blancos y ensamblados, en los que Eduardo Vicente, con su mano maestra y su dibujo inigualable, hizo resaltar una pintura carmín que representa precisamente la portada del establecimiento con un típico farol callejero, de los antiguos, a un costado; y, cruzando la pintura, hay unas palabras que nosotros redactamos, y dicen: «A esta taberna madrileña acudió durante años a cenar el admirable e inolvidable escultor Juan Cristóbal, granadino universal engastado en Madrid.» Habíamos cumplido nuestro deseo de ese mano a mano entre el gran pintor y el gran escultor, amigos en la vida y ahora juntos en ese recuerdo después de la muerte.

Eduardo Vicente tardó muy poco en abandonarnos asimismo.

Tras inaugurar nuestra pequeña lápida de Juan Cristóbal escribimos, para dar cuenta de ello —e igualmente escribió Miguel Utrillo en «La Vanguardia» de Barcelona— ya que lo habíamos hecho sin solemnidad alguna, un breve artículo periodístico. Y hacia el final del mismo recogíamos lo que representaba el escultor para Ramón Pérez de Ayala.

Era, para el gran Ayala, «como un artista florentino». Y, en efecto, sus bustos, sobre todo, poseen una delicadeza y una belleza incomparables y constituyen hoy una galería extraordinaria de hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y además, añadíamos, su figura, sus dichos ingeniosos, su comunicativa alegría, era como una luz de amistad y de optimismo en los lugares que favorecía con su presencia y para cuantos le conocieron.



BURGOS, EN UNA NUEVA DIMENSION

LA década de los años 70 será —lo está siendo ya— la del definitivo lanzamiento industrial de España. El tercer Plan de Desarrollo, cuyo anteproyecto acaba de aprobar el Gobierno, constituye una prueba de mejoras económicas difícilmente imaginables hace sólo quince o veinte años.

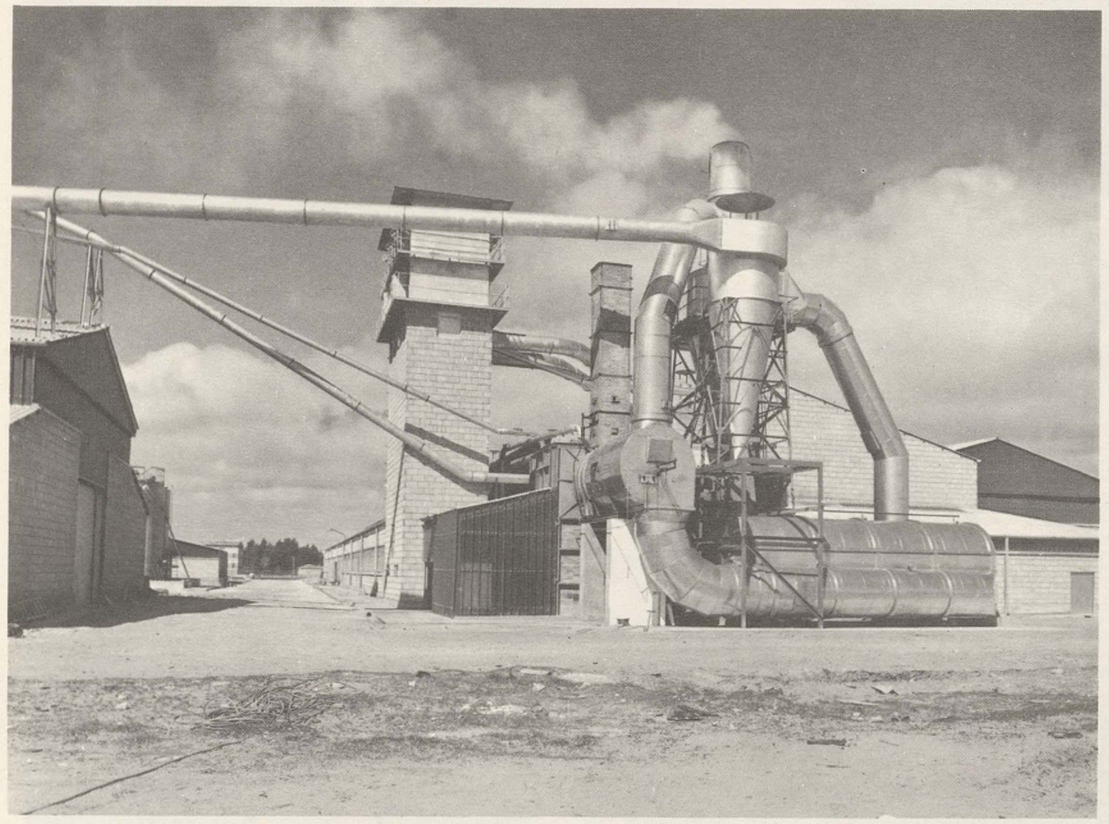
La provincia de Burgos, cargada de historia y de arte, no puede ser ajena a la industrialización. Como es sabido, una de las modalidades de los planes de expansión económica de España consiste en el establecimiento de los llamados «Polos de Desarrollo», que constituyen algo así como unas grandes zonas de descentralización económica, para vigorizar —y en algunos casos crear— la economía de una región, de una provincia o de una comarca.

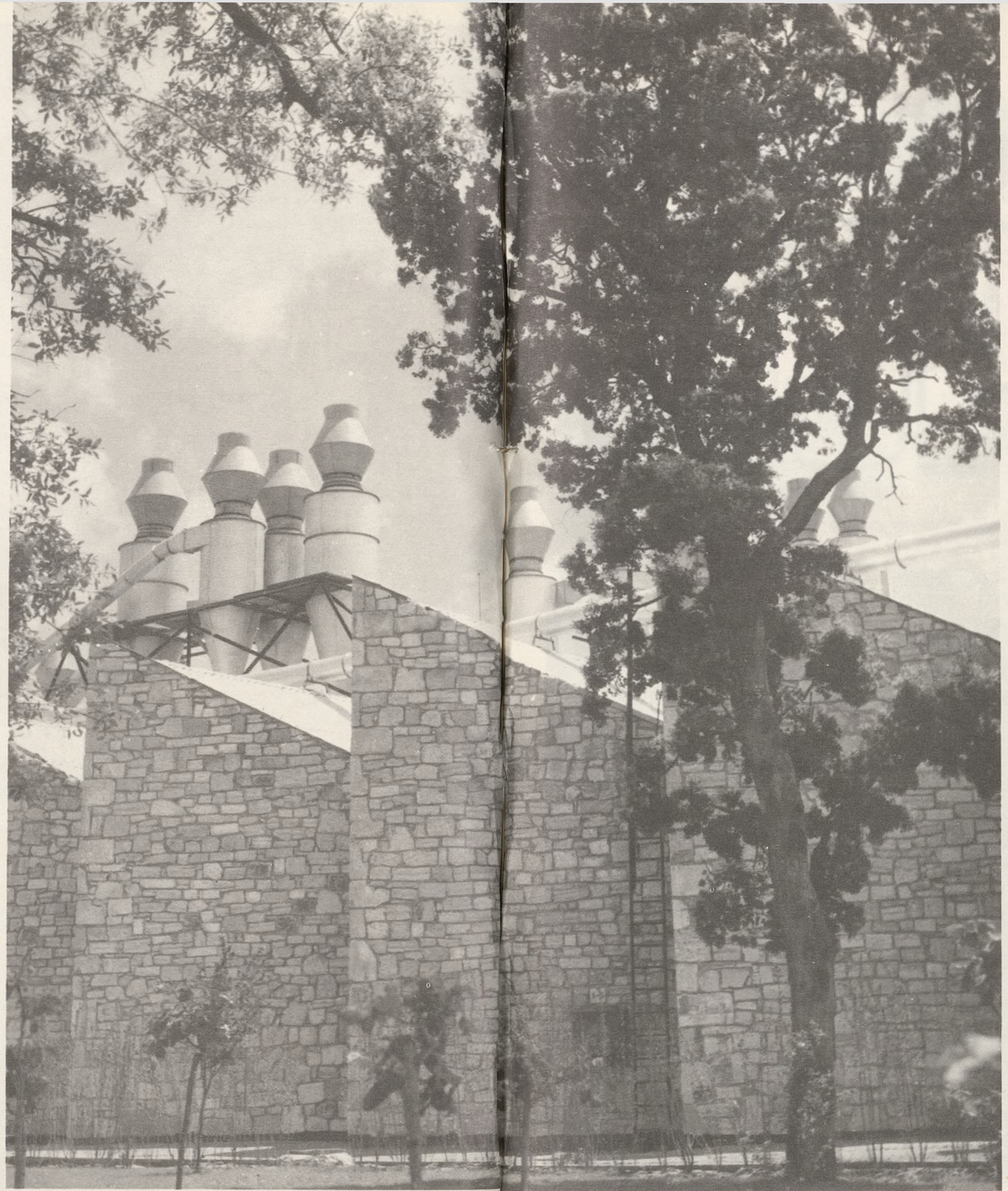
Desde 1964, el Polo de Desarrollo de Burgos ha supuesto una nueva dimensión para la capital y la provincia y ha podido calificarse como una de las inversiones más rentables de la Administración española en los últimos años.

Bajo estas líneas, Taglasa. A la derecha, otra vista del mismo complejo y la fachada de Cañamás.

BURGOS, EN UNA NUEVA DIMENSION

SU POLO DE DESARROLLO, UNA DE LAS INVERSIONES MAS RENTABLES EN LOS ULTIMOS AÑOS.







GRAN ATRACCION PARA LA INICIATIVA PRIVADA

Según declaraciones de sus responsables, el Polo ha tenido gran atracción para la iniciativa privada desde sus comienzos y esta atracción sigue con la misma intensidad: al primer concurso, convocado en 1964, se presentaron solicitudes con una inversión de 8.700 millones de pesetas; al concurso cerrado el pasado 15 de mayo se presentaron solicitudes con una inversión de casi 8.200 millones. Las cifras de inversión que posteriormente se aprueben ya no dependen en absoluto de la atracción de Burgos, sino del interés sectorial que, a juicio del Ministerio de Industria, tengan los proyectos presentados. En estos momentos, Burgos entero espera con verdadera ansiedad que se apruebe una solicitud que representaría una inversión de 2.000 millones de pesetas y la creación de casi mil puestos de trabajo y que ha sido presentada por una firma de primera línea en el mundo.

Y se añade: Burgos, por su propia naturaleza, es un auténtico polo: cuenta con recursos humanos suficientes, tiene una situación geográfica privilegiada, pues se encuentra próximo a los centros de suministro de materias primas y a los más importantes centros consumidores (excepto el catalán) de la nación; las comunicaciones son inmejorables y las condiciones naturales de Burgos son óptimas, permitiendo el acondicionamiento de la infraestructura necesaria para el impulso industrial a un coste relativamente reducido.

8.000 PUESTOS DE TRABAJO

Según ha afirmado el gerente del Polo de Desarrollo de Burgos, la salud de las empresas que lo comprenden es plenamente satisfactorio. He aquí algunas precisiones sobre este tema: Según datos referidos al 31 de marzo del presente año, son veintidós empresas las que han superado, alguna de forma considerable, el número de puestos de trabajo aprobados en su día y veintiocho las que han rebasado la inversión. Otras varias están a punto de alcanzar las metas previstas y otras, por fin, aprobadas recientemente, tanto en el caso de nuevas empresas como de ampliaciones, que no han tenido siquiera tiempo material de comenzar sus realizaciones.

Como complemento y aclaración de lo anterior, de los 12.000 millones de pesetas, aproximadamente, de inversión aprobada y vigente, se han invertido realmente casi 7.000 millones y de los 12.000 puestos de trabajo aprobados y vigentes se han ocupado ya realmente unos 8.000. Teniendo en cuenta que una sola empresa de las que aún no han comenzado sus actividades tiene programada una inversión de 2.000 millones de pesetas, con la creación de casi mil puestos de trabajo, comprenderemos mejor las cifras aprobadas y las ya realizadas.

Siguiendo siempre la misma fuente, puede afirmarse que el verdadero despegue de Burgos se produjo en los años 1968 y 1969, ya que con anterioridad aún los frutos del «Polo» eran escasos como consecuencia del corto espacio de tiempo transcurrido. Manejando la estadística puede afirmarse que Burgos ocupaba en el año 1964 el puesto trigesimoprimero entre las provincias españolas en cuanto a producción neta.

En lo que se refiere a la renta por habitante, Burgos pasó del decimoctavo lugar en 1964, con una renta inferior a la media nacional, al decimosexto, en 1967, superando la media nacional. Este dato no es ni más ni menos que el cociente de una división cuyo dividendo son los ingresos provinciales y cuyo divisor es el número de habitantes. Dicho cociente, pues, puede aumentar no sólo por el incremento de los ingresos provinciales —que realmente aumentaron— sino también por la disminución de la población provincial, lo que asimismo también ocurrió. Es decir, ha aumentado la renta a repartir en el período 1964-1967, pero es que, además, disminuyó el número de cabezas a repartir. Mientras el producto nacional aumentaba en el período citado un 47,3 por ciento, el producto provincial sólo se incrementó en el 38,4 por ciento. La renta por habitante en Burgos en 1967 si bien era un 96 por ciento, superior a la de la última provincia en el escalafón (Jaén) también era sólo el 67 por ciento de la situada en primer lugar (Madrid).

En cuanto a la población activa, si nos atenemos al porcentaje de población ocupada en la provincia, que en 1964 era el 46,7 por ciento de la población total —ocupando por este porcentaje el puesto quinto entre las provincias españolas— realmente puede indicarse que ese índice, lejos de calificar a Burgos como zona subdesarrollada, la colocaba en primera línea de desarrollo. En 1967, el porcentaje de población ocupada había ascendido al 48,6 por ciento, situando a Burgos este porcentaje en primer lugar entre las provincias españolas, cuya media en ese año fue del 40 por ciento. Mientras en el período 1964-1967 descendió la población activa en veinticinco provincias, en la de Burgos se tuvo un aumento del 0,1 por ciento, prácticamente inapreciable, pero aumento en definitiva. Naturalmente, los datos anteriores, por lo que a Burgos se refiere, si bien no permiten hacerlos coincidir con el calificativo de provincia desarrollada, sí indican el elevado contingente de personas en edad de trabajar con que contamos, base imprescindible para lograr un elevado desarrollo.

LA CIUDAD

El Polo de Burgos afecta también a la ciudad. Los periodistas que se han ocupado de estos temas registran la enorme diferencia entre el Burgos de hace diez años y el actual,



Controles automáticos, Abajo, Campofrío.



especialmente en lo que se refiere al dinamismo en la calle, en los establecimientos y, en general, en todas las actividades cotidianas. La cabeza de Castilla vuelve por sus fueros y la población ha aumentado, desde 1964, en más del 60 por ciento, pasando de 80.000 habitantes a unos 130.000.

Según ha declarado el alcalde de la ciudad don Fernando Dancausa de Miguel, sin el estímulo del Polo, Burgos seguiría siendo hoy una pequeña ciudad de pobre economía agrícola y mercantil. Ahora, el propio alcalde ha resumido así la situación:

«Aparte de los dos polígonos industriales y la nueva conducción general del abastecimiento de aguas y obras complementarias, en lo que nos ha ayudado el Estado, tenemos piscinas municipales, que constituyen un complejo acuático-deportivo modelo en su género; polígono docente en el que se asientan, entre otras, las Escuelas de Arquitectos Técnicos, en ejecución de obras, y de Ingenieros Técnicos de Obras Públicas y la de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos; Casa de la Cultura, ya en avanzada fase de construcción, con ayuda de la Diputación y del Estado; nuevo campo de deportes y nueva plaza de toros; nueva estación de autobuses urbanos, en construcción; museo municipal de pintura Marceliano Santa María; nuevo mercado de abastos, etc.»

Multiplicación de obligaciones municipales, pero, en definitiva, detalle revelador del salto dado por la ciudad. A cerca de dos mil millones de pesetas ascienden hoy los presupuestos, ordinarios y extraordinarios, del Ayuntamiento. Atención municipal al Polo y apertura y pavimentación de nuevas vías, alumbrado público, tareas artísticas...

Naturalmente, toda esta expansión crea nuevos problemas y la radical transformación de la ciudad en estos últimos años produce inquietudes y desvelos a sus autoridades. El agua y la enseñanza plantean los dos problemas más urgentes.

Finalmente, he aquí un resumen del renacimiento industrial de la vieja ciudad castellana, tomado de un reciente número de un diario madrileño:

«Se encuentran funcionando sesenta y nueve fábricas y diez centros de enseñanza; en construcción, ocho fábricas y un centro de enseñanza; y a punto de comenzar las obras de diez fábricas y ocho centros. La inversión se eleva ya a 5.897 millones de pesetas, y los puestos de trabajo ocupados alcanzan la cifra de 7.457. Cuando todos los proyectos actualmente aprobados se hayan concluido, la inversión superará los 10.000 millones de pesetas, y los puestos de trabajo ocupados superarán los 11.000. Cifras que se verán incrementadas con los nuevos proyectos que pueden aprobarse en los concursos que se convoquen hasta el 31 de diciembre de 1973, fecha límite de vigencia de los beneficios para este Polo.»

M. C. H.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

ACTUALIDAD • REALIZACIONES • PROYECTOS

12 DE OCTUBRE EN BURGOS: la unidad de origen y de destino

La selección de la ciudad de Burgos para celebrar en ella este año las fiestas del Descubrimiento permite glosar en un mismo comentario la efemérides del 12 de Octubre, y la evocación del milenario de la muerte de Fernán González, el Conde de Castilla por excelencia.

La historia de los pueblos hispánicos es una. Interesa tanto al hombre de la América Hispana el conocimiento de la historia española, aun en sus más antiguas manifestaciones, como el conocimiento de su historia nacional. Dado que no hubo para las gentes del Nuevo Mundo una conducta —en lo bueno y en lo defectuoso— que no fuese la misma que regía para los hijos de España en su tierra propia, a la hora en que se entregó el legado de la cultura, y de la sangre, se estaba entregando también el legado íntegro de la historia vivida y hecha hasta entonces en España y por España.

Fernán González es una cifra del esfuerzo titánico de los españoles de la Edad Media por darle forma propia, personalidad y sentido a España. En ese instante maravilloso de la historia en que Castilla va a dejar de ser «una pequeña alcaldía» para elevarse paso a paso, batalla a batalla y ley a ley, hasta ser baluarte y corazón de España, aparece la figura de Fernán González. Es un hombre nacido para ser caudillo de una gran causa. Antes de colonizar América, los españoles tuvieron que colonizar la propia España, reconquistando las tierras que ocupaba el invasor. La «presura» de la Edad Media española es un antecedente de la «posesión, mora y laboreo» de las tierras americanas en el siglo XVI. Fernán González ayuda como pocos a transformar las Bardulias en Castilla. Hay en el valeroso afán de toda su vida un anuncio de aquella grandeza de los españoles —guerreros, misioneros, labradores, maestros— que transformaron las tierras selváticas de América en cunas de ciudades que hoy son maravilla del mundo. Cuando se lee sobre la creación de Castilla bajo Fernán González y los otros condes buenos, y se siente el germinar de Castilla en unas aldehuelas paupérrimas, desoladas por la guerra, parece estar leyendo sobre la fundación de ciudades en América, y se palpa el paralelismo entre un empeño y otro. Asistimos al nacimiento de Buenos Aires, o de Bogotá, o de Quito, o de Asunción, o de Santo Domingo, con la misma emoción con que se asiste a la repoblación de los valles superiores del Ebro en el siglo XI. La «Castella Vetula» vale por la primera fundación de Buenos Aires o por la creación del primer municipio en América. Porque también fueron alcaldes antes que reyes los gobernantes primeros de Castilla: «Todos los castellanos en uno se juntaron, / dos omnes de grand guisa por alcaldes alzaron». Y se piensa en Hernán Cortés, primer alcalde de Santiago de Cuba; y se comprende que la historia de España y de América es, desde los siglos y para los siglos, una y la misma.

Por si todo esto fuera poco, aquí está la ciudad de Burgos. Pesa mucho en la historia de España, y pesa mucho en la historia del Nuevo Mundo. No se puede hablar de la creación de España, de Fernán González, del Cid, de la Reconquista, sin mencionar a Burgos como a un sitio de médula y de centro. Y no se puede hablar de la creación de América sin mencionar las Leyes de Indias, encabezadas por las prodigiosas Leyes de Burgos.

En esta ciudad tuvo América su verdadera capital de justicia durante mucho tiempo. Burgos era el centro del Consejo de Indias, el resonador de las quejas y de las solicitudes, la meta de cuantos tenían algo importante que decir o que hacer en favor de América. Fue en Burgos donde el Emperador se hizo cuestión de sus derechos a la conquista del Nuevo Mundo, y a punto estuvo de abandonar la empresa por repulgos de conciencia. Burgos se convirtió así en el centro máximo de la vida americana en España, y allí fueron los debates ardientes, y las arrebatadas polémicas sobre el indio y sus derechos, y de Burgos salieron las pragmáticas que hicieron de la obra española en el Nuevo Mundo un modelo de organización, de justicia y de cultura. Es una fortuna que este 12 de Octubre podamos reunirnos en Burgos cuantos amamos la realidad, el hecho indestructible que es la unidad histórica de España y las naciones del Nuevo Mundo. No hay anacronismo ni exceso de invención historicista en lo de unir los nombres de Isabel y de Fernando, de Colón y de Cortés, con el nombre milenario de Fernán González. Todo vino de la simiente cristiana salvada en España, para Occidente, para Europa, en unos reductos heroicos y tenaces, por unos hombres que hoy parecen fantásticos, y fueron sin embargo héroes de carne y hueso, padres de aquellos que conocieron ya los nativos de América.

A la luz de la maravillosa ciudad de Burgos, al calor de historia viva que exudan sus piedras, este 12 de Octubre de 1971 será vivido con total intensidad, con autenticidad insuperable. Bien está que en Burgos reavivemos el culto imperecedero.

SESQUICENTENARIO DE LA EMANCIPACION PERUANA

El Perú está viviendo este año unas fiestas excepcionales. Son las que celebra por el Sesquicentenario de la Emancipación. En esas fiestas no podía faltar y no ha faltado la presencia activa y afectuosa de España. El embajador en Lima, don Manuel Alabart, ha sabido estar en cuerpo y alma en cuantas manifestaciones de júbilo se han producido allí por la mayoría edad histórica que se alcanzara en 1821. Pero el Gobierno español, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores y de otros altos organismos del Estado, no ha querido que esa presencia española en las fiestas quedase reducida a la compañía afectuosa del embajador y a las palabras que son de ritual en estas ocasiones. La compenetración española con el Perú en esta ocasión singular se ha manifestado en hechos concretos, muy prácticos y valiosos, como pertenecientes al reino de la cultura. Para mostrar con hechos relevantes la participación española en las fiestas, se realizó lo siguiente: Restauración, a cargo de España, de la maravillosa portada de la Universidad de San Marcos de Lima, una de las glorias de la cultura y del arte hispanoamericanos; entrega de una gran biblioteca, con un fondo inicial de dieciocho mil volúmenes, para la mencionada Universidad, y envío de una misión científica, compuesta de historiadores, arqueólogos y arquitectos, para rescatar el tesoro precolombino de Cinchillo. Ya esa misión ha cumplido a plenitud su objetivo, y el Perú cuenta de nuevo con el tesoro arqueológico de aquella zona.

Este fue el modo de hacerse presente España en las fiestas del Sesquicentenario. Una modesta placa conmemorativa quedó colocada en las venerables paredes de la Universidad de San Marcos. Dice el texto: «España / Fundadora de la / Universidad de San Marcos en 1551 / Restauró la fachada de este / edificio en 1971, y la entregó a la / Nación Peruana / En el Sesquicentenario de su / Emancipación / Lima, Junio de 1971». Nada más.

EL PRESIDENTE STROESSNER EN EL 434 ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD CAPITAL

Con motivo de festejarse en Asunción, la bella capital del Paraguay, el 434 aniversario de la fundación por Juan de Salazar y Espinosa, se celebraron numerosos actos, llenos todos del patriotismo y de la caballerosidad que son proverbiales en la gente paraguaya. En uno de esos actos, el presidente de la nación, el excelentísimo señor general don Alfredo Stroessner, pronunció un importantísimo discurso ante los periodistas, para agradecer el homenaje que se le tributaba con un banquete, al que asistiera la flor y nata de la intelectualidad del Paraguay. Dada la belleza de los conceptos y la reciedumbre del pensamiento expuesto por el señor presidente Stroessner en torno a su tema de importancia capital como es el del periodismo, pasamos a reproducir íntegramente su mensaje. Dijo el general Stroessner:

«Señores periodistas: Es honroso para mí estar con los periodistas en un acto de hondo fervor y sincera alegría, con motivo de un nuevo aniversario de la fundación de la Ciudad Capital de la República. En la celebración de tan memorable acontecimiento, el pueblo paraguayo sigue su marcha ascendente en la búsqueda afanosa de su felicidad, celoso de sus instituciones republicanas y democráticas, de su paz, de su justicia y de su progreso.

Mi Gobierno se honra en sumar su adhesión a este homenaje rendido a la ciudad Comunera de las Indias, Madre de Ciudades, centro poderoso de irradiación civilizadora en esta parte del mundo. El capitán Juan de Salazar y Espinosa llegó a estas tierras para fundar la ciudad que estaba llamada a ser amparo y reparo de la Conquista trayendo en su corazón y en su mente la imagen de España ennoblecida por nuestra religión cristiana y lengua que quedarían incorporadas a nuestro acervo espiritual y cultural para dignificar y honrar nuestras tradiciones y costumbres. Desde aquellos relevantes días de la historia y trascendental fundación, el nombre del noble e intrépido capitán hispánico ha quedado grabado en el alma de nuestro pueblo con perdurable y pura expresión de gratitud. De Asunción partieron expediciones que unieron en un solo espíritu y en una sola voluntad a españoles y guaraníes para fundar otras ciudades constituidas en luminosos ejemplos de una señera vocación de progreso. En 1554 fue fundada Ontiveros en la zona donde están ubicados los Saltos del Guairá. En 1561 fue fundada Nueva Asunción o La Barranca, origen de Santa Cruz de la Sierra. En 1570 fue fundada Villa Rica del Espíritu Santo. La fundación de Santa Fe quedó concretada en 1573 y la de Santiago de Xerez en 1579. También de Asunción partieron quienes darían vida a Concepción del Bermejo y fue de aquí que salieron los que llevaban la gran misión de refundar Buenos Aires, acontecimiento que se registró el 11 de junio de 1580, con el capitán español Juan de Garay, veinte españoles y cincuenta y seis mocetones del Paraguay, y en 1587 fue fundada la ciudad de Vera de las Siete Corrientes.»

FIRMEZA DE LA DEMOCRACIA PARAGUAYA

«Constituye un privilegio de mi vida poder proclamar la firmeza de la democracia paraguaya, en esta hora de América. La política que realizamos es la del trabajo constructivo. Hay plena conciencia sobre la continuidad ininterrumpida del esfuerzo del pueblo hacia sus mejores destinos y reiteramos que somos respetuosos de nuestras heroicas tradiciones y convencidos de la capacidad del hombre de nuestra tierra para transitar por su propio camino con férrea voluntad.

El progresivo desenvolvimiento de nuestras posibilidades espirituales y materiales está señalando que nos encontramos por encima del escepticismo que corroe las entrañas de unos pocos ciudadanos cuyas nucleaciones políticas están plagadas de sectarismo pasional.

El Paraguay desempeña su papel en América, con altura, respeto, orden y dignidad. Nuestra democracia es base y factor de ordenamiento institucional y no de peligrosas fluctuaciones, que sólo desorientan y confunden a las masas ciudadanas impregnándolas de visiones pesimistas con relación al porvenir.

Estamos por encima de los odios estériles. La voz cristalina de los manes de la nacionalidad orientaron y orientan el alma paraguaya.

En nuestra política interna e internacional no hay secretos ni premuras angustiosas. Cuando sentimos que es preciso un cambio o transformación estructural, lo realizamos de acuerdo con la Constitución y las Leyes. De este tipo pacifista es nuestra revolución. Para alcanzar nuestros supremos objetivos nacionales nos consideramos afortunados cuando nuestras obras tienen eco clamoroso en el espíritu del pueblo.

A pesar de las amenazas extrañas a nuestra democracia, sentimos en nuestros corazones el estímulo de una nación en plena marcha, sobre la base inconmovible de la paz. El amor del pueblo se manifiesta en forma natural y espontánea a lo largo y a lo ancho de la República sin más inquietudes que de aquellas destinadas a preservar la paz y el progreso. Desarrollamos la política del dinamismo, para que el genio de la raza tenga oportunidad de desplegar su hermosa gama de recursos, rica en energía creadora y capacitada para las más excelsas demostraciones de heroísmo.»

LA PRENSA TIENE UNA INMENSA RESPONSABILIDAD

«La prensa en general, oral, escrita y televisada, tiene en el mundo moderno una inmensa responsabilidad. La comunicación influye en el sistema social.

Nadie debe creer que la sabiduría consiste en socavar la dignidad con la pretensión de desvirtuar los hechos a través del lenguaje panfletario, antipatriótico, negativo e irreverente para con los héroes de la patria. El periodista que se aparte de la ética, el que está al servicio de la prensa amarilla, no puede ser obrero de la grandeza nacional. Los periodistas sinceros verifican y estimulan los adelantos en nuestras reformas, evitando los enfrentamientos infecundos y peligrosos que tanto daño causaron en el pasado al país y a su desarrollo.

El prestigio de la prensa depende de la seriedad y veracidad de sus informaciones y de sus orientaciones. Cabe agregar que ningún periodista debe deformar sus crónicas ni falsear su conducta frente a la sociedad. Cada acontecimiento que es noticia debe promover un concepto constructivo. Lo que es corrosivo y malevolente en la pluma de un periodista o en la palabra de un comentarista suele provocar catástrofes políticas. Cada frase escrita o pronunciada ante un micrófono o en la televisión debe ser un mensaje de optimismo para el pueblo. El pensamiento de un periodista o escritor debe propender a enseñar y no a subvertir las conciencias de los lectores o de los oyentes.

Evocamos con reverencia la figura patricia de don Carlos Antonio López, padre del periodismo nacional y artífice de la grandeza de Paraguay.

Los periodistas deben ser fieles a la idea de la Patria y en sus corazones debe arder con brillo, el fulgor de la nacionalidad para prestigiar a la tierra noble y heroica que nos vio nacer.

Para expresar una idea es preciso contar con un vocabulario adecuado y éste debe ser claro para los lectores que buscan en los periódicos una fuente de orientación para sus reflexiones y meditaciones, frente a los sucesos internos e internacionales.»

CONTAMOS CON EL IMPULSO DEL PATRIOTISMO

«Sois testigos, señores periodistas, del resurgimiento nacional. En esta histórica empresa estamos volcando nuestro más decidido esfuerzo, porque contamos con el impulso del patriotismo y con el fervor del pueblo que nos apoya y nos estimula con la sinceridad de su palabra y con la adhesión de su propio trabajo que se pone a tono con el febril ritmo de los quehaceres constructivos que están transformando la fisonomía de la República del Paraguay.

Esa evolución tiene su sólido basamento en la paz que es una conquista legítima de la nación que nada ni nadie podrá arrebatarle para provocar su retroceso, para retornar a las tortosas épocas del caos y de la anarquía, para anular su mentalidad progresista y cambiar su ideología nacionalista y democrática por los ignominiosos engaños de un orden social y político basado en la opresión y en la negación de la dignidad humana.

Señores periodistas: En esta grata y calificada reunión en que festejamos el 434º aniversario de la fundación de nuestra Ciudad Capital, Nuestra Señora Santa María de la Asunción, rendimos nuestro homenaje a los ilustres hijos de la Madre Patria que, a orillas del río epónimo, hallaron este hermoso y atractivo lugar en donde florecen los lapachos y que hoy es cabeza de una nación pujante de hombres valientes y subyugantes mujeres.

Saludo con cordial simpatía a los excelentísimos diplomáticos, dignos representantes de países amigos y expreso mi profundo agradecimiento por esta demostración de afecto que en mi persona rinden a la ciudad de Asunción las distinguidas personalidades, damas y caballeros, nacionales y extranjeras que realzan con su presencia este acto de hondo significado, evocador e histórico.»

LA NO REDUCCION DE LA AYUDA EXTERIOR U.S.A.: UNA VICTORIA MORAL DE IBEROAMERICA

LAS medidas proteccionistas adoptadas por el presidente Nixon el pasado mes de agosto produjeron en Iberoamérica una reacción de viva angustia económica. Al mismo tiempo que se anunciaba la creación de un arancel del 10% a las importaciones norteamericanas, lo que equivalía a gravar las exportaciones de Iberoamérica en una proporción infinitamente mayor, se daba a conocer que el presidente incluía al hemisferio en la reducción del 10% en los gastos de ayuda exterior de Norteamérica.

Conviene recordar que cuando se habla de «ayuda exterior» en Norteamérica no se está hablando en rigor de ayuda caritativa. Se trata de un vasto programa, tipo «Plan Marshall», con el cual, ayudando a determinados planes de producción y de comercio en los países escogidos, se está ayudando, subsidiando prácticamente, esta o aquella producción norteamericana.

Dada la gigantesca acumulación de riqueza y de manufacturas de Norteamérica ha entrado ya en la etapa en que necesita «fabricar clientes», rodearse de países amigos, con poder adquisitivo además. Por la vecindad, por la tradición comercial, por la geopolítica mundial, por numerosos motivos, Norteamérica necesita que el mercado iberoamericano se mantenga en una posición dinámica, de creciente tamaño y de fuerte estabilidad.

La Alianza para el Progreso fue la señal más clara de que Norteamérica ha comprendido que sus vecinos del sur no deben ser pobres. Se necesita mucha gente a la cual pueda vendérsele mucha mercancía, toda la fabulosa producción de la sociedad de consumo si es posible. Llegar a conseguir que el indio del altiplano o el isleño de las Antillas puedan comprar un televisor en colores, una lavadora, un automóvil, no es una meta caritativa, sino una alta finalidad comercial. Ya pasó la época en que sólo se necesitaba de Hispanoamérica su materia prima.

Es por esto por lo que esos planes de «ayuda exterior» tienen que ser vistos con un hondo sentido realista. Cuando el presidente Nixon habló de reducción, él sabía que estaba de rechazo reduciendo la expansión del comercio norteamericano en todas las áreas afectadas. Y si esa área era particularmente Iberoamérica, la que lleva todos los sinsabores y todos los gravámenes, la repercusión de ese 10% iba a traducirse de inmediato no sólo en reducción muy superior de las compras iberoamericanas a Estados Unidos, sino también en revoluciones, agresiones al capital extranjero, etc. El ahorro del 10% podía transformarse así en una pérdida del 40 o del 50% para los intereses comerciales e inversionistas de Norteamérica en el sur.

La protesta de los países iberoamericanos fue digna y enérgica. La reunión de la CECLA primero y del CIES después —la reunión de Panamá— presentaron caracteres de fuerte cohesión iberoamericana para la defensa común. Se rechazó de plano la medida de la reducción, como se rechazó la del gravamen del 10% a las importaciones procedentes del área. La delegación norteamericana en uno y otro evento actuó con mesura y con sentido de lo que estaba en juego. Afortunadamente, en la reunión del CIES pudo declarar el subsecretario de Estado para Asuntos Iberoamericanos, que el presidente no mantenía la recomendación de reducir la ayuda exterior en lo que a Iberoamérica se refiere. Y estuvo muy claro también que la fijación del arancel del 10% a las importaciones norteamericanas, valía, si es que en definitiva se aplica en todo su alcance, para aquellos países industriales fuertemente competidores de Norteamérica, y que incluso han podido vulnerar la propia estructura del mercado interno norteamericano. Ni los países iberoamericanos, ni ninguno de los de la zona en vías de desarrollo, pueden ser afectados por una medida que en caso de justificarse lo hace con las estadísticas en las manos, y estadísticas de manufacturas, ni de materias primas ni de incipientes formas de industrialización.

Fue una gran decisión la del presidente Nixon aclarando a tiempo que Iberoamérica no será perseguida con medidas económicas que no tienen nada que ver con el presente estado de su economía.

PRESENCIA DEL CAPITAL JAPONES EN IBEROAMERICA

Se acerca ya a los seis mil millones de dólares, casi la mitad de las inversiones norteamericanas, y a punto de superar las británicas y las alemanas.

EN ese gran escenario de experiencias económicas, sociales y políticas que es hoy Iberoamérica, no podía faltar la lucha ya cotidiana entre los capitalistas extranjeros que buscan invertir en aquellos territorios en vías de desarrollo. Esta lucha se encarna principalmente, como es lógico, entre los inversionistas de las grandes potencias económicas: Estados Unidos, la Unión Soviética, el Japón, y la Alemania Federal. Siguen en intensidad como competidores, Francia y la Gran Bretaña, que en algunos sectores —armamentos, aviones, etc.— rivalizan en ocasiones con Norteamérica y con la URSS. Ahora mismo, hace muy poco, Francia e Inglaterra realizaron al fin su viejo proyecto de construir y poner en el mercado conjuntamente el gran avión Concorde 001, y ha sido Iberoamérica el escenario inicial de su desafío a la aviación comercial norteamericana y rusa. El objetivo del gran viaje realizado en el mes de septiembre último por el Concorde, desde Francia hasta la Argentina con gran escala en Brasil, es, en el terreno comercial, conseguir que de ahora en adelante los países iberoamericanos piensen no sólo en la ya vieja lucha entre el Boeing y el Iluschin, sino que incluyan además como un «tercer hombre» al Concorde anglo-francés, que se demostró como un avión magnífico para vuelos sobre el Atlántico.

Pero por ahora la presencia más importante, después de la norteamericana, en cuanto a inversión de capitales en Iberoamérica, es la del Japón. Ocurre que por una serie de causas, Norteamérica está retirándose de Iberoamérica, ya que sus inversionistas prefieren en estos momentos Europa y Africa como centros para la inversión más rentable y menos sometida a polémicas y persecuciones. Los inversionistas europeos, con los rusos a la cabeza, y los japoneses se sienten menos perseguidos que los norteamericanos, y llevan cada año más capital a Iberoamérica. El caso del Japón, que es, lo repetimos, el más notable, está siendo objeto de especial atención por parte de los estudiosos de este importante tema. En el gran semanario económico *Desarrollo*, un modelo en su clase, que se edita en Madrid bajo la dirección de don Orestes Serrano, se ha publicado hace poco un magnífico análisis de Alan Riding, hecho para *Financial Times* y para *Desarrollo*. Como el estudio es breve, muy competente, y trata un tema de grandísimo interés para la América Hispana, pasamos a reproducirlo, a fin de multiplicar el gran servicio que *Desarrollo* ha hecho a los lectores de lengua española con su inserción. He aquí el trabajo del señor Alan Riding.

JAPON E HISPANOAMERICA. Los técnicos japoneses están trabajando en activa colaboración con los brasileños en un masivo proyecto de investigación de mineral de hierro; en Panamá, la mayoría de las personas escuchan los partidos de pelota a través de transistores japoneses, y en toda América Central cada vez se ven mayor número de coches y camiones japoneses en la carretera. Los japoneses están demostrando un creciente interés en Hispanoamérica, tanto como mercado cuanto lugar para sus inversiones, pero principalmente como fuente de materias primas.

Si se comparan con las inversiones de 13.000 millones de dólares de los Estados Unidos, las inversiones japonesas son todavía pequeñas en nivel, pero para finales de este año podrían haber superado la cifra de Gran Bretaña y Alemania occidental —aproximadamente 6.000 millones de dólares cada una— en el continente. Y ya en la actualidad es más visible la presencia japonesa que la británica o alemana, debido principalmente a que se representa mediante automóviles y aparatos de radio.

Al igual que en otras partes del mundo, Japón sabe que en Hispanoamérica la energía y los recursos son un adecuado sustituto para las tradiciones comerciales bien establecidas. Se interesan en proyectos de los que los inversores de Estados Unidos y Europa se apartan —«Llegaremos tarde, así que no vale la pena»— e invariablemente se presentan sonrientes dos años después.

INVERSIONES. — Los intereses japoneses en Hispanoamérica son mayores y más antiguos en Brasil, donde viven 600.000 de los 700.000 afincados en el continente. La emigración a Brasil comenzó en 1908 y continuó, con el paréntesis de la segunda guerra mundial. Muchos de los japoneses descendientes son actualmente ciudadanos brasileños, pero su presencia atrajo los primeros pasos de las inversiones japonesas en el continente. Hoy, más del 60 por 100 de las inversiones japonesas en Latinoamérica se realizan

en Brasil y el comercio entre los dos países se encuentra en segundo puesto después solamente de las relaciones comerciales entre Japón y Méjico.

Si se comparan con Brasil, las inversiones directas japonesas en otros países latinoamericanos son pequeñas, aproximadamente 50 millones de dólares en Chile y Perú y aproximadamente 30 millones en Méjico. Sin embargo, por su proximidad a Estados Unidos, Hispanoamérica atrae la mayor participación, el 21 por 100, de todas las inversiones privadas japonesas en el exterior.

En contraste, el comercio con Hispanoamérica supone solamente el 7 por 100 del comercio exterior japonés. En 1969, Japón exportó 943,9 millones de dólares en mercancías a Latinoamérica, en tanto compraba por valor de 1.162 millones de dólares; ciñéndose las compras japonesas principalmente a materias primas, al igual que en Méjico, Chile y Perú mantiene un considerable déficit comercial. Por ejemplo, Japón compró 215,6 millones de dólares de productos a Méjico en 1969, y vendió solamente 88,5 millones; Panamá es la única excepción. Japón exportó por valor de 121,6 millones de dólares principalmente en equipos eléctricos y electrónicos en 1969 e importó solamente por valor de 1,8 millones.

IMPORTACIONES.—Las exportaciones principales japonesas a Hispanoamérica son de vehículos y productos eléctricos y electrónicos, maquinaria pesada y equipos de telecomunicaciones. Las ventas de estos productos se han concentrado en los cuatro países latinoamericanos de mayor dimensión de mercado: Brasil, Argentina, Méjico y Venezuela.

Las importaciones de Latinoamérica han sido principalmente de materias primas —algodón, café, maíz, cinc, cobre, bronce, mineral de hierro y petróleo— y Japón se encuentra muy contento de comprar la mayor cantidad posible de estos productos.

Pero se está viendo enfrentado con diversos problemas. Por una parte, la creciente resistencia de los países latinoamericanos a disponer de sus recursos naturales sin que ninguna disposición interior obligue a los japoneses a efectuar sus inversiones directas en el país. Por otra parte, al igual que sus colegas norteamericanos, los hombres de negocios japoneses están llegando a posturas con el nacionalismo que molesta a los latinoamericanos y se presiona a los Gobiernos para que restrinjan la inversión exterior. Están demasiado apenados por el nacionalismo chileno del cobre y el estrecho control de Perú sobre las inversiones extranjeras.

Un experto en comercio japonés comentó: «Tenemos empresas que son 100 por 100 propiedad japonesa, pero continuamente estamos tratando de llegar a empresas conjuntas con el capital local o incluso con los Gobiernos. Nosotros facilitaremos el dinero y las patentes y los intereses locales pondrán una pequeña parte en dinero y la protección que necesitamos contra el nacionalismo.»

«Necesitamos grandes cantidades de materias primas si deseamos mantener el ritmo de nuestro desarrollo en los años setenta, pero cada vez encontramos mayores dificultades en comprarlas en Hispanoamérica. Mediante la inversión directa nos aseguramos el acceso a las materias primas que pueden ser tratadas parcialmente en el país antes de ser remitidas a Japón.»

En la actualidad sólo una décima parte de las inversiones japonesas en Hispanoamérica se realiza en el sector minero, pero esta proporción está aumentando rápidamente. Igualmente, la proporción de materias primas no procesadas se va reduciendo entre las importaciones japonesas procedentes de Hispanoamérica.

MANUFACTURADOS. — Según el indicado experto japonés «el problema básico con Hispanoamérica es que desean comprar materias primas que no están muy deseosos de vender, en tanto lo que quieren es vender los productos manufacturados que nosotros no deseamos comprar». «Muchos países de Hispanoamérica tienen problemas de balanza de pagos, coincidiendo con su industrialización y comprendemos que necesitan exportar, pero sus productos manufacturados son usualmente más caros y de menor calidad o copias pobres de los artículos norteamericanos, alemanes o japoneses. Estos países deben desarrollar su agricultura, puesto que tienen ya un mercado en el que pueden competir.»

Aproximadamente, la mitad de las inversiones japonesas en el continente se realizan en el sector de manufacturados. Grandes empresas como Nissan, Mitsui, Mitsubishi, Yamaha y Matsushita están empeñadas en la fabricación de coches y furgonetas, equipos eléctricos y electrónicos, transistores, maquinaria agrícola, compresores, relojes, máquinas calculadoras y accesorios termostáticos.

Pero en muchos casos, incluso con movimientos hacia la integración económica en Hispanoamérica, las firmas japonesas no consideran que los países americanos ofrecen lo suficiente en mercado como para justificar el montaje de una fábrica.

Por ejemplo, incluso en Méjico, el segundo mayor mercado de Hispanoamérica. Nissan solamente consigue vender unos 18.000 vehículos anuales, debido a la profusión de plantas de montaje y lo limitado de la demanda.

DEFICIT.—También están comenzando a presentarse en Hispanoamérica los bancos japoneses a medida que se va liberando cada vez mayor cantidad de capital para inversiones en el extranjero en respuesta a las presiones para forzar la revaluación del yen. En enero de este año, el Export-Import Bank of Japan abrió una oficina en Méjico City, su segunda sucursal en Hispanoamérica, después de la de Brasil. Los bancos privados japoneses están también tratando de poner su pie allí.

Evidentemente, Japón tiene una clara idea del papel que podría desempeñar Hispanoamérica en su desarrollo económico. El continente se desarrollará firmemente como mercado para las exportaciones japonesas, pero nunca será demasiado importante, y Japón continuará manteniendo un gran déficit en su comercio con dichos países. Sin embargo, sus exportaciones de capital a préstamo aumentará considerablemente esta década. Más importante en su objetivo de garantizar un suministro firme y garantizado de materias primas, Japón está tratando de incrementar sus inversiones en el sector minero clave y en el sector de los hidrocarburos, invariablemente en asociación con el capital local. Para Hispanoamérica, la relación es también beneficiosa, puesto que el continente puede reducir su dependencia de los Estados Unidos como principal comprador de sus materias primas y podría disponer de una nueva fuente de capital para su economía.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA Y LA ERA ESPACIAL

Un historiador colombiano, Rafael Azula Barrera, confronta ambos acontecimientos

La llegada del hombre a la Luna representa, nadie puede dudarlo, un jalón en la maravillosa historia del hombre enfrentado al gran misterio de la Creación. Los hechos esenciales que ese hombre ha ido realizando a través de los siglos para comprender, usar, dominar y ampliar el mundo que le rodea, forman la sustancia de la historia.

Pero hay una cierta tendencia a subestimar unos hechos en beneficio de otros, unas épocas en desmedro de otras épocas. Esto es un grave error. La historia está hecha por una sucesión de actos, de generaciones, de esperanzas y de ideas, que se complementan unas a otras y que todas se explican únicamente en la concatenación o conexión de ellas entre sí. La llegada a la Luna, las pesquisas sobre Venus, los satélites enviados a los más lejanos planetas, tienen un mérito científico y de esfuerzo humano que no necesita ser ensalzado en base de rebajar aquellos otros grandes hechos de la humanidad que permitieron al hombre de la última porción del siglo XX llegar a la Luna. Uno de esos hechos absolutamente culminantes sin los cuales no se explicaría en modo alguno la actual fisonomía de la historia y del hombre mismo, fue el Descubrimiento de América.

Ya los historiadores responsables se encargan de situar aquel magno suceso en la relación o correlación debida con las grandezas de hoy. Así ocurriera en la Academia Colombiana de la Historia cuando, el año pasado, se dedicara al 12 de Octubre una sesión solemne. En ella, y entre los maestros de la palabra y de la investigación que participaron, figuró la voz eminente de Rafael Azula Barrera, quien abordó de manera directa ese tema de la correlación entre las grandezas de hoy y la grandeza del Descubrimiento del Nuevo Mundo.

De la oración apasionante y docta de Rafael Azula Barrera, pasamos a reproducir los conceptos que tratan concretamente de este tema de justicia y de amor a la verdad y a la historia.

¿POR QUE ESPAÑA Y NO OTRA NACION DE EUROPA?

Contemplando, desde la era espacial, el descubrimiento de América, juzgado hasta el presente, como el acontecimiento mas trascendental de los tiempos modernos y, «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo creó», según la hermosa expresión del historiador López de Gomara, pudiera considerarse que ha disminuido su valor frente a la incalculable posibilidad de la conquista, por la técnica, del inmenso cielo estrellado. Pero esa experiencia sideral, que apenas comenzamos a percibir, con las primeras huellas humanas sobre el polvo de los planetas, está regida por los mismos principios que orientaron a la antigua sabiduría en la indagación del universo y seguirá conduciendo al hombre, no ya por las fabulosas y desconsoladoras espumas vírgenes del tenebroso mar de Colón, más allá de las columnas de Hércules, sino por los altos andamios de los astros, en busca y conjura anhelante del origen de las cosas y, en definitiva, como dijo Suárez, de «ese centro del Amor Infinito que lo es también de la atracción universal, cuyos efectos son esta música de las esferas, estas armonías de luz, tenues reflejos del Eterno, señales transitorias de Dios que es, a un mismo tiempo, atracción, amor, misericordia y justicia».

Sólo con una mística concepción de la historia, como la que llevó a Colón a consultar su propio sueño con el texto de las Escrituras, puede divisarse, a cabalidad, el panorama de los siglos y comunicarle al desarrollo de los acontecimientos humanos —tan frágiles y efímeros en su cotidiano discurrir—, una significación trascendente. De otra manera sería el acontecer histórico una mecánica sucesión de hechos inertes, unidos tan sólo por la argamasa de la anécdota. Se necesita esa proyección metafísica, esa impresión de lejanía que, como la bruma indiscernible de los pintores primitivos, huye hacia el fondo, para no caer en el

vacío y poder llenar, con una visión general de la naturaleza y una filosofía de conjunto, todo el ámbito de la expresión creadora.

Si, dentro de estas consideraciones por delante, tratamos de reconstruir, brevemente, para no agobiar la paciencia del selecto auditorio, el tema del Descubrimiento —tan zarandeado como el grano en la trilla—, podríamos apelar a la técnica de Zweig para fijar, en unos cuantos momentos estelares, los hitos de la hazaña. Y procuraríamos remontarnos, al enhebrar el hilo de la trama episódica, no ya a la época de las pinturas que se conservan, como rocoso testimonio, entre las Cuevas de Altamira, ni a la de los iberos que vivían, aspirando el hálito de sus jardines andaluces a la sombra de las palmeras, ni a la de los celtas, fenicios, griegos, cartagineses y romanos que, en los orígenes ibéricos, se fundieron en una hornaza humana de tan opuestos componentes. Tampoco nos detendríamos en la era visigoda que proyectó, hasta los confines hispánicos, toda el alma nocturna de la Edad Media, con sus catedrales surgidas al golpe de la espada de los guerreros que se arrodillaban, a lo lejos, sobre el suelo cárdeno, cubriéndose, en un éxtasis místico, con ropajes excesivos de piedra, y que, desde Ataúlfo y Eurico, Leovigildo y Recaredo, hasta el galante don Rodrigo, de la flor del romance, que perdió por amor el trono de España, le imprimieron a la península, con su ancestral barbarie, cierto ascetismo emocional de acento profético. Ni veríamos, con ser tan incitante, la etapa musulmana de Toledo y de Córdoba, con sus mezquitas y palacios de torres bermejas y columnarios, bruñidos como alfanjes, y de estanques y surtidores de sinfónicas aguas, para producir esa magia de los sentidos, que enriqueció el idioma con el aporte de vocablos bellos y mórbidos, creando esa «alma de nardo del árabe español», de que habla Machado. Ni siquiera recorreríamos la épica, con su Cid de Vivar, su Babieca y su yelmo; su jura de Santa Gadea; sus tropas en acción, como una Castilla móvil, con el oro cereal de sus trigos erectos, ondulando sobre el ámbito heroico; su pie, forrado en hierro, para golpear, con estrépito, la puerta de madera de los palacios; y su Jimena Gómez que se postra ante el soberano, en actitud entre religiosa y soberbia, para increparlo:

«Rey que non face justicia
non debiera de reinare,
nin cabalgar en caballo,
nin con la reina fablare,
nin comer pan a manteles,
nin menos armas armare.»

Tampoco nos detendríamos en la Castilla doctrinaria de San Fernando y de Alfonso el Sabio, con sus *Cantigas* y sus *Siete Partidas*, que sientan las bases jurídicas del Imperio, como si presintiera, al trazar sus normas seculares, el casco rotundo del caballo de Carlos V, galopando, por el curso del sol, para disputar sus dominios, al conjuro de los preceptos. Simplemente, en esta visión retrospectiva, llegaríamos a aquel instante exacto del tiempo, en que una caravana de mercaderes viaja, con sus mulas y borriquillos, por sendas extraviadas, llevando disfrazado de arriero al infante don Fernando, heredero del trono de Aragón, quien va a celebrar bodas con la heredera del trono de Castilla definiendo, en aquellos desposorios, con la unión de dos reinos, esenciales en la lucha contra los moros, el destino de España. Es aquí donde comienza, realmente, el drama del Descubrimiento que, sin ese encuentro circunstancial y básico, lleno de sorpresivas incidencias, de intrigas cortesanas y de curiosos episodios, no hubiera sido posible, al menos por aquellas calendas y en su génesis mística que lo avalora y atavía. El regato que cruza César, en la raya divisoria que separa la Galia Cisalpina de Roma; el vaticinio de Bolívar en el Aventino; las gotas de lluvia en la llanura de Waterloo que retrasan la acción de Bonaparte, guardan una extraña similitud profética, como otros tantos imponderables esenciales, con estas bodas clandestinas que cambian el curso de la historia. Sólo los dedos de Dios pudieron labrar el encaje de este tapiz heroico, con su fondo de romance medioeval, de audacia y mano dura para el ordenamiento de unos reinos anárquicos, de integración de fuerzas dispersas a fin de colocarlas en orden de batalla y poder culminar, después de ocho siglos sangrientos, de dilatada tensión de espíritu, con la toma de Granada —tan famosa como la de Troya y, como ella, homérica y ciclópea— en la unidad dialéctica que gira, como una llama, sobre la grandeza de unos hechos compactos.

Tenía que nacer una nación fuerte y poderosa, en la Europa de entonces, como premisa indispensable de una política expansionista y misionera de proyección histórica. Y tenía que existir un espíritu gemelo al de Colón, en el deslumbramiento místico, como el de Isabel la Católica, para comprometer a todo un pueblo en los azares de una empresa oceánica, considerada impracticable y utópica por los cosmógrafos y matemáticos portugueses de la corte de Juan II, que habían desechado ya el proyecto de Toscanelli, y por los propios sabios castellanos que se burlaban del aventurero, intruso y tenaz, obsesionado por una idea delirante. Esa misteriosa Cipango, descrita por Marco Polo y esa fabulosa India del Gran Khan —grandes metas de la codicia medioeval—, no podían encontrarse en la ruta señalada por el visionario, como metas positivas y ciertas para los científicos de la época, impasibles en su pesquisa técnica y en la transcripción inalterable de antiguos textos y metodologías consagradas, sino que tenían que ser contemplados, como grandes símbolos de una realidad superior, por ojos cargados de presagios, que estuvieran predestinados, al nacer, para lanzar desde la piedra lírica del Madrigal de las Altas Torres, que suscita tanto recio embeleso de vuelos épicos, una mirada decisiva sobre la historia.

¿Cómo pudo ser posible, sino por este encuentro providente y genial, la realización de aquel sueño, controvertido por sabios precavidos, melindrosos y escépticos? Colón no contaba sino con su fe, una carta de marear en la que tenía dibujados las tierras y océanos que pensaba descubrir en su periplo, una obra ya clásica, por única y remota, de Ptolomeo, para sustentar, en la brumosa exposición del geógrafo alejandrino, sus teorías cosmográficas; una Biblia, leída y releída, con avidez, en el libro de Isaías, y unos «frailes constantes», según lo cuenta él mismo —fray Antonio de Marchena y fray Diego de Deza— que, en secreto de confesión, habían escuchado sus proyectos y se habían convertido en sus protectores. Tenía, además, su capacidad de seducción y contagio para cautivar hombres a ras de suelo y transformarlos en alciones, y, sobre todo, la convicción profunda, que confirmó la ciencia luego, de que su visión era exacta, aunque divergía de la identidad de las tierras y de la exactitud de las distancias. Los reyes, por su parte, no querían ni podían oír nada distinto, en aquellos instantes, de los urgentes e inaplazables asuntos de la guerra de Granada, objetivo principal de sus planes y de la nación movilizada contra los moros. Primero que todo la unidad y pacificación de España. Lo demás vendría, por añadidura, en el quehacer histórico.

Ante los constantes asedios del navegante se le remite a un dictamen de técnicos —que eran los ejecutivos de entonces—, y cuya sentencia, llena siempre de distingos y cuadros esquemáticos, fue invariablemente negativa y dogmática. Más tarde se le envía a una comisión más competente, dentro del complicado sistema de los especialistas donde, al lado de letrados solemnes y conspicuos están representados peritos en cosmografía y astrología y expertos en el arte de la navegación. El proyecto vuelve a estancarse hasta la exageración de los cálculos y de las cifras índices. Y, ante nuevas instancias, sucede el mismo fallo ya que, en el fondo, se trataba de dilatar las soluciones —para lo cual también sirve la técnica—, toda vez que los reyes, muy escasos de recursos económicos, no se encontraban dispuestos a acometer ninguna nueva empresa, hasta no finalizar la campaña contra los moros andaluces.

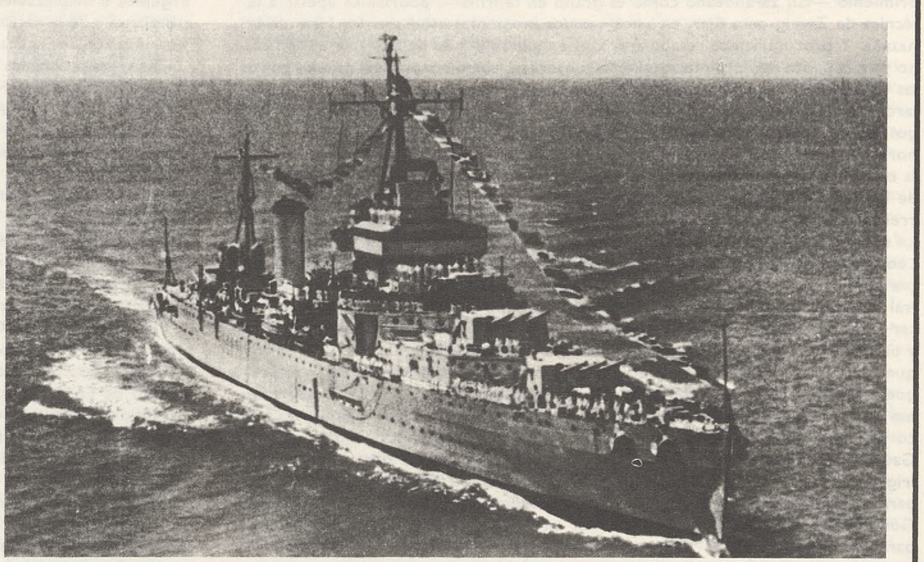
Pero la guerra de Granada toca a su fin. Y surgen, para el genovés, otros padrinos importantes, como Alonso de Quintanilla, contador mayor de cuentas de los Reyes Católicos que aloja al peregrino en su casa y del cual dice Gonzalo Fernández de Oviedo «que mandábale dar de comer y lo necesario, por una compasibilidad de su pobreza». «En este caballero halló más parte y acogimiento Colón —agrega el historiador—, que en hombre de toda España e por su respecto e intercesión fue conocido del reverendísimo e Ilustre Cardenal de España, arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza». También obtiene el apoyo del propio confesor de la Reina, fray Hernando de Talavera, de los duques de Medina Sidonia y Medinaceli y del aragonés Luis de Santángel, cuya patética gestión decide un cambio radical, en favor de la empresa, en el preciso instante en que España, integrada y atronada de épica, ha hecho también del Mediterráneo su «Mare Nostrum» y divisa, desde las torres anchas y cuadradas de Andalucía, las almenas de Africa reflejadas sobre el estrecho divisorio.

Han sido siete años largos de instancias, de ruegos, de súplicas, de zozobras, de paciencia infinita, desde la primavera de 1485, en que Colón llega, por vez primera, a las Cortes de Córdoba, hasta el arranque de la hazaña, el 3 de agosto de 1492, en Palos de Moguer. «Siete años —explica el navegante—, estuve yo en su Real Corte, que a cuantos se fabló de esta empresa, todos a una dijeron que era burla; agora hasta los sastres suplican por descubrir». «Siete años pasé aquí en su Real Corte —añade luego—, disputando el caso con tantas personas de tanta autoridad e sabios en todas artes». Y, en carta dirigida a los Reyes, después del Descubrimiento, les recuerda: «Ya saben Vuestras Altezas que anduve siete años en su Corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia que todos nos dijesen que mi empresa era falsa». Y, más tarde, añade: «Como Vuestras Altezas saben muy poco ha que no se sabia otra tierra más que la que Ptolomeo escrivió y no avia en mi tiempo quien creyese que se podia navegar de España a las Indias». Y, en la relación del tercer viaje, agrega: «Todos los que habian entendio en ello y oido esta plática, todos a una lo tenian a burla, salvo dos frailes que siempre fueron constantes». «Como era extranjero y andaba pobremente vestido —comenta Gomara—, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creían, ni aun escuchaban; de lo cual sentía gran tormento en la imaginación.» Tormento de saeta beatificadora, que se transforma en gozo y, aún en áspero orgullo, cuando realiza la empresa, con la posesión de extensas comarcas ricas en oro, plata, piedras preciosas y especies codiciadas, lucubra, como decía Azorín, en la vigilia de la alta «noche intempesta», para comentar en su diario de navegante: «Pensando lo que yo era me confundía mi humildad; pero pensando en lo que yo llevaba me sentía igual a las dos Coronas.»

Ya han cesado las desventuras y este nuevo momento estelar del Descubrimiento se acerca al dar Isabel, con el apoyo a la empresa oceánica y la firma de las capitulaciones, un paso decisivo en la historia de España y en la transformación del mundo antiguo. «Al completar su unidad geográfica, tras lucha de siglos —escribe el doctor Bernardo J. Caicedo, en un lírico escorzo sobre las aves, hierbas y celajes de la epopeya—, toda la fuerza expansiva de España tropezó con la barrera del mar. Fue entonces cuando el proyecto que parecía locura, la empresa que parecía descabellada, se hicieron acuerdos y razonables. La resolución de Isabel la Católica sólo había tardado lo necesario para realizar la coincidencia de las visiones de Colón con el sentido territorial de la política hispana, en el instante en que para llevarla a cabo, se podía recoger y utilizar aquel ímpetu sobrante del pueblo español, aquella fuerza de inercia que quedaba vacante, como un residuo de las guerras ya fenecidas.»

El sueño de un marino pertinaz y la conciencia histórica y social de una Reina que no se inmuta, ni altera sus planes de forjar, previamente, una nación, pero que tampoco le teme a los riesgos de la nueva aventura, a despecho de las teorías en boga y de la técnica engreída, hacen posible completar la esfera del mundo, la posesión total de la tierra por el hombre y la unidad moral del género humano. La conquista de los planetas, en la era maravillosa que alcanzamos, tan fecunda como ninguna otra en descubrimientos científicos que han trocado en realidad táctil el artificio imaginativo de las árabes noches, podrá abrirnos, más ampliamente, el camino del Cosmos y, acaso, la posesión gradual de los astros que, como escalas luminosas de una nueva Torre de Babel, permitirán ver, cada vez más, el paisaje inconmensurable del solemne espacio infinito. Pero la hazaña de Colón, que este Doce de Octubre celebramos con lo que ha solido llamarse el Día de la Raza —que no es la sangre, ni el color, ni la oscuridad protoplásmica, ni los rasgos etnográficos, sino el estilo, el garbo y la concepción de la vida, de todo un pueblo en misión, para actuar en la historia—, es y seguirá siendo, más que el señorío de la tierra y de sus riquezas inertes, el descubrimiento y acopio, no de fuegos fátuos ni de luminarias infecundas de una inmensidad insondable, sino de almas y de seres, hechos por Dios a su imagen y semejanza, mucho más valiosos y eternos que todas las estrellas del cielo y las arenas de los mares.»

VISITA DEL CRUCERO-ESCUELA «LA ARGENTINA»



SOBRE el 22 de setiembre pasado abandonó las aguas españolas el crucero-escuela argentino «La Argentina», a bordo del cual viajaban ciento diez guardiamarinas y la correspondiente oficialidad. El comandante de la nave, capitán de Navío don Jorge Magnoni, rindió visitas de cortesía a las altas autoridades españolas, tanto en Madrid como en Barcelona. El y sus cadetes fueron recibidos por el Jefe del Estado, generalísimo Franco, y por S.A.R. el príncipe de España don Juan Carlos de Borbón. Depositaron coronas, tanto en Barcelona como en Madrid, ante los monumentos a Cristóbal Colón y a José de San Martín.

Este buque-escuela realiza un viaje de instrucción alrededor del mundo. No es la primera vez que visita aguas españolas, pues ya fue huésped de las autoridades navales de España en 1948. Pero en este viaje de 1971, «La Argentina» trae entre otras novedades la muy grata de incluir entre los caballeros guardiamarinas argentinos, a ocho becados procedentes de sendos países iberoamericanos: Bolivia, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, y Uruguay entre ellos.

Tanto en Barcelona como en Madrid, donde pasaron tres días muy felices los cadetes, pudieron comprobar la intensidad y la espontaneidad del afecto que siente el pueblo español, con sus máximas autoridades a la cabeza, por la gran nación argentina.

EL NOMBRE DE SANTIAGO APÓSTOL EN EL MAPA DE AMÉRICA

EN nuestro número de julio de este año, dedicado a Santiago Apóstol, publicamos una amplia información sobre lo que podemos llamar «presencia del Señor Santiago en América». Nuestro distinguido colaborador Delfín-Ignacio Salas recogió en una exhaustiva entrevista con el investigador jacobeo e ilustre diplomático Ernesto La Orden Miracle, todo un panorama de la presencia viva del Apóstol en el mundo, deteniéndose ampliamente en el mapa americano. Dalmiro de la Válgoma, historiador y genealogista de gran prestigio y autoridad científica, publicó en ese mismo número su trabajo «Símbolos jacobeos en América». Y en esta sección de «Hoy y mañana de la Hispanidad», se daba cuenta de la aparición del magnífico libro «Santiago en España, Europa y América», editado por el Ministerio de Información y Turismo, con prólogo del ministro don Alfredo Sánchez Bella, ex director del Instituto de Cultura Hispánica y gran conocedor del tema jacobeo en su dimensión americana. En ese bellísimo libro, y bajo la dirección de Ernesto La Orden, se recogen extraordinarios trabajos de eruditos y autoridades. Para desarrollar, el fascinante asunto «Santiago en Indias», fue escogido nada menos que el Marqués de Lozoya, el insigne historiador del arte hispanoamericano.

Ya en ese número de julio quedó constancia ampliamente documentada de lo que representa Santiago Apóstol en América. Por razones de espacio, no fue posible ofrecer allí sino una parte, la referida a Méjico exclusivamente, de esa fulgurante presencia viva del nombre del Apóstol en toda la geografía americana. Para completar una información tan interesante, tomamos de la obra de Ernesto La Orden titulada «Santiago en América y en Inglaterra y Escocia», la onomástica jacobea a partir de Méjico, e incluyendo, como es natural, la amplísima presencia y supervivencia del Apóstol en Filipinas.

SANTIAGO EN COLOMBIA

(Datos obtenidos por la Embajada de España en Bogotá)

Santiago de Tolú, villa fundada por Alonso de Heredia en 1534 (Departamento de Suere).

Santiago de Cali, ciudad fundada por Miguel López Muñoz, de orden de Sebastián de Belalcázar, el 25 de julio de 1536. Capital del departamento del Valle del Cauca.

Santiago de Arma, villa fundada por orden de Belalcázar en 1542, trasladada con todos sus honores y privilegios en el siglo XVIII al valle de San Nicolás de Rionegro; es hoy la población de Rionegro en el departamento de Antioquia. La primitiva villa de Arma, donde Belalcázar había hecho degollar al mariscal Jorge Robledo, no desapareció totalmente y es hoy corregimiento del municipio de Aguadas.

Santiago de las Atalayas, ciudad fundada por el capitán Pedro Daza en los llanos de Casanare, el 29 de septiembre de 1588. Hoy es un caserío sobre el río Cachiza, en jurisdicción del municipio de Yopal.

Santiago de Chocontá, pueblo de indios en el actual departamento de Cundinamarca, elevado a la categoría de villa por la Junta Suprema de 1810, actualmente municipio de Chocontá.

Santiago, municipio del departamento del Norte de Santander, fundado en 1742.

Santiago de la Frontera, nombre que recibió la primera fundación hecha en la localidad del actual municipio de Ortega en el departamento del Tolima.

Santiago, población con categoría de corregimiento en la intendencia del Putumayo, situada en el valle del mismo nombre.

Santiago de Nátaga la Real, hoy Nátaga, corregimiento del municipio de Tesalia o Carnicerías en el departamento del Huila.

Santiago, corregimiento y estación del ferrocarril de Antioquia en el municipio de Santo Domingo (Antioquia).

Santiago, corregimiento en el municipio de San Sebastián (Cauca).

Santiago Abajo, corregimiento en el municipio de Sahagún (Córdoba).

Santiago Arriba, fracción del municipio de Sahagún (Córdoba).

Santiago Pobre o **Santiago del Sur,** corregimiento en el municipio de Ciénaga de Oro (Córdoba).

Santiago Apóstol, corregimiento en el municipio de San Benito Abad (Sucre).

Santiago, caserío en el municipio de San Martín de Loba (Bolívar).

Santiago Abajo, fracción del municipio de San Marcos (Sucre).

Santiago de Manchas, caserío en el municipio de La Cruz o Guachaves (Nariño).

Santiago Abajo, caserío en el municipio de Arenal o San Estanislao (Bolívar).

Santiago Arriba, caserío en el municipio de Arenal o San Estanislao (Bolívar).

Santiago, laguna en el macizo colombiano, a 3.358 metros de altitud, al extremo SE. del páramo de las Papas (Huila).

Santiago, río, llamado también Turuba, afluente del río Unete (Casanare).

Santiago, ciénaga y caño de desagüe de la misma sobre el río San Jorge, en el municipio de San Benito Abad. La ciénaga es formada por el arroyo grande de Corozal y se conoce también con el nombre de ciénaga de Doña María, a cuya orilla está situado el corregimiento de Santiago Apóstol que hemos mancionado antes.

Santiago, quebrada en San Martín de Loba (Bolívar).

Santiago, quebrada en el municipio de Timbiquí (Cauca).

Santiago, quebrada en el municipio de Istmina (Chocó).

Santiago, quebrada afluente de la quebrada de la Ciénaga, en el municipio de Campoalegre (Huila).

Santiago, quebrada afluente del río Magdalena, límite entre los municipios de Chaguaní y Guaduas (Cundinamarca).

Santiago, quebrada en el municipio de Mosquera (Nariño).

Santiago, quebrada en el municipio de San Sebastián, afluente del río Caquetá cerca de su nacimiento (Cauca).

Santiago, quebrada en el municipio de San Antonio de Tena (Cundinamarca).

Santiago, quebrada en el municipio de Tunja (Boyacá).

Santiago, arroyo entre los municipios de Purísima y Palmito (Córdoba y Sucre).

Santiago, arroyo que corre por los municipios de Ciénaga de Oro, Pueblo Nuevo, Sahagún y San Marcos, conocido también con el nombre de Caracolí, que con el arroyo Santo Domingo cae a la ciénaga de Las Flores, en el último municipio mencionado (Bolívar).

Santiago, páramo en la cordillera oriental (Boyacá).

Santiago, loma en el municipio de San Martín de Loba (Bolívar).

Santiago, loma en el municipio de La Palma (Cundinamarca).

Santiago, sitio y hacienda en el municipio anexado de Suba (Bogotá D. E.).

Santiago, valle en la región de Galerazamba (Atlántico).

ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES REPRESENTACIONES PICTORICAS O ESCULTORICAS DE SANTIAGO VENERADAS EN COLOMBIA

CAPILLA DEL SAGRARIO, EN BOGOTA

El Apóstol Santiago en la Batalla de Clavijo. Lienzo de dos metros de alto por dos con cuarenta de ancho. Ejecutado hacia 1690 por Vásquez Ceballos, máximo pintor de la Colonia.

CATEDRAL PRIMADA, BOGOTA

Santiago en la Batalla de Clavijo. Lienzo de dos metros de alto por uno treinta de ancho. Ejecutado hacia la misma época del anterior. Se halla en la capilla del Carmen.

EN PROPIEDAD DE DON ENRIQUE POMBO, EN BOGOTA

Santiago en la Batalla de Clavijo. Un metro sesenta y tres de alto por un metro treinta de ancho. Perteneció al poeta Rafael Pombo. Pintura al óleo ejecutada, así como las anteriores, por Gregorio Vásquez.

EN EL TEMPLO DE SAN IGNACIO, EN BOGOTA

Figura el Apóstol de busto, tamaño natural; hace parte de un apostolado de autor anónimo, ejecutado al óleo sobre lienzo

hacia la segunda mitad del siglo XVII. Esta figura fue copiada de un original de Caravaggio.

EN EL TEMPLO DE SAN JUAN DE DIOS, EN BOGOTA

En la nave oriental existió hasta hace poco un admirable Apostolado en figuras de medio cuerpo, de tamaño natural, ejecutado al óleo, atribuido al taller de Vásquez Ceballos. Este admirable conjunto, en el que figuraba un Santiago el Mayor, fue destruido fortuitamente por el fuego.

EN PROPIEDAD PRIVADA, EN BOGOTA

Una efigie ecuestre del Apóstol, pintado al temple sobre tabla, por artista popular anónimo. Mide 52 centímetros de alto por 40 centímetros de ancho y lleva la leyenda «Santiago Ora pro Novis».

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE TABIO (CUNDINAMARCA)

Estatua ecuestre en madera policromada, de autor anónimo, procedente de fines del siglo XVII o principios del XVIII; representa al Apóstol combatiendo. Bajo su caballo aparece un musulmán vencido.

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE SAMACA (BOYACA)

En lo más alto del altar mayor se halla un lienzo anónimo, posiblemente del siglo XVIII, que representa a Santiago a caballo tremolando una bandera blanca.

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE BOYACA (BOYACA)

Se venera una pequeña estatua ecuestre del Apóstol, de origen popular, en madera policromada.

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE TOCA (BOYACA)

Existe una estatua ecuestre de medianas proporciones, en madera policromada, conservada en mal estado.

EN EL TEMPLO PARROQUIAL DE CUCAITA (BOYACA)

Se venera una estatua ecuestre del Apóstol Santiago, de medianas proporciones, en madera policromada, de anónima procedencia popular. Esta imagen es sacada todos los años, el 25 de julio, en solemne procesión, por ser hace siglos el Patrono del lugar.

EN EL TEMPLO DE SANTIAGO EN LA CIUDAD DE PASTO (NARIÑO)

Estatua pedestre de un metro con sesenta centímetros en madera policromada del siglo XVII, de autor anónimo. Representa al Apóstol en traje de soldado de un Tercio español de la época.

SANTIAGO EN EL PERU

Distrito	Provincia	Departamento
Santiago	Icar	Ica
Santiago	Cuzco	Cuzco
Santiago de Anchuacaya	Huarochirí	Lima
Santiago de Chilcas	Bolognesi	Ancash
Santiago de Cao	Trujillo	La Libertad
Santiago de Chocorcos	Castrovirreyna	Huancavélica
Santiago de Chuco	Santiago de Chuco	La Libertad
Santiago de Paucaray	Lucanas	Ayacucho
Santiago de Pischa	Huamanga	Ayacucho
Santiago de Pupuja	Azángaro	Puno
Santiago de Quirahuará	Castrovirreyna	Huancavélica
Santiago de Surco	Lima	Lima
Santiago de Tuna	Huarochirí	Lima

Además, las siguientes Comunidades:

	Distrito	Provincia	Departamento
Santiago de Cachén	Miracosta	Chota	Cajamarca
Santiago de Carampoma	Carampoma	Huarochirí	Lima
Santiago de Colca	Santiago de Pischa	Huamanga	Ayacucho
Santiago de Llacón	Santa María del Valle	Huánuco	Huánuco
Santiago de Maray	Checras	Chancay	Lima
Santiago de Poquián	Copa	Cajatambo	Lima
Santiago de Tucamá	Pampas	Pallasca	Ancash
Santiago y Supalla	Chapimarca	Aimaraes	Apurímac

(Del «Anuario Geográfico del Perú», Lima 1962, pág. 181, y del «Diccionario Enciclopédico del Perú», por Alberto Tauro, tomo III, Lima 1967, páginas 139-141.)

SANTIAGO EN AMERICA CENTRAL

CIUDADES DE EL SALVADOR CON NOMBRE DE SANTIAGO

Santiago de la Frontera (Departamento de Santa Ana). Población 3.000 habitantes.
Santiago de María (Departamento de Usulutan). Ciudad de 12.000 habitantes.
Santiago de Nonualco (Departamento de La Paz). Ciudad de 18.000 habitantes.
Santiago Texacuangos (Departamento de San Salvador). Villa de 70.000 habitantes.

EN HONDURAS

Santiago de Puringla (Departamento de La Paz).

EN NICARAGUA

Santiago de Managua (Capital del país). 300.000 habitantes.
Santiago de los Caballeros de León (Capital histórica del país). 50.000 habitantes.
Santiago de Realejo (Antiguo puerto). Aldea de 500 habitantes.
Santiago de Jinotepe (Capital del Departamento de Carazo). 10.000 habitantes.

EN PANAMA

Santiago de Veragua (Ciudad catedralicia). 12.000 habitantes.



Santiago Peregrino en Jinotepe, Nicaragua.

SANTIAGO EN GUATEMALA

CIUDADES Y LUGARES GEOGRAFICOS CON NOMBRE DE SANTIAGO

Santiago de Guatemala, capital de la provincia de Guatemala (hoy Antigua Guatemala).
Santiago Tejutla (hoy Tejutla), en el departamento de San Marcos.
Santiago Chuatzac Momostenango (hoy Momostenango), en el departamento de Totonicapán.
Santiago de la Gomera (hoy La Gomera), municipio en el departamento de Escuintla.
Santiago Sacatepéquez, municipio del departamento de Sacatepéquez.
Santiago, aldea del municipio Gualán, departamento de Zacapa.
Santiago, caserío de la cabecera municipal Champerico, departamento de Retalhuleu.
Santiago, cerro en jurisdicción de San Juan Sacatepéquez, departamento de Guatemala.
Santiago, río en el municipio San Juan Sacatepéquez, departamento de Guatemala.
Santiago, río en el municipio Gualán, departamento de Zacapa.
Santiago, río en el municipio de Santa Lucía Cotzumalguapa, departamento de Escuintla.
Santiago, quebrada en el municipio Agua Blanca, departamento de Jutiapa.
Santiago Atitlán, municipio del departamento de Sololá.
Santiaguito (diminutivo), volcán en el departamento de Quezaltenango.
Santiago Chimaltenango, municipio del departamento de Huehuetenango.
Santiago Zamora, aldea en el municipio de San Antonio Aguas Calientes, departamento de Sacatepéquez.
Santiago Cubulco (hoy Cubulco), municipio en el departamento de Baja Verapaz.
Santiago Mataquescuintla (hoy Mataquescuintla), municipio en el departamento de Jalapa.
Santiaguilá (hibridismo indígena), riachuelo en el municipio Senanú, departamento de Alta Verapaz.
Santiaguito (diminutivo), caserío de la aldea Santiago, municipio Gualán, departamento de Zacapa.
Santiago Esquipulas (hoy Esquipulas), municipio en el departamento de Chiquimula.
Santiago Jocotán (hoy Jocotán), municipio en el departamento de Chiquimula.
Santiago Barahona (extinguido), en el departamento de Sacatepéquez.
Santiago Zambo (extinguido; hoy finca El Zambo), en San Francisco Zapotitlán, departamento de Suchitepéquez.
Santiago Amatenango (antiguamente en el departamento de Huehuetenango; hoy en territorio mexicano).
Santiago, cerro en el municipio San Pedro Pinula, departamento de Jalapa.
Santiago, cerro en el municipio El Progreso, departamento de Jutiapa.
Santiago, cerro en el municipio Jutiapa, departamento de Jutiapa.
Santiago, cerro en el municipio Mataquescuintla, departamento de Jalapa.
Santiago, río en el municipio San Pedro Sacatepéquez, departamento de Guatemala.
Santiago Coatepeque (hoy Coatepeque), municipio del departamento de Quezaltenango.
Santiago Patzicía (hoy Patzicía), municipio en el departamento de Chimaltenango.
Santiago Potatán (hoy Concepción), municipio en el departamento de Huehuetenango.

CIUDADES DE AMERICA CON NOMBRE DE SANTIAGO

Santiago de Chile (capital de la República), fundada en 1541.
Santiago de los Caballeros, ciudad de 50.000 habitantes en República Dominicana.
Santiago de Cuba (capital histórica de la isla, fundada en 1514). Hernán Cortés fue su primer Alcalde.
Santiago de la Vega, en Jamaica.
Compostela (capital de Jalisco, en Méjico).
Santiago de la Frontera, en Bolivia, fundada en 1573.
Santiago del Estero, en la República Argentina, fundada en 1544.
Santiago de las Coras, en California, fundada en 1719.
Santiago del León de Caracas, capital de la República de Venezuela, fundada en 1567.
Santiago de los Caballeros de Mérida, capital del Estado de Mérida en Venezuela, fundada en 1558.
Santiago de Guayaquil, metrópoli comercial de la República del Ecuador, fundada en 1537.
Santiago de Gualaceo, provincia del Azuay, en Ecuador.
Hay pueblos con el nombre de Santiago en las provincias de Bolívar, Loja y Morona-Santiago, en la misma República del Ecuador.
Santiago de las Vegas, en la provincia de la Habana.

SANTIAGO EN FILIPINAS

Lista de barrios, municipios y ciudades que llevan el nombre de Santiago

	Municipio	Provincia	Isla
Santiago	Santiago	Agusan del Norte	Mindanao
Santiago	Santiago	Ilocos Sur	Luzón
Santiago	Santiago	Isabela	Luzón
Santiago	Alangalang	Leyte	Leyte
Santiago	Aliaga	Nueva Ecija	Luzón
Santiago	Barotac Viejo	Iloilo	Panay
Santiago	Bato	Camarines Sur	Luzón
Santiago	Bauang	La Unión	Luzón
Santiago	Binalonan	Pangasinan	Luzón
Santiago	Botolan	Zambales	Luzón
Santiago	Calatagan	Batangas	Luzón
Santiago	Caraga	Davao Oriental	Mindanao
Santiago	Claveria	Cagayan	Luzón
Santiago	Concepción	Tarlac	Luzón
Santiago	Esperanza	Masbate	Masbate
Santiago	General Trías	Cavite	Luzón
Santiago	Gingoog	Misamis Or.	Mindanao
Santiago	Iguig	Cagayan	Luzón
Santiago	Iriga	Camarines Sur	Luzón
Santiago	Lawa-an	Antique	Panay
Santiago	Lubao	Pampanga	Luzón
Santiago	Malolos	Bulacan	Luzón
Santiago	Malvar	Batangas	Luzón
Santiago	Manolo Fortich	Bukidnon	Mindanao
Santiago	Maujan	Or. Mindoro	Mindoro
Santiago	Palompon	Leyte	Leyte
Santiago	San Francisco	Cebu	Pacijan (Camotes)
Santiago	Sánchez-Mira	Cagayan	Luzón
Santiago	Santa Ana	Pampanga	Luzón
Santiago	Santa María	Laguna	Luzón
Santiago	Santo Tomás	Batangas	Luzón
Santiago	Solsona	Ilocos Norte	Luzón
Santiago Espíritu	Dingras	Ilocos Norte	Luzón
Santiago Nacacale.	Balatan	Camarines Sur	Luzón
Santiago Norte	Caba	La Unión	Luzón
Santiago Norte M.	San Fernando	La Unión	Luzón
Santiago Old	Nabua	Camarines Sur	Luzón
Santiago Sur	Caba	La Unión	Luzón
Santiago Sur	San Fernando	La Unión	Luzón
Santiago Young	Nabua	Camarines Sur	Luzón
Santiago núm. 1	San Pablo	Laguna	Luzón
Santiago núm. 2	San Pablo	Laguna	Luzón

estafeta

Estos anuncios serán gratuitos hasta un máximo de QUINCE palabras para los suscriptores de MUNDO HISPANICO. Para los no suscriptores, el precio por palabra será de 5 pesetas.

CARLOS ALBERTO MORA ROJAS, Banco Anglo Costarricense, Apdo. 10038, San José (Costa Rica). Desea correspondencia con todo el mundo sobre Pintura y Arte en general.

FERNANDO VALVERDE CARRILLO, Apdo. 1488, San José (Costa Rica). Desea correspondencia con coleccionistas de billetes.

MIREILLE LOCAS, 7438 Cote St. Luc, Montreal, Quebec (Canadá). Desea mantener correspondencia con jóvenes de ambos sexos de todo el mundo en francés a ser posible.

FELIPE SANTIAGO ORE, 360 S. Benton Way, Los Angeles, Calif. 90057 (U.S.A.). Desea correspondencia con jóvenes españolas y de toda Europa de 17 a 25 años de edad, en inglés o español.

Miss HILDA M. FUENTES, Av. 23, Primero de Mayo, n.º 85 - 72, Maracaibo, Zulia (Venezuela). Dama venezolana desea mantener correspondencia amistosa con caballeros europeos y preferentemente de la India, en inglés o español.

FILOPOST, Apartado 28001. Madrid (España). Vendemos tarjetas postales nacionales y extranjeras. Vistas, catedrales, castillos, toros, cuadros, etc.

GLADYS CARVAJAL, calle 29, n.º 25-51. Manizales (Colombia). Desea mantener correspondencia con personas de todo el mundo para diversos intercambios, monedas, sellos, etc.

EDUARDO SANTAUTA, Fuzileiro, especial 496 - 5, FFC - P.P., Alfeita (Portugal). Joven portugués de 23 años desea correspondencia con chicas de todo el mundo, en portugués, español, francés e inglés.

NORMA ELYSABETH PONCE ROMERO, Correo Comunal de San Miguel, Santiago de Chile (Chile). Joven chilena de 25 años desea relacionarse con joven universitario.

ISIDORO DIZENHAUS, Los Patos 2739, Buenos Aires (Argentina). Desea intercambio de botellitas en miniatura (licores en general), vinos, coñac, whisky, etc., por otras argentinas, postales, sellos de correo, etc.

LUCINIO GIL HERNÁNDEZ, Calle Nueva, n.º 14710, e/3 y 5, Barrio obrero, Guanabacoa, La Habana, 10 (Cuba). Desea correspondencia con jóvenes de otros países para diversos intercambios.

MARIO A. RODRIGUEZ, C. 13 G-40 Santa Mónica, Bayamón (Puerto Rico). Desea tener correspondencia con jóvenes de Guinea Ecuatorial, Filipinas o cualquier país de habla hispana.

VICENTE T. NIETO, Apartado postal 18-1042, México 18, D.F. (México). Abogado de 37 años, que habla español, inglés, italiano, francés y griego, desea correspondencia con señoras y señoritas únicamente.

EDUARDO TORRES, Ave. Panteón 18, San Bernardino, Caracas (Venezuela). Desea intercambio de correspondencia con jóvenes de todo el mundo.

PEDRO REYES, Alsrömergatan 32 upgg. 6 - 4tr. Stockholm (Suecia). Desea mantener correspondencia en español con chicas de todo el mundo.

Miss PATRICIA FINN, 782 Hemlock Rd. Union, New Jersey 07083 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia con señoritas residentes en Córdoba o Sevilla e islas Canarias.

HELMUT GÖTZ, D-8412 Burglengenfeld, Postfach Nr. 57, South-Germany. Alemán de 30 años desea corresponder con personas de todo el mundo en inglés o alemán para canje de sellos, revistas, viajes, etc.

GERMAN BARBOSA GONZALEZ, Carrera 57, n.º 2A-88 Bogotá (Colombia). Desea mantener correspondencia con señoritas españolas de tipo cultural.

RACHEL BEAUDET (Sra.), 405-80 rue Ouest, Charlesbourg, P.Q. (Canadá). Desea correspondencia con personas de todo el mundo sobre historia, literatura, etc., en francés.

MARISELA LINARES BRACHO, San Francisco, n.º 7, Reparto Modelo, Regla 12. La Habana (Cuna). Desea mantener correspondencia con chicos y chicas de España sobre varios temas.

CHARLES L. SIMPSON, Jr. P.O. Box 165 Woodburn, Oregón 97071 (U.S.A.). Desea relacionarse con universitarios españoles en idioma inglés.

ELISA DE GONZALEZ, Apartado 6135, Caracas (Venezuela). Desea mantener correspondencia con personas que vendan botellitas antiguas.

ROBERTO DANIEL MANZANO, Cereseto, n.º 661 Este. San Juan (Argentina). Desea correspondencia con coleccionistas de sellos y tarjetas postales.

REIKO HARADA, Caixa postal 2276, São Paulo, S. P. (Brasil). Desea corresponder con chicos y chicas para intercambiar estampillas y postales.

KRISTINA VIRSIKOVA, Mostna 20, Nitra (Checoslovaquia). Joven checa de 19 años desea mantener correspondencia con jóvenes de otros países en inglés.

MARIA ELENA ACEBEDO, calle Orlando Canals s/n, e/Pascual Cid y Orlando Venega, Manatí (Cuba).

MELVA ACEVEDO BETANCOURT, calle Orlando Canals s/n., e/Pascual Cid y Orlando Venega (Cuba).

MIRIAM SAUCEDO ALVAREZ, Guillermo Moncada, n.º 77, Sancti Spiritus, Las Villas (Cuba).

NORMA LIDIA MARTIN ALONSO, Martí, n.º 173 (Norte), Sancti Spiritus, Las Villas (Cuba).

FATIMA PICHO LEON, Juan B. Zaya, n.º 162, Manicaragua, L. V. (Cuba).

BUZON FILATELICO

FRANCISCO VILLAR, 1212 Ave. N. Brooklyn, N.Y. 11230 (U.S.A.). Cambio sellos nuevos. Deseo España, Portugal, Marruecos y América Latina. Nuevas emisiones. Doy a cambio sellos de Estados Unidos y de la Organización de las Naciones Unidas. Correspondencia certificada.

JAIRO MADRID, Manga, Ave. 3, n.º 22154, Cartagena (Colombia). Deseo canje de sellos de cualquier país. Contestación asegurada.

ARMANDO ALBORNOZ VINTIMILLA, Casilla Postal, n.º 793, Cuenca (Ecuador). Desea canje de sellos con filatelistas de todo el mundo, de preferencia base catálogo Yvert. Seriedad absoluta.

ELVIA LOZANO FORERO, Apartado aéreo, n.º 0839, Manizales (Colombia). Desea intercambiar estampillas, banderines y postales con chicos y chicas de cualquier país.

FRANCISCO BOTELLA RAMIREZ, Mayor, 28. Orihuela (Alicante). España. Por cada 50-100 sellos conmemorativos de su país y usados, recibirá la misma cantidad de España.

GONZALEZ MEDINA, Apartado 759. Murcia (España). Cambio sellos de correos. Deseo Hispanoamérica y Filipinas. Doy España y Francia. Respuesta asegurada.

DOMINGO IBAÑEZ, Barrio de Moratalaz, calle Arroyo de las Pilillas, número 46, 2º C. Madrid-18 (España). Cambio llos universales usados s/catálogo Yvert. Máxima seriedad.

CARLOS LOPEZ, San Emilio, 11, 3. A. Madrid-17 (España). Desea sellos de Mónaco y San Marino. Doy a cambio España e Hispanoamérica, sellos usados.

CATALOGO GALVEZ, *Pruebas y Ensayos de España 1960*. Obra póstuma de don Manuel Gálvez, única en su género sobre esta materia. También revista *Madrid Filatélico* y catálogo unificado de sellos de España.

